Buenos Aires
El libro del Barrio
Teorías y Definiciones

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Liliana Barela y Mario Sabugo (directores)
Miguel A. Guérin - Rodolfo Giunta - Rafael E. J. Iglesia - Rita Molinos

GOBIERNO DE LA CIUDAD
DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno
Dr. Aníbal Ibarra

Vicejefe de Gobierno
Lic. Jorge Telerman

Secretario de Cultura
Dr. Gustavo López

Subsecretaria de Patrimonio Cultural
Arq. Silvia Fajre

Directora del Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires
Lic. Liliana Barela

© 2004
Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires - Argentina
Tel: 54 11 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

ISBN: 987-21092-1-4
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Dirección editorial:
Liliana Barela

Supervisión de edición:
Lidia González

Corrección:
Rosa De Luca
Marcela Barsamian
Florencia Panichelli

Diseño editorial:
Jorge Mallo
Fabio Ares

Ilustraciones:
Horacio J. Spinetto

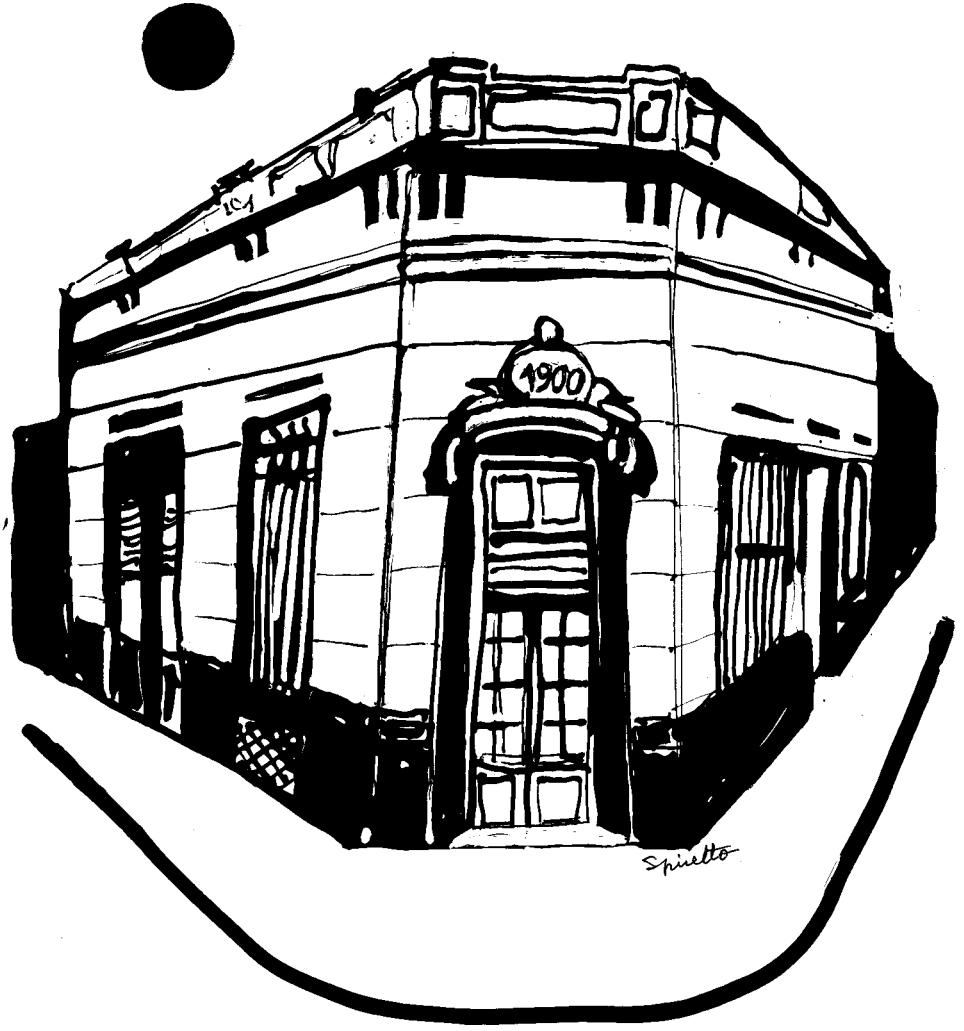
Administración:
Graciela Kessler
Luis Kirzman
Graciela Porcel

Buenos Aires
El libro del Barrio

Teorías y Definiciones

Liliana Barela y Mario Sabugo (directores)
Miguel A. Guérin - Rodolfo Giunta
Rafael E. J. Iglesia - Rita Molinos

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires


1900
Spinetto

Prólogo: Venimos de los barrios

Liliana Barela y Mario Sabugo

Este libro se aboca a explicar el barrio, los barrios, de Buenos Aires. No se refiere a ningún barrio en particular, a lo sumo mencionará uno u otro a guisa de ejemplo. Su objetivo es general: esbozar una idea o concepto de "barrio", dando vueltas alrededor de su historia y sus problemas.

Por tanto, *Buenos Aires. El libro del Barrio* gira en torno de tres interrogantes: ¿qué cosa es un barrio?, ¿cuáles son los instrumentos para su estudio?, y por último –suponiendo que hayamos satisfecho los dos anteriores y sepamos lo que es un barrio– ¿qué podemos hacer con los barrios, para qué nos sirve conocerlos?

El barrio se ha relacionado y se relaciona con el espacio público (la calle, la plaza, la esquina, el almacén), con el espacio privado (la casa), con la institución (el club, el templo, la escuela): no queda al margen de nada de lo urbano. Incluso es posible que su aparente negación, el Centro, no sea al fin más que otro barrio o grupo de barrios.

Los barrios se pueden evaluar, así lo hace una inmobiliaria. Asimismo son clasificables, a

modo científico, por topografía, demografía, morfología edilicia u otros rasgos por el estilo.

Incluso todos, más o menos, estamos convencidos de que los barrios son distintos y de que cada uno tiene sus propias particularidades. Pero esas particularidades ¿no se extenderán a la personalidad de sus vecinos? ¿No habrá entonces una secreta homogeneidad debida a la geografía y la cultura local, que unifique a los hijos de cada barrio? ¿Cuántos otros secretos y arcanos podrá develarnos el estudio de los barrios?

"Cien barrios porteños" propone el estribillo célebre de Alberto Castillo, como diciendo "muchos" o "innumerables", aunque luego apenas menciona una veintena. También nos pesa mucho la toponimia, los nombres de los barrios. Esos nombres, los que mencionamos para consolidar nuestra identidad, diciendo de qué pequeño territorio somos o de dónde venimos. En la toponimia de los barrios se entrecruzan los santos, los próceres, los sitios y los pioneros y, parafraseando a Marcel Proust, resulta que estamos moldeados por lo que nos representan esos nombres. Nos habituamos a considerarlos individuales y únicos, y tenemos *in mente* una imagen confusa de cada uno, con el debido color que lo distingue, que emerge de su sonoridad épica o prosaica, brillante o sombría.

Vivir en la ciudad es vivir en un barrio. En las decenas de miles de tangos de Buenos Aires casi siempre se menciona al barrio, pero muy pocas veces la ciudad. Por eso se ha dicho que "Garay fundó la ciudad y los porteños, los barrios" (Norberto García Rozada). La ciudad aparece poco menos que como una abstracción, y el sitio concreto en que se vive es el barrio.

Al fin, lo que se propone en este libro será aplicable a todos los barrios en general, pero nunca exhaustiva o definitivamente a cada uno; porque cada uno de ellos es "aproximadamente" un barrio en general, y "exactamente" lo que es cada uno como idea y realidad de sí mismo.

Los textos que forman esta obra enfocan la historia urbana, la historia oral, los imaginarios literarios, los cambios tecnológicos y de infraestructura, la inmigración y los movimientos sociales urbanos, como diferentes lentes que convergen para configurar una hipótesis de lo que es el barrio.

Este libro trata de responder a algunas preguntas sobre el barrio y, como suele suceder, mientras trata de contestarlas, puede que formule otras nuevas.

Spinelli

El barrio en el recuerdo

Liliana Barela

Presentación

Partiendo de mi condición de historiadora no puedo evitar buscar siempre los orígenes. Por tanto, aun cuando la construcción del concepto de barrio que voy a analizar en este trabajo se refiere a entrevistas realizadas entre 1986 y 2003 y remiten a diferentes barrios de las décadas 1930 a 1970, resultó necesario para mí hacer algunas consideraciones cronológicas y conceptuales previas.

Esta investigación comparte con otras la posibilidad y/o dificultad de tratar de explicar el concepto variable, múltiple y subjetivo de barrio.

Cuando tratemos el tema de los barrios que se extrañan y el imaginario que el presente trabajo recoge, aparecerán dos ideas fuertemente mezcladas: el territorio y el sentimiento.

El primero, sin fronteras excluyentes y con límites imprecisos en relación con lo históricamente vigente o la denominación corriente. El segundo, representado por la casa, la infancia, la vida

Liliana Barela

Historiadora. Directora del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Fundadora del Programa de Historia Oral del Instituto Histórico e investigadora del Programa de Historia Oral de la UBA. Directora de la Revista *Voces Recobradas*. Ha sido vocal y presidente de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos; Directora Nacional de Patrimonio, Museos y Artes de la Nación; Subsecretaria de Acción Cultural del Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires.

cotidiana, los vecinos, la familia, la escuela, las fiestas, oportunidades en donde la afectividad o el rechazo conservaban el vivo recuerdo.
De la complejidad y diversidad de este entrelazamiento y de sus diferencias en tiempos y lugares surge esta vocación de dar con el "barrio en el recuerdo".

Las teorías

Para introducirlo en el tema del barrio construido por las memorias, creímos necesario revisar y precisar algunas teorías acerca de la conceptuación del ba-rrio y lo barrial, para ubicar luego la relación con los recuerdos y las fechas en que esos recuerdos se recrean, en el barrio que recuerda. Y dado que consideramos que las variables fundamentales están dadas por el territorio y el sentimiento, vale perfilar algunos planos que permitan visualizar modalidades barriales y límites definitorios. Del trabajo sobre estos testimonios pudimos alcanzar algunas formulaciones que pueden calificarse de aproximaciones teóricas válidas y comprobables en los recorridos históricos y literarios que, por fortuna, no son escasos.
En este recorrido veremos intentos de crear instrumentos de organización administrativa de la ciudad y ello tendrá reflejo y consecuencias gráficas en el plano, en los planos. Allí aparecerán nombres que luego desaparecen, fantasmas de representaciones y nombres concretos que indican lugares precisos que sirven para describir actividades.
Estas denominaciones aluden a las más variadas clasificaciones y tienen en los planos sus mejores registros.
Otra posibilidad de conceptualización la recoge la literatura que en general define al barrio en términos de oposición al centro. Este concepto aparecerá en la literatura del siglo XX. En las crónicas del siglo XIX se observa una denominación de barrios futuros (Barracas, Flores, Belgrano, Boca) pero se los ubica fuera de la ciudad.
"En las Barracas los mendigos no se limitan a pedir como en la **ciudad** los sábados".[1] Para comprender mejor estas reflexiones consultar el trabajo de Rodolfo Giunta en este mismo libro.
El tango describirá a los barrios con la nostalgia de algo perdido, o sea que

aparecen después de que las transformaciones urbanas modificaron lugares emblemáticos de la ciudad.

La posibilidad teórica de las ciencias sociales nos permite discutir acerca del momento en que aparece el barrio del que hablan aquellos que sienten que lo han perdido.

Así para James Scobie, el barrio aparece hacia 1910 cuando la expansión de la ciudad (tranvía, ferrocarril y remates) lo permite. O sea que para Scobie el barrio es el suburbio.[2]

Otra posición diferente es la de Adrián Gorelik quien, si bien admite la expansión del centro hacia los suburbios para 1910, no ubica cronológicamente la construcción del barrio para esta fecha sino entre el 20 y el 30, y lo define como algo producido social y culturalmente.[3] Rescata los conceptos de Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero en la formación de las sociedades barriales, concepto compartido por Luciano Privitello en su último trabajo. Todos coinciden en ubicar al barrio en el período de entreguerras.[4]

Gorelik retoma la idea de vecindario inconexo para 1910 que es consecuencia de la expansión y la asimila a instalaciones de frontera sobre la pampa. Por ello, para este investigador el barrio no es una categoría jurisdiccional sino un dispositivo cultural mucho más complejo.[5]

Para Mario Sabugo el barrio es una construcción histórica que tiene ya varias generaciones. La primera generación es la del barrio porteño antiguo (fines del siglo XVIII y principios del XIX) y la segunda es la del barrio porteño moderno (fines de los siglos XIX al XX). Todavía no se atreve a confirmar una tercera generación coincidente con la aparición de tanto conjunto habitacional que adopta el nombre de barrio.[6]

Para nuestro trabajo que va de la memoria al plano, del recuerdo al documento del poema al espacio, las posiciones de Gorelik y Sabugo resultan apropiadas para confirmar algunas consideraciones.

El recuerdo más antiguo que registramos es el del barrio de 1920 con su **sociedad de fomento y su parroquia.** Esta es la memoria del recuerdo del barrio que registramos en nuestra primera etapa: haciendo la historia de los barrios que nacieron al calor de los tranvías, el ferrocarril, las bibliotecas, etc.; la memoria de los sectores populares de la década del 20, la memoria gringa primera.

Es decir que en esta primera etapa, el barrio que transmite la mayoría de los entrevistados es el barrio que describe Gorelik.

Pero esa tercera generación de barrios que presiona fuerte desde fines de los 90 por hacerse escuchar y que refleja barrios nuevos o villas que se transforman en barrio o simplemente villas que son barrios, reclaman un nombre en el plano con la fuerza que les da su historia, sus luchas. Estas nuevas-viejas demandas son las mismas que aquellas de los gringos, sólo que tienen un componente poblacional diferente (provincianos, inmigrantes de países limítrofes) y otros estigmas discriminatorios que pueden llevarnos a una guetización de la ciudad. Esta nueva generación es la que nos aporta la reflexión de Sabugo.

Por tanto, la idea que aquí manejamos es la de un itinerario del concepto de barrio en construcción entre los vecinos, el plano y el contexto histórico en que este se produce y que registra las tensiones entre representación gráfico-administrativa y vida cotidiana.

En la primera generación de Sabugo está el barrio patricio que es la ciudad misma, el resto es el afuera. En cambio en las dos generaciones siguientes estaría el barrio gringo de los inmigrantes ultramarinos y los migrantes internos, los inmigrantes de los países limítrofes, y también los excluidos por el proceso de la desindustrialización que llevó a la desocupación, la pauperización y marginalidad de varios sectores sociales.

El territorio: los planos

Para llegar a los sectores que marcan en la geografía de la ciudad los límites y los nombres de los barrios actuales, utilizaré el recurso de los planos. Éstos constituyen el entrecruzamiento cultural de medios técnicos, elecciones gráficas estéticas y representaciones e imaginarios múltiples.

Por ello y por la dificultad permanente entre la percepción de los límites oficiales que tienen los entrevistados y los nombres de los barrios en los que viven se opta por el recorrido histórico de las divisiones de la ciudad a través de sus principales planos.

El libro clásico que reúne los planos anteriores a 1887 es el de A. Taullard.[7] Aquí los datos más destacados se refieren a la división parroquial de 1769 (San Nicolás, Socorro, Concepción, Monserrat, Piedad y Catedral).

En 1794 Martín Boneo, que era intendente de Policía, pidió subdividir la ciudad en barrios-cuarteles, que a la vez se componían de diferentes números de manzanas.

Hasta 1769 la única parroquia era Catedral (cuyo territorio comprendía: Areco, Arrecifes, Hermana, Arroyos, la Costa, Matanza y La Magdalena hasta la Villa de Luján). Había una serie de subparroquias que permitían la administración (San Francisco, San Nicolás y Concepción). Ese año se elevan de categoría San Nicolás y Concepción y aparecen nuevas parroquias: Piedad y Socorro. En 1813 se incorpora San Telmo; en 1823: Catedral se divide en Norte y Sur; en 1830: Del Pilar y San Miguel; en 1833: Balvanera; en 1869 se crean Santa Lucía y San Cristóbal, posteriormente se incorporan San Juan Evangelista y San Carlos.

En 1887 se incorporan las parroquias de Flores y Belgrano. Estos datos revelan que la primera nomenclatura general de las zonas de la ciudad son las parroquias. Pero su incorporación acompañará el lento crecimiento de la ciudad. Otro dato interesante es la división que aparece con la creación del Registro Civil en 1884: división 1º: Catedral Norte y Sur y Monserrat; 2º: San Miguel, San Nicolás y Socorro; 3º: Pilar y Piedad; 4º: Balvanera; 5º: San Cristóbal; 6º: Concepción; 7º: San Telmo; 8º: San Juan Evangelista y Santa Lucía; 9º: San José de Flores; 10º: Belgrano.

Estas denominaciones son administrativas: áreas, parroquias, secciones, cuarteles, pueblos, plazas. Todas son designaciones territoriales, pero aun los límites no se reflejan en el plano. Los nombres registrados en estas divisiones corresponderían a la primera generación de barrios, según Sabugo.

En el Censo de 1887 también se hace mención a plazas que se ubican fuera del municipio: Flores, Floresta, Belgrano, Saavedra, etc.

Estos nombres son aquellos que luego llevarían los barrios allí ubicados, pero todavía se encuentran fuera de la ciudad. Esto vendría a completar las referencias de las crónicas de mediados del sigo XIX a las que hacíamos mención anteriormente. El censo señala las divisiones administrativas diferentes y no coincidentes con las divisiones policiales, registro civil, escolar, electoral. Los planos correspondientes no indican los límites de estas divisiones.

En el plano de 1887, los barrios aparecen mencionados como **pueblos**: Saavedra, Núñez, Catalinas; luego se destacan zonas sin denominación de pueblos: Villa Mazzini, Villa Ortúzar Villa Santa Rita, Floresta, Flores, Belgrano, Villa Alvear, San Carlos, Almagro, Barracas y la Boca.

En el Censo de 1904 figuran las 20 circunscripciones que corresponden a la Ley Electoral y Registro Civil.

En el plano de 1912 hay zonas sin límites con denominaciones que luego adoptarían o no la división oficial de barrios: Villa Riachuelo, Villa Lugano, Villa Chicago, Liniers, Villa Versalles, Villa Real, Villa Devoto, Villa del Parque, Floresta, Vélez Sarsfield, Flores, Villa Santa Rita, Villa Mitre, Villa Sáenz Peña, Caballito, Villa Centenario, Villa Crespo, Villa Malcom, Villa Alvear, Almagro, Once, Nueva Pompeya, Corrales, Barracas, Boca, Constitución, Recoleta, Retiro, Palermo, Belgrano, Villa Ortúzar, Chacarita, Villa Modelo, Villa General Urquiza, Coghlan, Villa Mazzini, Núñez, Saavedra.

Destacados en el plano aparecen los nombres de Barracas, Boca, Belgrano, Palermo y Flores.

En el plano de 1916 están resaltadas las áreas verdes y otra vez aparecen nombres sin límites: Belgrano, Núñez, etc.

No es nuestra intención realizar un relevamiento completo de los planos; sólo quisimos mostrar algunos y señalar la falta de demarcación de los barrios.

Podemos entonces concluir que los límites que se precisaban eran los que servían para los registros civiles, educativos, electorales, policiales, o sea, los que utilizaba la administración.

Los planos posteriores mantienen la misma situación hasta que en 1930 se crea la Dirección de Catastro, que recién en 1937 realizaría el registro aerofotogramétrico. A partir de esto se realizarían planos de la ciudad cada diez años, disposición que se cumplió a medias.

En el Plan Regulador de 1960 se dice: “Los barrios se formaron por circunscripciones ajenas a un proceso de planeamiento, siendo necesario fijar nuevas divisiones urbanas –sectores y zonas– de acuerdo con fundamentos sociológicos y morfológicos que determinarán la división de la ciudad en áreas de planeamiento. En la ciudad se han detectado 44 barrios aproximadamente coincidentes con la nomenclatura oficial”.[8]

En otro lugar reitera: “De este modo se han detectado 44 centros de diversas categorías (aparte del centro urbano)”. Se alude a “la ciudad construida en barrios como elementos formativos de la misma”.[9-10] Obsérvese que se habla de la ciudad “construida” en barrios y no “dividida” en barrios. Para los planificadores, la ciudad está dividida en sectores ya que es la necesidad de planificar la que obliga a la división, pero en cambio los elementos constitutivos no mencionan límites precisos.

Es obvio que en la definición de barrio entrarán en colisión estos espacios urbanos cuantificados (cantidad de cuadras, manzanas, avenidas y calles) con los espacios simbólicos creados a partir del recorrido, el reconocimiento y la apropiación del vecino.

Por lo tanto, una división podrá determinarse en un ordenamiento jurídico que darán las ordenanzas de 1968 y 1972.

Será recién durante el gobierno de J. C. Onganía cuando, en su proyecto de descentralización para transferir las funciones administrativas del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires a organizaciones civiles no gubernamentales, el intendente Manuel Iricíbar divide la ciudad en 46 barrios. Éste y no otro es el origen de la Ordenanza 23.698 de 1968 (B.M. 13.336) y su modificatoria del 21 de abril de 1972 (Ordenanza 26.607) ya durante la gestión de Saturnino Montero Ruiz.

En un artículo reciente, Alberto Piñeiro se pregunta para qué es necesario que una disposición legal establezca la existencia de límites en entidades que, como los barrios, no tenían valor administrativo, ni policial, ni de registro civil, ni eclesiástico, ni hospitalario; "que no tienen en fin valor jurisdiccional alguno".[11]

Las consideraciones del texto de la ordenanza de 1968 y la modificatoria de 1972 estimaban que era necesario determinar los límites de los barrios con el fin de precisar la esfera de acción de las entidades constituidas en ellos y promover las acciones comunitarias en beneficio del progreso.

En la ideología de J. C. Onganía, por entonces presidente de facto y opuesto a los partidos políticos, la división de la ciudad preparaba la situación para la administración a través de organizaciones civiles. Este proyecto fracasó pero la ordenanza sobrevivió.

Estos límites vinculados con un proyecto administrativo que no prosperó se mantuvieron hasta 1996 cuando se incorpora Puerto Madero, con lo que la ciudad tendrá entonces 47 barrios (Ley 51.163-B.O. 135).

Ahora bien, cuando se establece el ordenamiento jurídico de la división aparecerán críticas por considerarlo extemporáneo y arbitrario. Será entonces cuando el Estado municipal promoverá una suerte de legitimación histórica a través de la publicación de la colección de *Cuadernos de Buenos Aires*, que reflejarán los trabajos que los historiadores de los barrios venían realizando y se reforzará con un entrecruzamiento de la acción de las Juntas de Estudios

Históricos, las que aun reconociendo otros nombres y otros límites históricos, terminarán adoptando esta división, uniendo el componente territorial al histórico y al simbólico. Estas acciones se fueron completando a lo largo del tiempo. En la actualidad casi todos los barrios tienen su Junta, su día y su emblema.

Esta desinteligencia entre los barrios, sus nombres, sus límites y la memoria e idea de pertenencia de los vecinos traerá consecuencias en la reconstrucción de los recuerdos.

Los barrios que se extrañan

El concepto de barrio que se pudo estructurar a partir de la tarea de reconstrucción de las historias barriales, a través del **proyecto inicial de historia oral** encarado por el Instituto Histórico, dio como resultado una multiplicación de definiciones vinculadas al lugar, al período estudiado y a los grupos participantes.

Podríamos realizar dos cortes cronológicos en nuestro análisis vinculado al trabajo realizado desde el Instituto Histórico: el que va de 1985 a 1992 y el que recogimos a partir de esa fecha hasta hoy.

Aunque advertimos una nueva diferenciación entre 2001 y 2003 en relación con la condición de vecino y la pertenencia a las asambleas barriales, todavía no podemos presentar resultados acabados sobre estas nuevas realidades, organizaciones y consecuencias.

El corte cronológico de 1992 tiene que ver con las dificultades que atravesamos y que se vinculan con los fracasos en las convocatorias a participar en esta reconstrucción. Por supuesto, esta situación se relaciona con el momento político que trajo como consecuencia la desmovilización generada en tiempos del menemismo durante el que sólo marchas de silencio y los reclamos puntuales generaban participación. Las acciones de protesta, reagrupamiento y participación comenzaban a producirse en lugares lejanos de la ciudad (en Salta, Neuquén, Catamarca, etc.) o en el conurbano bonaerense (Matanza, Solano, etc.).

Esta situación nos obligó a reformular las tareas propias de indagación histórica y las pautas de las reuniones.

Por este tiempo ubicamos institucionalmente los “Encuentros Nacionales de

Historia Oral" y los "Seminarios de Capacitación" en el método de historia oral, aunque paralelamente desaparecía nuestro trabajo barrial que recién retomaríamos hacia fines de la década del noventa.

Es de esta época nuestra vinculación de trabajo con PAMI, la aparición de la Revista *Voces Recobradas*, nuestra presencia institucional en foros internacionales y, finalmente, nuestro trabajo en villas y barrios auto-construidos.

En nuestra etapa inicial, entre 1983 y 1992, aplicamos el método de historia oral para recuperar los orígenes de 20 barrios de la ciudad de Buenos Aires. Este proyecto puede consultarse detalladamente en varias publicaciones.[12]

Para poder elaborar el "concepto de barrio", advertimos que el vecino hizo suya una historia de la ciudad y a partir de allí elaboró su propia historia del barrio. Es entonces cuando al reconstruir esta historia aparecerán conceptos sobre el barrio, atributos, funciones, condiciones míticas, valores, representaciones.

Para evaluar mejor estos conceptos, debemos aclarar algunas procedencias. Los lugares elegidos para convocar al vecino no fueron homogéneos. El proyecto inicial intentaba lograr que el vecino concurriera a los Centros Culturales Barriales.[13]

En algunos casos esta convocatoria no prosperó y nos trasladamos a sociedades de fomento (SABER en Agronomía o "Corporación Sarmiento" en Liniers), bares (Oviedo en Mataderos y Covadonga en Parque Chacabuco), etcétera.

El concepto del barrio que se construyó a partir del recuerdo lo situaba en un tiempo que podríamos llamar mítico y se asociaba al tiempo de los orígenes.

Todos los testimonios aluden a este pasado mítico. "No siempre resulta fácil trazar la línea que separe el pasado mítico del pasado real, que sea donde fuere, es una de las encrucijadas que se plantea a toda la política de la memoria. Lo real puede ser mitologizado de la misma manera en que lo mítico puede engendrar fuertes efectos de realidad".[14]

Casi siempre se acercaron a trabajar personas mayores que **recordaban** un tiempo del barrio en el que ellos / ellas eran jóvenes. Por tanto el concepto construido aparecerá cargado de nostalgia. A pesar de ello al tratarse de reuniones grupales, el planteo terminará superando estos razonamientos lineales y simplificadores de la época.

Los ejes del recuerdo serán casi siempre la solidaridad (ubicada en el tiempo

mítico del barrio) y las fiestas barriales asociadas a ese tiempo.
Así se define al barrio como una gran familia con un tiempo compartido con los vecinos.
Aquí creemos necesario precisar la noción del recuerdo, ya que la construcción del concepto barrial se elabora apelando a la memoria, y aceptando que las nociones de tiempo y espacio se tiñen de una significación personal de acuerdo con cada sujeto. Y aun admitiendo que el proceso psíquico de recordar es un proceso de historización subjetiva cargado de múltiples significaciones conocidas y desconocidas, opinamos que el recordar es un acto colectivo: recordamos a otros y con otros.[15]
En algunos barrios en los que el espacio era un parque, o sea, un espacio privilegiado para la continuidad de la memoria, ya que allí convivieron generaciones de adultos mayores con niños y/o adolescentes, este espacio se acentúa en los relatos.
Aquí el espacio es clave. La memoria "cosa extraña […] no registra la duración concreta. No se pueden revivir duraciones abolidas. Sólo es posible pensarlas, sobre la línea de un tiempo abstracto privado de todo espesor. Es por el espacio, es en el espacio, donde encontramos esos bellos fósiles de duración concretadas por largas estancias".[16]
El comienzo de esta primera etapa es el de la recuperación del espacio público. Esta recuperación y el entusiasmo es lo que llevó a las personas a comprometerse y participar.
La convocatoria se realizó con los vecinos de la ciudad de Buenos Aires, con la finalidad de que ellos trabajaran colectivamente para escribir la historia de los barrios. Nosotros generábamos la propuesta y ellos escribían la historia del barrio a través de sus propias vidas cotidianas. En ese momento realizamos una campaña televisiva masiva que no tuvo repercusión, y llevamos a cabo otra barrial que fue creciendo.
El trabajo que se impuso fue el de "taller": era historia oral, pero se realizaba en forma colectiva.
La mecánica básica de esos talleres consistía en una reunión de diálogo entre los vecinos, que se grababa. Las reuniones se hacían una vez por semana y duraban, en general, entre seis y ocho meses.
Aparece casi siempre a partir de la reflexión en común un proceso de valoración de la vida comunitaria.

Otro de los resultados manifiestos es que aquí el proceso de recordar se realiza colectivamente. Además se produce un acercamiento entre el saber popular y el saber profesional. El sentido histórico que acompaña al grupo y lo define, demuestra el carácter transitivo de contexto histórico en el que los hechos que se recuerdan se fueron dando, pero además el momento en el que se realiza la reunión.

Vamos a analizar un caso de esta primera etapa: el del barrio Parque Chacabuco, que posee un espacio verde importante. Si bien éste es el nombre oficial del barrio, los vecinos provenían del sub-barrio de las "casas baratas" y para ellos el barrio era el Barrio Mitre. Y el tema convocante y excluyente era su "parque". Los calificativos para el parque de "el más hermoso del mundo", el "orgullo", el "espacio muy querido", eran constantes. Cuando nosotros iniciamos esta tarea los vecinos se sentían heridos en su "orgullo", ya que la autopista había dividido al parque en dos y lo había arrasado. La obra de teatro que el grupo de Parque Chacabuco quiso representar se llamó "Los que quedamos". Curioso título que intentó hablar de los que no tuvieron que abandonar sus casas cuando la autopista arrasó el parque y lo dividió. Pero "los que quedamos" alude también a los supervivientes y a la memoria de ellos que se convierten en el testimonio necesario para recrear ese momento y reconstruir el barrio. Para describir el barrio "el de las mal llamadas casitas baratas", elaboraron un plano de las casas, la distribución de los espacios, las veredas y las calles. Las posibilidades que la distribución arquitectónica ofrecía a la comunicación de los vecinos fueron también descriptas en el plano que reconstruyeron. En los testimonios, cada recuerdo opera como detonante a partir de la graficación de espacios: "Tus árboles, tus pérgolas, tus juegos", espacios que definen la infancia; "los pasos de mi madre, los míos", la adolescencia, "mis hijos corriendo por tus senderos", la juventud, y finalmente "hoy envejecí igual que vos". Es aquí, en la vejez, donde se da la mímesis espacio-recuerdo, en la que el personaje se compara con el espacio mismo.

El recuerdo del barrio a veces tiene perfume, el barrio de las casitas tenía "un aroma particular, el que no tenía rosas, tenía jazmines, madreselvas, heliotropos, damas de noche... Mi niñez tiene un aroma especial, a jazmines y rosas" (Parque Chacabuco, 1987). En este taller no podían faltar dos factores clave que aparecen en la reconstrucción de otros barrios de la misma época con la fuerza de

inventario y de identidad: **la sociedad de fomento**, a la que describen como centro social y que fue el salón de bailes y sociabilidad de todos los muchachos y muchachas de entonces, y **la parroquia** que tuvo que ser construida alrededor de la época del 30 porque el barrio lo solicitó, ya que las ceremonias religiosas se realizaban en un oratorio precario.

Aun cuando la testigo sea una historiadora, Hebe Clementi al describir su "Vivir en Versalles" habla de la parroquia y el cura y de la Luz del Porvenir, la primera sociedad de fomento de este barrio (1923). Ahora bien, cuando Hebe habla de su barrio, menciona con fuerza su cuadra y a los vecinos de la cuadra. "Mi casa, mi cuadra, mi estación, mi parroquia sirvieron para el asalto de la ciudad a partir de una integración funcional bien interrelacionada en la que tuve un lugar gozoso o al menos abierto al disfrute. Me atrevo a afirmar que éste es el material constitutivo de un barrio, cuya nutriente es esta vida espiritual compartida y aceptada (…)".[17] Es interesante en el texto aquí seleccionado la apropiación del espacio privado y el público que revisten la misma categoría posesiva.

Otro taller de esa misma época es el que se anunciaba como el perteneciente al barrio de Parque Patricios, pero sus vecinos se referían a él como el barrio La Colonia. Se trataba de un barrio de 1909, de aproximadamente ocho manzanas, y su denominación oficial era Barrio Municipal Parque Patricios. Para estos vecinos el parque estaba distanciado y el barrio era "entonces más que el parque".

En Saavedra, donde se recordaban los primeros años de 1920, los vecinos se definieron como gente de trabajo que extrañaba la relación social y barrial que giraba en torno a los clubes barriales. "El barrio es el ámbito donde se da la base fundamental de la identidad social. Nosotros, los que lo habitamos, somos el barrio y su espíritu es nuestro espíritu colectivo".[18]

En el barrio el territorio se apropia también a través de itinerarios.

En Floresta los vecinos declaran que el barrio delimitado por la ordenanza municipal no es el barrio en el que "nosotros podemos reconstruir nuestras vivencias, el nuestro no abarca todo el barrio de Floresta y se identifica en partes con el de Monte Castro" (Floresta, 1986).

Es curioso advertir que tanto en Mataderos como en Chacabuco, Floresta y Monte Castro los vecinos escriben poemas dedicados al barrio. Estos gestos de amor y reconocimiento fueron recurrentes. El vecino poetiza la ciudad, dice Mayol, impone su ley de consumidor del espacio urbano.[19]

En Villa Santa Rita la identidad del barrio aparece relacionada al arroyo Maldonado, en Mataderos al Mercado de Hacienda y en Agronomía al gran espacio verde que para los vecinos es “el campo en la ciudad”. De todos modos las reuniones en Agronomía se realizaban en la Biblioteca y Club S.A.B.E.R. (Sociedad y Biblioteca el Resplandor). Aquí un vecino define su relación con el barrio de esta manera: “A mí la vida me ha enseñado mucho y todo lo aprendí en el barrio” (Agronomía, 1990).

Parque Chas se formó y trabajó como si fuera un barrio y de esta manera lo sienten sus vecinos, sin embargo no figura en la Ordenanza municipal. “Aquí también el barrio de tierras inundadas que la basura rellenó, empezó su particular trazado circular en 1925” (Parque Chas, 1987).

Para los vecinos de Boedo los carnavales, los corsos y las murgas constituyeron el espejo de su identidad (Boedo, 1988).

En Coghlan nos dice un vecino: “El barrio era tan joven como yo, allá por la segunda década del siglo... y el aura de espiritualidad y convivencia perdura hasta hoy” (Coghlan, 1992).

Los temas vinculados al barrio que se recogieron en las reuniones de PAMI iteraron muchas veces las definiciones, juicios y representaciones que se dieron en la etapa inicial. En los talleres de PAMI se recordaba el mismo barrio.[20]

Cuando la pregunta es directa y los obliga a bucear en su memoria y representaciones para definir el barrio, van apareciendo distintos ejes para construir los recuerdos que conforman el escenario barrial perdido, a veces asociándolo al vecino y otras con la familia.

Aída: *Barrio es cuando una vive y conoce a la gente de al lado y tiene una amistad. Cuando yo vivía, por ejemplo, en Méndez de Andes y Neuquén, ¡eso era un barrio! Porque mi hijo que estaba educado de una cierta manera, pero al lado estaban todos los chicos, esos muy modestos, pero se hicieron amigos y bueno, venían a mi casa y era todo un barrio.*

Rosa: *El barrio es como una comunidad, la relación con el de al lado, con el que vive enfrente. Eran todas viviendas familiares. Mi hija mayor se relacionaba con las chicas de viviendas vecinas. Había una feria barrial, íbamos todos a la misma iglesia, había cines que han desaparecido. Ése era todo un barrio.*

Otras veces la reconstrucción del significado del barrio se refiere al territorio propiamente dicho y a sus modificaciones físicas.

Raúl: *Yo, para mí, donde hay avenidas, donde hay mucho tráfico, no hay barrio. Hay gente de paso. Hay avenida, hay mucho comercio, no hay barrio. Los barrios más cerrados, donde no hay avenidas, son otra cosa.*

Para otros, son los aromas los que señalan y diferencian al barrio.

Coord: ¿Qué es lo que seguro no vas a encontrar en otro lugar?
J. F.: *El espíritu de todos los devotenses, de todos los vecinos de la zona... algunos han venido aquí por el clima. Nosotros no hemos optado por eso porque nacimos en Devoto, quizá no lo valoramos tanto, pero no hay palabras para definir un sentimiento devotense... Otros han venido a Devoto porque lo adoptaron. ¿No sé si es más valioso uno que otro, no?, pero yo lo siento así.*
Omar: *Es venir y ya darse cuenta que uno respira otro aire.*
Juan: *Ya cuando cruza la avenida San Martín cambia.*
Juan Francisco: *En Agronomía.*
Humberto: *¡Un microclima! Porque no hay que olvidarse que Devoto está en la parte más alta de la Capital Federal, que está a la altura de la Torre de los Ingleses. En aquella época mandaban a los chicos con problemas bronquiales...*
Juan: *¡A mí!*
Humberto: *... a mejorar su estado bronquial al buen clima de Devoto. Y cuando uno viene del centro huele a jazmín...*
Juan Francisco: *... y a tilo.*
Omar: *Por eso le dicen ¡el Jardín de Devoto!*
Hilda: *Cuando vengo por San Martín y entro por Asunción, mi señora especialmente dice: "¡Cambió el clima! ¡Mirá que distinto se respira!".*
Omar: *(...) Nosotros en Devoto, tenemos la suerte de tener una arboleda frondosa. Por todas las calles que uno camina, hay árboles* (Taller de Devoto. CGP, 2002).

Estos conceptos se elaboran a partir de reflexiones compartidas. Cuando se les

pregunta directamente sobre el barrio, en las respuestas aparecerán direcciones recurrentes.

Rosa: *Es como una comunidad, la relación con el de al lado, con el que vive enfrente.*
Aída: *Como cuando yo vivía en Tres Arroyos, que yo era chica, comíamos choclos sentados en la vereda, por ejemplo, con toda la gente del barrio, pero ahora ¿qué barrio? Ahora es sólo una ubicación geográfica.*
Cuando mi hijo tenía 8 o 9 años, yo era conocida por fulana de acá, fulana de allá y uno salía y hablaba con éste y con aquél.
Ahora no. Yo considero que vivir acá en la ciudad no es vivir en un barrio.
Rosa: *No en las colmenas que vivimos ahora...*
(PAMI, Agencia Nº 5, 2001).

Juan Francisco: *Yo me siento de Devoto porque nací en Devoto; me siento de Devoto porque me casé en Devoto; mis hijas también nacieron en Devoto. Es un contexto éste que me toca profundamente... Además Devoto es un sentimiento, lo sentimos así a Devoto... y yo personalmente no lo cambiaría por ningún otro paraje que pudiera haber mundialmente. No recorrí mucho mundo, pero considero que esto es lo mejor que he visto y que he vivido... Uno se encuentra con tanta gente conocida, querida que, que es entrañable Devoto...*

El barrio, al tratarse de un espacio físico y a la vez emocional, obliga a continuos intentos de delimitación y demarcación de territorios que a veces chocan con los límites oficiales y otras son un intento de diferenciación entre sectores que comparten ese mismo espacio.

Ofelia: *Pero vos vas a hacer un trámite... por ejemplo yo te hablo del caso mío. Yo vivo en Pichincha y Riobamba. Me dicen (por un trámite) la vereda suya pertenece a Congreso así que usted tiene que ir a Callao* (risas).
Fernando: *Hace poco, un hecho policial. Le robaron a una pobre mujer la cartera, un arrebatador, en Pichincha y Riobamba. Enfrente, en Pasteur y Riobamba, había una casilla policial, que le dan la pistola y la radio pero no saben nada, y una chica apareció y corrió al arrebatador por la calle y después*

se fue a quejar, porque la policía estaba mirando, como miraba yo, miraba ella y entonces le preguntó, le fue a decir: "¿No me viste?". No porque pertenece a la 7ª y esta parte pertenece a la 5ª.
(PAMI, Agencia Nº 5, 2001).

Esta división no es "sentida" porque no representa al habitante del barrio. En cambio, otras veces, una avenida, una vía de ferrocarril, un zanjón, constituyen mojones a partir de los cuales se demarcan territorios inscriptos en un mapa emocional.

Amelia: *La gente de la avenida Sáenz, para este lado hay una amistad, nos conocemos; para el otro lado, es raro que se conozcan.*
Ángel: *Pompeya era mucho más pituco que Puente Alsina!!! Yendo de Puente Alsina hacia Capital, iba para Capital mirando las vidrieras, conversando, dando la vuelta hasta Sáenz, pasando por la pizzería "La Blanqueada"... yo tenía un amigo con el que salíamos a buscar novias en Pompeya porque eran distintas y cuando veíamos dos chicas juntas, mi amigo embalaba y se les ponía a hablar, le decían: "Retírese sinvergüenza", y yo me quedaba. Éste les decía: "Escúcheme, usted está equivocada, yo tengo buenas intenciones". Y tanto le hacía el verso que ganaba. Eso era Pompeya.*
Adelina: *Nosotros teníamos en la parte más cerca del río una parte que le decíamos "el pueblito". Nosotros teníamos asfalto y ellos tenían de tierra. Nosotros decíamos: "Ahí vienen los del pueblito". Después mi hija cuando fue a la escuela se hizo amiga de los hijos de los del pueblito, yo los odiaba. Todos pibes muy buenos, mirá, lo que son las vueltas de la vida. En vez de ser amiga de los chicos del barrio se hizo amiga de los del pueblito.*
Héctor: *El otro pueblito era porque había un zanjón muy grande que era el desaguadero que iba al río y había un puente, los del otro lado del puente eran los del otro pueblito.*

El barrio, en el recuerdo, también se define por el carácter pionero del comienzo, ubicado en aquel tiempo mítico, tiempo del barrio en construcción.

Héctor: *Para venir a rellenar acá, con cenizas de la quema, pasaba una zorrita,*

que era una máquina chica que arrastraba 10 o 15 vagonetas. Pasaba por acá, por una vía angostita, cruzaba avenida Sáenz e iba a rellenar por allá, por Villa Soldati. Con el tiempo, las calles verticales a Alcorta, que eran todas de barro, las empezaron a rellenar y se hacía una humareda que no se veían las casas.

Muchas veces la casa, primer cobijo, primer lugar en el mundo, marca el deslinde entre lo público y lo privado, el adentro y el afuera.

Susana: *Yo vivía en Alberdi al 4200 en el mismo departamento, era un barrio de gente modesta y trabajadora, la mayoría trabajaba en el Matadero, otros eran albañiles o pintores de casas, las casas crecían de acuerdo al crecimiento de las familias, se agregaban piezas de acuerdo a que los hijos o parientes lo necesitaban.*
(*Cronista Mayor de Buenos Aires* N° 30, "Relatos que hacen la historia 2: Un lugar para vivir", 2001).

Pierre Mayol se refiere a la casa como el espacio privado, lugar del cuerpo, lugar de la vida. Aquí la usanza permite que uno se dedique a hacer nada… el lugar más privado y querido, en el que uno se regocija al regresar a la noche después del trabajo, al entrar de nuevo después de las vacaciones, al salir del hospital.[21]
Para nuestros vecinos describir la casa fue un modo de incorporar nuevamente el barrio en sus relatos. A veces el barrio es definido como la prolongación de la casa. Y los vínculos vecinales definen el barrio del recuerdo y en ellos aparecen las fiestas. Las fiestas son la referencia clara del espacio compartido donde se entrecruzan lo público y lo privado.

Esmeralda: *Para Navidad y Nochebuena en la calle 11 de Setiembre se lavaban todos los frentes de las casas, se lavaban las calles con agua, jabón y lavandina y se ponían las mesas con los manteles blancos. Entonces, cada uno dejaba su plato. Así nadie decía: fulano, mengano, sultano y qué sé yo. Después también en las ventanas de las casas de las familias que habían hecho más beneficios durante el año se ponía una vela.*

Eran fiestas muy sanas, muy de la familia. Las velas se ponían sin tener en cuenta el color político que se tenía o qué religión.
Así que yo la vela la dejaba porque era una misión que me habían dado mis padres. Después a las 12 de la noche la gente se acercaba y se prendían las velas.

Elsa: *El barrio era lindo porque nos sentábamos todos en la puerta de casa de Olga y pasaban los muchachos y se sentaban, conversaban algo de a dónde íbamos a bailar... tendríamos 15, 16 años...*
Después nos juntábamos en los casamientos, que se hacían en las casas. Íbamos a los casamientos y nos encontrábamos.
Ester: *Los sábados, días de casamientos, nos apiñábamos en el atrio de la iglesia para "ligar" las monedas que tiraba el "padrino pelado". Tampoco me olvido de los festejos de San Pedro y San Pablo. Todo el barrio participaba de la fogata, donde llevábamos los que estuviesen en desuso, papeles, maderas, trapos, para alimentar el fuego.*
María: *No sé si se acuerdan cuando llegaban las fiestas como las de Navidad... cada vecino traía algo y uno, como no quería ser menos que los demás, entonces hacía una torta o si no dos botellas de sidra... y cuando daban justo las 12:00, primero estaban con la familia, y después salían e iban de casa en casa saludando a todos. Después si alguno tenía música, en el barrio, en la calle se cantaba.*

El barrio perdido está reflejado en el tiempo pasado y las costumbres que se pierden. Allí, otra vez el barrio que no está.

María: *Yo me acuerdo cuando vine a vivir acá, hace unos 50 años, estaban todos los vecinos en la vereda tomando mate. Ahora no se ve a nadie. Estamos todos encerrados detrás de las rejas.*
Raúl: *Otra cosa importante, por lo menos para mí, es que se perdió totalmente la barra de la esquina. Uno llegaba del trabajo, se pegaba un baño y se iba para la esquina y sabía que alguien había. Eso se perdió totalmente, pero no en mi barrio, en todos los barrios.*
En mi barrio las industrias no están más, había una industria textil muy grande.

Dejó de funcionar. Estaba el depósito "Fraver", de pollos, que ocupaba toda una manzana. "La Gioconda", de toda la vida, ahí en Asamblea, y la "Volcán" también cerró.

Es recurrente en los talleres barriales la dificultad para marcar los límites de cada barrio y los nombres que se adjudican a cada uno de ellos.
Un trabajo curioso es el de un sub-barrio de Lugano que se denomina Lomas de Lugano y que lleva el mismo nombre del club. Cada uno de los sub-barrios de Lugano tienen características diferentes, el de las Lomas ocupa un ámbito central y en los primeros años de la década de 1950 revestía la condición de poseer cierta jerarquía social que con el paso del tiempo fue desdibujándose hasta convertirse en un lugar casi marginal. Los recuerdos en este sentido tienden a valorizar en forma negativa la construcción de la autopista Dellepiane. Estas "obras" que se ven como progreso y adelanto tienen esta relación con aquellos que los disfrutan, es decir, los que transitan por la Autopista, pero a estos vecinos se los condenó a un aislamiento al fragmentarlos y dividirlos. Este aislamiento se vio agravado por la llegada de nuevos grupos sociales que son los que viven en la Villa 20. Es sugestivo que los vecinos de las Lomas no hablen de la existencia de la villa. Sin embargo, en sus recuerdos aparecen siempre las imágenes idealizadas que se rompen con la construcción de la Autopista y lo que siguió, que fue la construcción de la villa. Es allí donde ubican la ruptura de las viejas solidaridades y que coinciden con la aparición de otra población nueva a la que omiten.
Esta situación se repite en Villa Pueyrredón en relación con la construcción de los monobloques, que los vecinos por un lado silencian y por el otro responsabilizan a ese cambio de la pérdida de solidaridades iniciales (Villa Pueyrredón, 1992).
En Almagro el grupo de vecinos dispuestos a contar la historia formaba parte de una asociación denominada "Vecinos Unidos de Almagro por una participación solidaria". El tema excluyente de las reuniones fue el Abasto. Otra vez fuera de los límites y de los nombres oficiales. Esta toponimia identitaria que los remite a su infancia es la que prevalece. "El Abasto era la zona de inmigrantes… barrio de trabajo donde la convivencia de las familias pertenecientes a diferentes colectividades era buena… Hoy nuevas

inmigraciones, formas de ocupación de las viviendas, lo convirtieron en un barrio peligroso" (Abasto, 1997).

Los barrios peligrosos

Como vemos aquí aparece el barrio peligroso, las construcciones que producen rupturas en la solidaridad existente, en síntesis describen la irrupción de los otros. Es en este momento, cuando desde fines de los 90 comenzaríamos a trabajar en otro registro de barrios. No hablaríamos de la etapa inicial sino de la que tuvo lugar la formación de otros barrios conectados con el crecimiento industrial de fines de la década del 40, que se empezaron a construir durante el peronismo y que subsisten durante el proceso de desindustrialización (1970-1990).

Esto nos llevó a trabajar con una población diferente. Al principio nuestro trabajo parecía circunscribirse al trabajo en villas, pero ciertas experiencias novedosas (Abasto, Bajo Flores, etc.) nos mostraron nuevos componentes de población con motivaciones renovadas de construir un futuro mejor para sus hijos y sufriendo una discriminación casi previsible.

En la memoria de los vecinos de la primera etapa (casi siempre hijos de inmigrantes europeos) no se registraron casos de discriminación sufrida por ellos mismos. Esto pudo ser porque la situación inicial fue superada o porque el progreso y movilidad social ya se habían realizado cuando comenzamos las entrevistas o bien porque prevalecía un mismo origen migratorio.

En esta última experiencia la discriminación la sufren "aquí y ahora", y el futuro y la movilidad social están cada vez más alejados de sus imaginarios. La presencia de tipos heterogéneos de pobladores compiten en la elaboración de pautas comunes.

Aun cuando tenemos ya suficientes testimonios creemos que en futuras publicaciones podremos elaborar nuevas conclusiones.

En principio podemos afirmar que nuestro trabajo en villas y barrios autoconstruidos reformula el tema del territorio. Aquí, como en muchos barrios inundables, todo era bañado. Es esta situación marginal primera la que los obliga a organizarse. El bañado hay que rellenarlo y la tierra la trae el habitante. Por tanto, se cambia el concepto de propiedad de la tierra. A esto hay que agregarle que la mayoría de los habitantes de estos lugares procede de culturas con fuerte

y ancestral relación casi religiosa con la tierra.
La importancia del agua, indispensable para la subsistencia, se refleja en el ícono infaltable en los relatos, que es *la canilla*. “Quien no sabe en la villa dónde está ubicada la canilla no vive en ella, no conoce el barrio”.[22]
En las villas, como en los barrios de la primera etapa, existe en el imaginario un tiempo de los orígenes en el que todo era mejor.
El trabajo para recuperar la historia en estos lugares se convierte en actividad militante entre los vecinos. Se advierte la necesidad de legitimar a través de su propia historia y la de sus luchas, un espacio territorial y simbólico.
Ocupar un lugar en la historia de la ciudad y un lugar en el plano es la demanda recurrente. La necesidad de nomenclatura para sus calles para poder abandonar los números y las letras que designan sus casas es su reclamo constante. Ambas demandas están relacionadas con la discriminación y el estigma que los obliga a ocultar su lugar en el mundo.
En estos ámbitos la cronología se define claramente entre un antes y un después de la dictadura, de la erradicación. Algunos vecinos se fueron y volvieron, otros se fueron y se mudaron para siempre, otros resistieron, otros desaparecieron y en algunos casos la propia villa no se rehizo nunca más.
Lo que nosotros denominamos previamente segunda etapa en relación con el trabajo del Instituto entre 1985 y 1992 no tuvo resultados homogéneos. Con la gente de PAMI se recordaba el barrio del 30, 40 y 50: el barrio blanco.[23]
El “antibarrio”, según definiciones propias, es el barrio del monobloque y en especial el de la villa. **Allí la adjudicación, el asentamiento, la apropiación** siempre aparecen logrados a través de luchas y por otro lado existe un estigma generalizado sobre estas construcciones. A su vez aparece “el degradado” que es el culpable de todos los males, el “estigmatizado”.[24] Allí la pobreza (que puede ser característica de cualquier barrio) se convierte en algo “indigno”, curiosamente “dignidad” es la condición de reclamo más utilizada por todos los movimientos de desocupados y/o piqueteros.

Conclusión

De acuerdo con lo que hemos trabajado y quizás porque el curso de la historia “casi” lo decide por sí mismo, no tenemos conclusiones absolutas.

Hubo poblamientos que se realizaron con un estado ausente, un estado reformador, un estado socialmente comprometido y un estado destructor. Pero desde fines del siglo XIX la presencia del Estado dio formas a la ciudad. Los nombres de los barrios que aparecen en los planos –representaciones simbólicas de la ciudad– aún no tienen un territorio perfectamente delimitado. Será sólo en 1968 y por las razones "políticas" de ese momento que se precisen los límites.
En relación con nuestro trabajo de historia oral las respuestas y/o conceptos sobre el barrio dependen de quien sea el interlocutor. Existen generalizaciones etarias y de procedencia previsible que podemos advertir en la primera etapa de los 80 en los Centros Culturales Barriales y en la de los 90 en PAMI.
Percibimos cambios cuando trabajamos con gente que vive en villas y/o barrios de ocupación. Allí el tema del "estigma y la discriminación" se da recurrentemente.
Este tema, creemos, tiene que ver con que la mayoría de los barrios a los que acudimos eran habitados por hijos de inmigrantes que habían "prosperado" en términos sociales. En cambio, en otros barrios la pobreza previa los había empujado a lugares aun más pobres, siendo la movilidad social escasa o nula. La falta de trabajo y el asistencialismo, como normas, la droga y el delito como escapatoria frente a la carencia de alternativas superatorias hicieron la diferencia.
En las villas la discriminación ha aumentado sensiblemente. Los años 70 quedaron lejos. Si bien el estado democrático no se ha constituido en un estado represivo como en tiempos de dictaduras, el ajuste neoliberal se ha sentido con más fuerza en sectores de extrema vulnerabilidad. Algunos han empezado a luchar por fuera de las organizaciones peronistas tradicionales. Estas nuevas luchas tienen nuevos escenarios, "la ruta y el barrio" y seguramente la pertenencia y el concepto de barrio habrán de cambiar. Pero así como durante la dictadura la resistencia se ejercía construyendo un "nosotros" duramente castigado por los "otros", hoy el nosotros se fractura y rearma constantemente y no es la pobreza ni el territorio el factor integrador.
En las villas y en las luchas se repiten los esquemas del poder y la corrupción: influencias, subsidios, clientelismos. Los comedores en las villas reemplazan a las sociedades de fomento y las parroquias de años anteriores y de otros barrios. Estamos atravesando un nuevo momento histórico. Los comedores atienden situaciones básicas pero no alientan el pensamiento crítico porque no pueden

hacerlo. De este modo no hay futuro simbólico posible. Con lo cual aquella "motivación " de los barrios del 40 y de las Villas del 50 y 60 ha desaparecido. Por otro lado si bien hablamos de multiculturalismo, diversidad cultural, respeto por el diferente, derechos humanos para todos, no nos atrevemos a pronunciarnos sobre la contracara: discriminación, estigma, exclusión.

Desde el discurso hay una urgencia por decir "nosotros" pero ya nadie alcanza a saber de qué estamos hablando.

Al final de este trabajo sentimos que esta situación está recién comenzando. Estas reflexiones exceden la lectura histórica. Hemos transitado por la historia de lo simbólico y por el mundo de lo privado y lo público. Aparecen muchas preguntas sin respuesta y nuevas preguntas nos interrogan. Esta exposición intenta ser una aproximación a la idea del barrio construida por vecinos que trabajaron con el recuerdo de sus vidas transcurridas en barrios nuestros. Creemos que con estos primeros aportes podremos re-escribir la historia de la ciudad y sus barrios, que muchos vecinos están esperando. Los ojos de muchos vecinos están esperando.

En este nuevo camino no sólo podremos elaborar discursos diferentes, sino que debemos modificar las prácticas. Para ello la reflexión sobre los cambios del tiempo presente será la herramienta eficaz. Tal vez la primera y posible diferenciación ya no sea entre derechas e izquierdas, sino entre quienes aceptan como natural la existencia natural de los pobres y quienes no la aceptamos. Con esta diferencia esencial podremos replantear el barrio, la ciudad y el mundo.

Citas bibliográficas

[1] Giunta, Rodolfo, "Revolución industrial y barrio", en *Buenos Aires. El libro del Barrio*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 2004.

[2] Scobie, James, *Buenos Aires. Del Centro a los barrios. 1870-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977.

[3] Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires 1887*-1936, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1998, pp. 273-275.

[4] Romero, L. A.; Gutiérrez, L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en*

la entreguerras, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
Privitello, Luciano, *Vecinos y Ciudadanos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
[5] Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque, op. cit.*, pp. 273-276.
[6] Sabugo, Mario, "El barrio, al fin de cuentas", en *Buenos Aires. El libro del Barrio*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 2004.
[7] Taullard, A., *Los planos antiguos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Peuser, 1940.
[8] Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Descripción sintética del Plan Regulador, Buenos Aires, 1960, p. 37.
[9] Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Informe preliminar 1959-60. Plan Regulador, Buenos Aires, 1960, p. 110.
[10] Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Informe preliminar 1959-60. Plan Regulador, Buenos Aires, 1959-1960, p.137.
[11] Piñeiro, Alberto, "Ponele límites", en Revista *Pinta tu aldea para las aldeas de Saavedra y Núñez*, Año 1, Nº 1, 2001.
[12] Barela, Liliana y otros, *Barrio y memoria*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 1992; Clementi, Hebe (comp.), *Otra manera de hacer historia*, Buenos Aires, Leviatán, 1993; Barela, Liliana, "Los talleres de historia barrial", en *IV Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 1987; AA.VV., "Los talleres en los barrios", en Revista *Voces Recobradas* Nº 2, Buenos Aires, Instituto Histórico, agosto de 1998.
[13] Haurie, Virginia, *El oficio de la pasión. El programa cultural en barrios*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.
[14] Huyssen, A., *En busca del futuro perdido*, México, FCE, 2002, p. 21.
[15] Mezzano, Alicia, "Historiadores y psicólogos trabajando. El trabajo de recordar", en *IV Jornadas de Historia de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 1987.
Mezzano, Alicia, "Espacio y tiempo", en VI Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, 1989 (inédito).
[16] Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, Buenos Aires, FCE, 2000.
[17] Clementi, Hebe, "Vivir en Versalles", en AA.VV., *Otra manera de hacer historia*, Buenos Aires, Leviatán, 1992, pp. 91-92.
[18] Barela, Liliana y otros, *Barrio y memoria*, Buenos Aires, Instituto Histórico, 1992.
[19] Mayol, Pierre, "Habitar", en: De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano*, Tomo 2. Habitar y Cocinar, México, Universidad Iberoamericana, 1999, p. 12.
[20] Miguez, Mercedes y otros, "El té de las cinco. Los talleres de historia oral entre el

hecho cultural y la función social", en Revista *Voces Recobradas* Nº 14, Buenos Aires, Instituto Histórico, diciembre de 2002.

[21] Mayol, Pierre, "Habitar", en De Certeau, Michel, *op. cit.*, p.149.

[22] Tomarchio, Clelia, "Barrio Charrúa", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Nº 39, agosto de 2003.

[23] *Cronista Mayor de Buenos Aires*: "El trabajo", PAMI, 2000; "Un lugar para vivir", PAMI, 2001; "Mi mundo, mi barrio", PAMI, 2002; "Ojalá te enamores", PAMI, 2003.

[24] Ver: González, Lidia; Paredes, Daniel, "Las villas miseria de Buenos Aires: la construcción del espacio barrial", en Revista *Voces Recobradas* Nº 14, Buenos Aires, Instituto Histórico, diciembre de 2002.

Tomarchio, Clelia; Bordegaray, Dora, "Las villas porteñas de espacios comunitarios a guettos", en Revista *Voces Recobradas* Nº 16, Buenos Aires, Instituto Histórico, diciembre de 2003.

Barela, Liliana; González, Lidia, "Barrio Ramón Carrillo", en VI Encuentro Internacional de Historia Oral, octubre de 2003.

Tomarchio, Clelia, "Barrio Charrúa", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Nº 39, agosto de 2003.

Vignolo, Gabriel, "En INTA la historia la escribimos entre todos", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Nº 9, octubre de 1999 y Nº 20, noviembre de 2000.

Bordegaray, Dora, "Villa 20", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Nº 34, octubre 2002.

Tomarchio, Clelia, "Villa 1-11-14. Cincuenta años de historia", en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Nº 33, agosto 2002.

¿Qué es un barrio al fin de cuentas? Pues algún potrero donde comíamos finucho o pateábamos la pelota y la vieja nos llamaba a comer. Es el lugar de nacimiento donde aún vive la madre y donde se come (...)

Rodolfo Kusch

El barrio, al fin de cuentas

Mario Sabugo

Introducción

Este trabajo tiene por objeto esbozar la idea de barrio, sus diversas definiciones, y algunos problemas vinculados a tal idea en el contexto de la ciudad de Buenos Aires.

A grandes rasgos, las aproximaciones a la idea de barrio que se practican en este trabajo se dan: (a) a través de categorías teóricas y/o ideológicas y (b) a través de evidencias y visiones de carácter histórico. No se trata de arribar a conclusiones definitivas, sino más bien de describir esa idea entendida como un campo conceptual configurado por tales definiciones y la exposición de los principales problemas.[1]

Este trabajo trata de reintegrar conocimientos teóricos y operativos acerca del barrio, poniendo en relación las diversas visiones y aproximaciones existentes en campos disciplinarios relativamente escindidos. Se presenta inicialmente una hipótesis general sobre el barrio y referencias a la etimología del término. A continuación se hacen algunos

Mario Sabugo
Profesor regular de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU) de la Universidad de Buenos Aires. Profesor de posgrado en la FADU y FLACSO. Miembro de la Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires. Académico de Número de la Academia Nacional del Tango.

apuntes históricos universales y posteriormente se aborda la cuestión histórica local, en torno a la primera y la segunda generación de barrios porteños, deteniéndonos algo más en la segunda. Finalmente, se hace un barrido de los enfoques que actualmente constituirían el campo de la idea de barrio, se comenta la problemática entre barrio y comuna, y se ensaya un resumen general.

El barrio como institución y como territorio

En términos generales, mantenemos la hipótesis que define al barrio como un fenómeno constituido por dos rasgos: el barrio sería (a) una institución, esto es, una forma específica de organización comunitaria, comprensible por sus aspectos sociales, sus actividades y sus vínculos culturales; sería asimismo (b) un territorio, esto es, un determinado lugar habitado, con ciertas características físicas naturales y artificiales.[2]

Esta distinción entre una faceta institucional y otra territorial se inspira en la clásica formulación de la cultura latina, que separa la idea institucional de la *civitas* de la idea física de *urbs*, contenidos que subsisten, tal vez menos distintivamente, en nuestros actuales términos de “ciudad” y “urbe”.[3]

En tal sentido, el barrio consistiría en una entidad cualitativamente asimilable a una *civitas*, desde que podemos atribuirle sus propias creencias, sus instituciones y sus culturas, y por tanto indagar sus aspectos históricos, sociológicos, jurídicos, antropológicos, etcétera. Igualmente, el barrio sería una entidad cualitativamente asimilable a una *urbs*, pudiendo reconocer sus atributos territoriales, sus aspectos geográficos, ambientales, urbanísticos y arquitectónicos.[4] El barrio puede, por tanto, considerarse una forma institucional y territorial de escala intermedia. En lo institucional, como mediación entre las unidades sociales más elementales y las más complejas; en lo territorial, como sector o distrito componente de la urbe. Sin embargo, parecería reservar para sí una condición singular, dado que representa por excelencia el sitio y la institución de la vecindad, esto es, la convivencia en un lugar determinado.

Desde el punto de vista de su génesis, parece posible afirmar que los barrios son producidos por dos tipos de impulsos claramente distintos, que actúan por oposición o por combinación: el impulso autónomo o comunal orientado a la reunión y asociación de sus habitantes, que expresan según los casos

motivaciones étnicas, religiosas, laborales, o varias a la vez; y el impulso administrativo o municipal, debido a necesidades censales, impositivas o judiciales.[5]

Léxico y etimología

Conviene hacer una primera aproximación a nuestro asunto a través de los aspectos etimológicos y lexicales de la voz "barrio" (Sabugo, 2000).

Anotemos que la misma palabra se emplea en nuestro medio para señalar indistintamente el plano institucional y el plano territorial. La voz "(...) involucra una actitud mental tanto como un área geográfica" (Scobie; Ravina de Luzzi, 1977: 182). Se dice "barrio" para personificar la colectividad de sus habitantes, y también se dice "barrio" para hacer referencia a la ubicación y dimensión del sitio respectivo. Esta última es la acepción que predomina en diccionarios y etimologías.

El origen árabe de la voz "barrio" evidencia la componente hispano-musulmana de nuestra cultura urbana. Para la etimología de Joan Corominas y José Pascual (1991): "Barrio, del árabe *barr*, 'afueras (de una ciudad)' o quizá más precisamente del derivado árabe *barri*, 'exterior'(...)". La misma base tienen los términos del portugués, *bairro*, y del catalán, *barri*. "El significado primitivo fue 'aldehuela independiente de una población'... (siglo XI)... de aquí se pasó a 'arrabal' (1625)... y de éste por una parte a 'zona de una ciudad' (...) y por la otra a 'parapeto, muralla (que rodea el arrabal)'."

La Real Academia Española (Sabugo, 2000) define "barrio" como "cada una de las partes en que se dividen los pueblos grandes o sus distritos", también como "arrabal, afueras de una población" y asimismo como "grupo de casas o aldehuela dependiente de otra población, aunque estén apartadas de ella".

Algunas sugestivas sinonimias de "barrio" en ambiente español son: cuartel, manzana, distrito, suburbio, arrabal, cuadra, ciudadela, isla, almedina, barriada, judería, morería, intramuros, extramuros, ensanche, lencería, acrópolis. A su vez, "barrio" es sinónimo de "arrabal", junto a alfoz, suburbio, afueras, alrededores. El autor (Sainz de Robles, 1953) agrega que "irse al otro barrio" equivale a "morirse".[6]

"Barrio" puede considerarse un término de validez generalizada en el universo

de habla hispana. No es argentinismo ni americanismo; en los diccionarios específicos se registran como tales algunos adjetivos derivados como *barriotero* (en Cuba) y el argentinismo *barrial* (Diez Rodríguez de Albornoz, 1998).

El barrio en la historia

A propósito de la determinación del concepto de "barrio", no es ocioso reconocer algunos antecedentes históricos que, aunque no se correspondan con los caracteres locales, pueden contribuir a nuestra comprensión del tema. Este enfoque ha sido justificado por Gravano (1995: 260): "(...) alrededor del barrio se aglutinan significados sostenidos históricamente por distintos sujetos sociales (...) como todo fenómeno social, el barrio –y su mundo de significados– ha surgido y existe por razones históricas. Responder al interrogante sobre la necesidad de ese surgimiento y de la referenciación barrial hecha por esos sujetos sociales obliga a realizar un análisis de la aparición y desarrollo del barrio en la historia".

Campo histórico muy apropiado es el antiguo Mediterráneo, siendo particularmente interesante la experiencia romana. En la urbe *quadrata* de Servio (Rykwert, 1985: 117) hay cuatro distritos cuyos nombres bautizan a las cuatro tribus: Suburrana, Esquilina, Colina y Palatina. En los tiempos imperiales de Augusto se divide la ciudad en catorce regiones (*regio*), de carácter administrativo, cada una con su magistrado anual, médico y cuartel de policía y bomberos. Pero las *regio*, salvo las del Capitolio y Palatino (VIIIa. y Xa.), no coincidían con las identidades zonales de carácter topográfico, histórico o edilicio. A la vez había otras circunscripciones menores, llamadas *vici*, cuyo magistrado era elegido por los vecinos, en lo que vemos actuar el impulso autónomo (Paoli, 1973).[7]

En las ciudades nuevas el ejido está marcado por los dos ejes ortogonales, determinando cuatro cuadrantes o cuarteles (de allí la expresión *quartier* en francés; *quartiere* en italiano) como forma elemental de barrio o subdivisión urbana. Aunque, paradójicamente, se comprueba la emergencia histórica de identidades barriales vinculadas con las *puertas* (intersección de los ejes con la muralla) y por lo tanto divergentes con los cuadrantes. Para una indagación particular sobre la *polis* helénica y su concepto de *demos* como

unidad territorial elemental véase el Anexo I de este trabajo.

Momento histórico de gran pertinencia se registra en la experiencia medieval hispánica con sus facetas cristianas y musulmanas. Las urbes islámicas desarrollaron en alto grado las instituciones municipales. Mucho de nuestro vocabulario urbano surge de ellas: alcalde, arrabal, barrio. Las ciudades de *Al Andalus* comprendían una *medina* –ciudadela gubernativa con alcázar y mezquita– y los *rabad*, barrios con murallas y puertas propias, equipados a su vez con mezquita, mercado, baños, talleres y comercios (Chueca Goitía, s/ed.). Las ciudades cristianas se basaban en la institución del *concilium*, una asamblea que prefigura los posteriores *cabildos* (Gautier Dalché, 1979). A escala menor aparecen las *collatio*, reuniones de los vecinos (*vicini*) de la misma parroquia que se ocupan, entre otras, de cuestiones impositivas. El vínculo de las *collatio*, que parece prefigurar las modalidades de los barrios porteños coloniales, se intensifica en las ciudades repobladas luego de su conquista, con la particularidad de que en ciertos casos las parroquias se forman con fieles de la misma nacionalidad. Ejemplo célebre se da en Salamanca, repoblada en 1002 por Raimundo de Borgoña, en la que "(...) los núcleos morfogenéticos de su futuro tejido urbano van a ser las once parroquias de la repoblación" (Chueca Goitía, 1977: 161).

Todas estas experiencias, sumadas a las proposiciones renacentistas, se conjugan en la evolución de las ciudades hispanoamericanas, que Richard Morse (1975: 21) compara con la "ciudad antigua" de Fustel de Coulanges: "(...) la ciudad hispanoamericana está concebida más propiamente como una polis agrourbana y semiautónoma que como una avanzada del imperio".

Una expresión característica de este conglomerado de ideas se halla en la doctrina del urbanismo colonial español, sancionada en las Ordenanzas de Carlos V (1526) y en las Ordenanzas de Descubrimiento Nuevo y Población, dictadas por Felipe II en 1573. Tales directivas, recopiladas más tarde en las Leyes de Indias, establecen pautas para la elección del sitio, la orientación, la planta urbana, la plaza mayor, etcétera. Para lo que nos ocupa, es notable que prescriban que, al crecer la ciudad, "(...) a trechos de la población se vayan formando plazas menores, en buena proporción, adonde se han de edificar los templos de la iglesia mayor, parroquias y monasterios, de modo que todo se reparta en buena proporción por la doctrina". Se trata, evidentemente, de centros

secundarios o de los núcleos morfogenéticos de Chueca, encabezados por el templo y la plaza; en otras palabras, embriones barriales (Difrieri, 1981b).
Se rastrean asimismo elementos pertinentes a la cuestión del barrio en el marco de la relevante actividad urbana, que en el propio continente americano precede a la entrada de los conquistadores ibéricos. Los grandes asentamientos, capitales imperiales, eran comparables y tal vez superiores a sus contrapartes europeas en cuanto a extensión, población y servicios. En cuanto a barrios, se los registra en Tenochtitlán, cuyas dos grandes calzadas ortogonales definen lineamientos de una ordenación urbana cuatripartita, en notable coincidencia con las tradiciones de los cuarteles de cuño romano. En Cuzco se da un conjunto de barrios céntricos y otro de barrios exteriores, y en estos últimos la población parece haberse establecido en correlación con sus regiones de origen, en el marco de un imperio también cuatripartito (Hardoy, 1999).

La primera generación: el barrio porteño antiguo

Buenos Aires consigue un desarrollo urbano significativo recién en el siglo XVIII, y en tal época es que se registran las primeras menciones a sus barrios, sustentados en uno o ambos impulsos ya sugeridos: sea el impulso administrativo, dirigido a resolver necesidades del Estado en términos judiciales, censales e impositivas; sea el impulso autónomo (y en este momento, también eclesiástico) generado por el establecimiento y desarrollo de los núcleos parroquiales.
La voz “barrio” se emplea hacia 1729 en una “Explicación de las quadras y distancias que tiene Buenos Ayres”, al mencionar la existencia de tres arrabales agregados al casco original: “el Alto de San Pedro, el Barrio Recio y el Barrio de San Juan”.
Para esta primera generación de los barrios porteños se comprueba una continua oscilación terminológica que va desde el término barrio hasta equivalentes como arrabal, cuartel, parroquia, alcaldía (Zabala; De Gandía, 1980; Combetto, 1981).
En 1734, el impulso administrativo: el Cabildo porteño sanciona la creación de ocho sectores urbanos de carácter administrativo, a los que denomina cuarteles. La voz expresa la tradición de división urbana cuatripartita.
En 1769 el obispo hace una subdivisión eclesiástica en seis parroquias. A ello

se remite Eduardo Sarrailh (1983: 405, subrayados nuestros) comprobando la filiación parroquia-barrio: “El núcleo central de la ciudad fue creciendo, desde su origen, en tres direcciones –noroeste, oeste, sur– que eran las que correspondían a los caminos que la vinculaban con el interior del territorio. Sobre estos rumbos, confirmados definitivamente en la etapa posterior por los trazados ferroviarios, se fueron estableciendo pequeños núcleos urbanos. Estos fueron originariamente parroquias –creadas con sentido jurisdiccional en 1769– pero paulatinamente se transformaron en los futuros ‘barrios’, cuya existencia real fue reconocida a comienzos del siglo siguiente. Aunque estos no tuvieron fronteras definidas, su fisonomía fue claramente identificable por sus características ambientales y sociales”.

Ya bajo régimen virreinal, Vértiz establece dieciséis y, posteriormente, Arredondo veinte distritos administrativos a cargo de “comisarios” o “alcaldes de barrio”. Aquí predomina el impulso administrativo en su faceta judicial, para adaptarse a la creciente extensión de la planta urbana, como lo indica la *Memoria de los virreyes*: “Reflexionando que en la vasta extensión de la ciudad, eran sólo dos jueces ordinarios, y que por muy celosos que anduviesen en el desempeño de sus cargos no podían en todas partes llenar sus respectivas obligaciones (...)” (Combetto, 1981: 173). Estos alcaldes de barrio parecen haber cumplido un papel significativo en ocasión de las Invasiones Inglesas y la Revolución de Mayo.

Un momento crucial de estos primeros barrios, en cuanto a confrontación de los impulsos autónomo y administrativo, es causado por las reformas rivadavianas, orientadas a una centralización de tinte laico que elimina diversas funciones parroquiales, entre ellas la gestión funeraria de los cementerios o camposantos (Figueira, 1983).

Más adelante encontramos la llamada “ciudad federal”, que aloja unos 62.000 habitantes, según censo de 1836, habitando en 29 cuarteles o barrios: “Junto con Santo Domingo, barrio tradicional, también San Ignacio, San Francisco, San Juan y San Miguel eran barrios residenciales. Montserrat, Concepción, San Nicolás, La Residencia (San Telmo) y Las Catalinas eran barrios ‘apartados’.” (Guérin, 1981: 219).[8]

Son barrios desplegados sobre matrices parroquiales y nomenclatura religiosa, pero ya se nota que, probablemente por efecto de ambos impulsos, el cuartel o

barrio no coincide necesariamente con la parroquia entendida estrictamente como institución religiosa. Obsérvese que hacia 1859, la división eclesiástica de la ciudad asciende a la mucho menor cantidad de once parroquias: Balvanera, San Telmo, Concepción, Montserrat, La Piedad, San Miguel, Catedral al Sud, Catedral al Norte, San Nicolás, Socorro y el Pilar.[9]

Aquellos barrios de la ciudad aldeana quedan luego sujetos a las violentas transformaciones finiseculares, pero su configuración institucional y urbana debe contabilizarse como un sustancial antecedente de la generación subsiguiente.

La segunda generación: el barrio porteño moderno

La segunda generación se gesta al calor de la gran expansión y transformación de Buenos Aires, en las últimas décadas del siglo XIX, cuyas claves son la masiva población inmigrante, la construcción del Puerto, los sistemas mecánicos de transporte, la capitalización de la ciudad y la ampliación de su planta englobando Flores, Belgrano y parte de San Martín.[10]

Mientras el antiguo municipio porteño, que llegaba hasta el arroyo Maldonado al norte, la actual calle Boedo al oeste y el Riachuelo al sur, se consolida en su área original, se instalan nuevos tejidos sobre el ejido ampliado, agregando a la primera generación la serie de los barrios “gringos”, bautizados ya no por la parroquia, sino por lugar (la Boca), por pioneros (Soldati, Luro, Devoto), por homenajes (Crespo, Urquiza) o por simple fantasía (Versalles). La variedad de bautismos va de la mano de otras distinciones. Hay barrios topográficamente altos y bajos, residenciales y fabriles, acomodados y humildes, con servicio de tren o de tranvía, de planta regular o irregular (Sabugo, 1991a).

En esta segunda generación es habitual que el barrio surja primero como territorio y que se desarrolle luego como institución. No hay, como en la generación colonial, aquella prescripción de subcentros con plaza y templo; por el contrario, estos y otros equipamientos son reclamados o bien directamente concretados por los vecinos. Así florecen, en las primeras décadas del siglo, las asociaciones vecinales, las sociedades obreras, los centros de las colectividades, los clubes, las bibliotecas populares, las agrupaciones religiosas locales, y otras formas semejantes que reconstituyen la dualidad territorial-institucional que caracteriza

al barrio.[11] Entre ellas no cabe excluir a la propia parroquia, núcleo del barrio colonial, pero también institución reclamada en los nuevos barrios.[12]

Por otra parte, si en la generación colonial, apenas pueden encontrarse típicamente dos delimitaciones territoriales (parroquias en cuanto al impulso autónomo y alcaldías en cuanto al impulso administrativo), en la metrópolis del siglo XX las delimitaciones administrativas se multiplican, con polígonos no coincidentes, para determinar circunscripciones electorales, distritos escolares, policiales, judiciales, hospitalarios, etcétera (plano del Departamento de Obras Públicas, 1916; Difrieri, 1981b: 197-203). Son, precisamente, productos múltiples del impulso administrativo que, por su propia divergencia y especialización, no pueden dar lugar a desarrollos institucionales autónomos. Este florecimiento de los barrios en su segunda generación es descripto, registrado e incluso reinventado a través de diversas manifestaciones culturales. Un "primer espectador de los barrios pobres" (como lo califica Jorge Luis Borges, 1930) resulta Evaristo Carriego, que publica sus *Misas herejes* en 1908 (Molinos, 1997). Lo mismo se expresa en las historiografías locales, el cancionero del tango, el teatro y el periodismo.

Otras visiones del barrio porteño moderno

Con muy superiores niveles de estudio se ha trabajado sobre la segunda generación de barrios porteños. Aunque, con frecuencia, la valoración de estos barrios "gringos" es oscilante, de modo que a veces puede interpretarse que los mismos son un fenómeno históricamente concluido, y en otros casos que sus rasgos siguen siendo pertinentes para describir los barrios actuales.

El célebre trabajo de historia urbana de James Scobie (1977: 258) sostiene que "aun cuando en ninguna parte se define con precisión o se registra como unidad de medida, el barrio conjuntamente con su más pequeño componente, la cuadra, fue parte integral de la formación de la ciudad". Y en nota al párrafo anterior hace la importante salvedad de que "el término 'barrio' se usa en la Argentina para significar tanto el vecindario local aquí descripto, como para la unidad más grande designada en este trabajo como 'suburbio'."[13]

A continuación sostiene que "el barrio, el vecindario y la cuadra se constituyeron principalmente en la vinculación y el contacto social entre sus habitantes. El

vecindario podía ser, en las zonas densamente edificadas, sólo una cuadra, mientras que en las zonas más alejadas, de edificación más dispersa, podía incluir más de diez cuadras (...) Sólo ocasionalmente, como por ejemplo, en una zona alejada, podía determinarse el límite preciso del vecindario. Sin embargo, sus habitantes eran conscientes del pequeño mundo del vecindario y del ámbito todavía más pequeño y definido de la cuadra" (ídem: 259).

El mismo Scobie con Aurora Ravina de Luzzi (1983: 182) vuelve sobre el tema declarando que "el término barrio resiste una definición precisa, principalmente porque involucra una actitud mental tanto como un área geográfica. Para nuestro propósito, el barrio se refiere a la pequeña o inmediata vecindad formada por una o más 'cuadras', pero sin seguir un modelo fijo. Constituye claramente una subunidad del suburbio, aunque escritores y políticos a menudo utilizan barrio como sinónimo de suburbio".

Sobre "suburbio", dice que: "(...) después de 1910 la unidad más amplia del suburbio –generalmente un pequeño pueblo con su propia plaza y foco central– se convirtió en el eslabón a través del cual muchos porteños se identificaban con esta monstruosa expansión urbana" (ídem: 187).

Una lectura que reorganice todos estos textos de Scobie permitiría concluir que para este autor: (a) la unidad más elemental es la "cuadra"; (b) un conjunto más o menos extenso de cuadras, según la densidad edilicia, configura un "barrio" o "vecindario"; (c) un conjunto de barrios o vecindarios configura un "suburbio" (en su terminología); (d) que el "suburbio" se caracteriza por disponer de una plaza y foco central; (e) la vinculación y contacto social se verifican a nivel de la "cuadra" y del "barrio-vecindario".[14]

Con acento en la historia social y cultural, Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero (1995: 11) se enfocan no exactamente en el concepto de barrio, sino en las "sociedades barriales": "Entre las dos guerras mundiales, esta identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose, y progresivamente se constituyó otra, que hemos caracterizado como popular, conformista y reformista (…) en el caso de Buenos Aires, la reconstrucción de identidades se operó en el marco de las nuevas sociedades barriales, producto de la expansión edilicia y del traslado hacia las sucesivas periferias urbanas de aquellos trabajadores que,

iniciando su aventura del ascenso, podían comprar un lote en una zona despoblada e iniciar la construcción de la vivienda propia (...) estas sociedades barriales (...) fueron sociedades en construcción (...) ciertamente diferentes de las viejas barriadas obreras del centro o de la Boca (...) distantes de los lugares de trabajo (...) eran los ámbitos del tiempo libre (...)".

Adrián Gorelik (1998: 273), en consciente diálogo con Scobie, se inclina a utilizar el concepto de dispositivo cultural: "(...) el barrio suburbano moderno, como fenómeno material, social y cultural (...) no es el producto de la expansión cuantitativa de la ciudad sobre la pampa (...) la expansión produce esas pequeñas comunidades fronterizas que aquí prefiero llamar 'vecindarios' (...) en esos vecindarios se dan relaciones sociales inmediatas, producto de la necesidad y el aislamiento, relaciones privadas en un sentido clásico: las relaciones del *oikos* (...) El barrio, por el contrario, es su reconversión pública, la producción, sobre la expansión cuantitativa (...) de un territorio identitario, un dispositivo cultural mucho más complejo en el que participa un cúmulo de actores y de instituciones públicas y privadas, articulando procesos económicos y sociales con representaciones políticas y culturales. Se trata (...) de la aparición de una forma sobre la indiferenciación anónima de la grilla (...) Pero (...) ¿es pertinente para el caso de Buenos Aires la noción de barrio? Evidentemente no, al menos si adoptamos el término tradicional de acuerdo con su acepción en las viejas ciudades europeas".

Nótese que el autor citado usa por momentos el compuesto "barrio suburbano", y que sustenta la "acepción tradicional europea" exclusivamente en las impresiones de Jean Paul Sartre en Nueva York. Pero Gorelik merece una crítica algo más detallada, precisamente en homenaje a su formidable ensayo: a nuestro juicio, su debilidad se halla precisamente en que no relaciona las dos generaciones de barrios, como si el barrio antiguo no hubiera existido como tal, y por tanto el barrio moderno surgiera *ex nihilo* en el Buenos Aires que pinta Scobie. Por ello, no parece casual que, tal como admite (ídem: 299), no haya estudiado "(...) otra institución indudablemente 'localizada', la

Parroquia, de gran importancia en la producción de identidades barriales en algunas áreas de la ciudad", justamente porque la parroquia puede ser el eslabón sustancial de sentido histórico entre ambas épocas.[15]

Definiciones y problemas:

Urbanismo

Para esbozar el estado de la cuestión en torno a la idea de barrio en Buenos Aires se requiere distinguir algunas grandes corrientes argumentales e ideológicas.[16]

En primer término, hay una serie de estudios dedicados a los aspectos propiamente físicos de los barrios, caracterizándolos como fragmentos territoriales urbanos cuyos aspectos decisivos serían, entre otros, su posición geográfica, topografía, usos y funciones, infraestructura, morfología edilicia, etcétera. Se trata de productos propios de las disciplinas arquitectónicas, patrimoniales, urbanísticas, geográficas y ambientales, cuya debilidad es la minimización de las configuraciones culturales de las áreas abordadas.

Así, una reciente nota de Tony Díaz (2001) expresa una visión del barrio entendido no más que como un cierto tipo de tejido urbano: "Buenos Aires tiene tal vez el catálogo más amplio de variaciones y alternativas de un mismo tipo de tejido urbano (...) Lo mejor de estas variaciones son los barrios que conservan una, dos o tres plantas, buenos árboles y aceras anchas, como se pueden encontrar en algunas áreas de Belgrano, Flores y Villa Devoto, por ejemplo (...) Son una experiencia urbana única y habría que protegerlos".

Un diccionario de urbanismo define así el objeto: "barrio (...) Agrupamiento social espontáneo que ocupa un sector determinado y diferenciado de la ciudad y cuyos integrantes –individuos y grupos menores– mantienen entre sí contactos frecuentes y personales. El elemento básico que lo constituye es la vivienda estable. Estrechamente vinculadas a ella se encuentran dos manifestaciones de carácter social: la escuela primaria y el comercio diario (...)" (Petroni; Kratz, 1966); definición llamativa en esta disciplina ya que parte del aspecto social.

La Oficina del Plan Regulador (MCBA-OPR, 1968: 115) declara que "el examen de los límites barriales, según son percibidos por diferentes Asociaciones de Fomento de la Capital, y de acuerdo con los resultados de una encuesta realizada

entre las mismas, demuestra que los límites barriales cubren casi toda el área de la ciudad en forma tal que es posible una clasificación de barrios. De la encuesta surge que los habitantes tienen una percepción definida de las formaciones barriales y que las limitan con precisión. Como resultado de este trabajo pudieron delimitarse 44 barrios, que son los mismos que los de la nomenclatura oficial, pero que no se integran en ningún género de grupos mayores definidos, notándose en cambio ciertas dependencias funcionales que se examinarán en otro capítulo".

Horacio Torres, en un estudio para el actual Plan Urbano Ambiental (1999: 43), dice que "los barrios, en tanto unidades territoriales, hacen referencia fuertemente a factores histórico-tradicionales y a la percepción de sus habitantes. Las estadísticas municipales y algunas de otras fuentes utilizan estas unidades. Esta visión de la ciudad a partir de su división en barrios (justificable porque su significación es mayor en términos políticos y de representación que la de unidades puramente estadísticas) debe ser sin embargo matizadas por consideraciones relativas a su homogeneidad interna".

Como se advierte, en estas aproximaciones urbanísticas parece aceptarse la carga perceptiva, política e identitaria de los barrios, pero a la vez se objeta su heterogeneidad social, edilicia y/o funcional, lo que conduce a la elección de otras "áreas de planeamiento". En los textos del reciente Modelo Territorial del Plan Urbano Ambiental (2000) directamente no se halla el término barrio.

Normativa urbana

El texto vigente del Código de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Buenos Aires (Ley 449, 2000) contiene acepciones diversas del término barrio, siempre dentro de un sentido geográfico, denominando distritos o subdistritos de planeamiento, sin adoptar una significación unívoca. Por ejemplo, dentro del distrito U3 se distinguen "(...) los siguientes barrios: Barrios Tellier-Liniers (...) Barrio Nazca (...) Barrio Varela-Bonorino, Barrio Emilio Mitre, Barrio Segurola, Barrio Versailles". En otros casos, algunos barrios son caracterizados como áreas de protección histórica. Así, el APH 16 involucra el barrio La Colonia (Cachi, Diógenes Taborda, José Cortejarena, Andrés Ferreyra), y la APH 24 el barrio Los Andes (Guzmán, Concepción Arenal, Rodney y Leiva).

La oscilación terminológica no es exclusiva de las ordenanzas. Las

investigadoras René Dunowicz y Teresa Boselli (1995) titulan un trabajo "La conservación y apropiación del barrio por sus habitantes", referido a los "(...) grandes conjuntos habitacionales realizados por el Estado en los últimos veinte años".

Por fin, cabe señalar que los 46 barrios de la ciudad fueron formalizados oficialmente por las Ordenanzas 23.698 (1968) y 26.607 (1972), ambas en regímenes de facto. Recientemente se incorporó a aquéllos Puerto Madero. Pero tales ordenanzas, simplemente enunciativas, no proporcionaron una definición del barrio, ni generaron consecuencias operativas.

Estudios histórico-culturales

Por otra cuerda corren las investigaciones orientadas a los aspectos humanos de los barrios, focalizadas en las expresiones culturales e institucionales de las comunidades urbanas, con relativa independencia de sus escenarios físicos. Así, se han producido significativos resultados desde los estudios demográficos, sociológicos e histórico-culturales. Simétricamente, esta vertiente corre el riesgo de dejar en segundo plano la incidencia específica de las dimensiones físicas y ambientales. Algunos trabajos de este conjunto se han mencionado más arriba a propósito de las "sociedades barriales".

Aquí caben las historiografías urbanas locales, últimamente apoyadas con técnicas de historia oral, de fuerte relación con las actividades de las Juntas Históricas de los barrios. Su más importante colección son los *Cuadernos de Buenos Aires*, si bien existen otras series significativas, alguna prensa local y algunos minuciosos trabajos de recopilación (Cutolo, 1996). En este campo son registrados los fenómenos físicos y culturales, pero derivan más de un proceso de acumulación y yuxtaposición que de una metodología de integración de ambos grupos de fenómenos. Es lo que Gorelik (*op. cit.*: 274) califica como "bibliografía barrial memorialista", de la que tiene la gentileza de eximirnos.

Tal vez la aproximación de mayor alcance se halle en el trabajo de Ariel Gravano (1995: 258), que presenta "contextos de formulación" apropiados para la construcción de una "teoría del barrio". Para ello propone tomar en cuenta "(...) en principio, al barrio como: 1) espacio de la reproducción social material; 2) referente de identidades sociales distintivas; 3) representación simbólica dentro de la vida urbana".

En el marco de las actividades de trabajo social, también se define al barrio en forma compleja, por vía social, sociológica, física y administrativa (Ander-Egg, 1995).

Barrio y tango

Difícilmente se pueda sobrestimar la carga imaginaria aportada a la idea de "barrio" por el cancionero popular, y por el tango en particular.[17] El tango distingue al barrio como contrafigura del centro, ante todo éticamente, porque frente a la inocencia del barrio, el centro corrompe: "(...) te conquistaron con plata/ y al trote viniste al centro/ algo tenías adentro/ que te hizo meter la pata" (Enrique Maroni y Luis Cassaravilla Sierra, "Tortazos", 1929). El centro es materialista, competitivo, el barrio tiene "(...) el alma inquieta de un gorrión sentimental" (Le Pera y Battistella, "Melodía de arrabal", 1932), "Los cien barrios porteños" (presentación de Alberto Castillo, por Carlos A. Petit, 1945) están "(...) metidos en mi corazón".

El barrio en el tango es reiteradamente paisajístico: "(...) viejo barrio de mi ensueño, / el de ranchitos iguales" (Navarrine, "Barrio reo", 1927); "Un pedazo de barrio, / allá en Pompeya, / durmiéndose al costado, / del terraplén" (Manzi, "Barrio de tango", 1942); "Decime / si conocés la armonía / la dulce policromía / de las tardes de arrabal" (Celedonio Flores, "Muchacho", 1924).

Con frecuencia, el barrio es irrecuperablemente pasado, paraíso perdido: "Me da pena verte/ hoy, barrio de Flores (...) Mi barrio no es éste, cambió de lugar" (Enrique Gaudino, "San José de Flores", 1935); "(...) ¿dónde estará mi arrabal?" (Cátulo Castillo, "Tinta roja", 1941); "Mi barrio fue mi gente que no está / las cosas que ya nunca volverán (...)" (Eladia Blázquez, "El corazón mirando al sur", 1975).

¿Es inseparable del imaginario del barrio esta percepción reiteradamente nostálgica, aquello que "ya no queda"? En tal caso ¿cómo podrían prosperar determinadas recreaciones de sus formas físicas o institucionales sobre un soporte imaginario renuente u hostil a las novedades?

El barrio sentimental

En esta parte presentamos algunas decisivas aportaciones del ensayo, la crónica, la narrativa, la poesía.[18] Borges (1930: 130) se ocupa del término mismo de

“barrio” en contraposición a la voz “suburbio”: “Carriego, que publicó en mil novecientos ocho “El alma del suburbio”, dejó en mil novecientos doce los materiales de “La canción del barrio”. Este segundo título es mejor en limitación y en veracidad que el primero. Canción es de una intención más lúcida que alma, suburbio es una titulación recelosa, un aspaviento de hombre que tiene miedo de perder el último tren. Nadie nos ha informado Vivo en el suburbio de Tal; todos prefieren avisar en qué barrio. Esa alusión al barrio no es menos íntima, servicial y unidora en la parroquia de La Piedad que en Saavedra. La distinción es pertinente: el manejo de palabras de lejanía para elucidar las cosas de esta república, deriva de una propensión a rastrearnos barbarie”.[19]

Alberto Mario Salas (1955: 69) dice que “los barrios (...) son, concretamente, el lugar en que nació el hombre, el nombre que se recuerda con fruición, con el amor que siempre se entrega a un ámbito de pocas cuadras, llenas de referencias, de conocimientos profundos y bien pormenorizados”. Y destaca el peso identitario de la toponimia: “No tienen fronteras definidas, ni siquiera de silbidos, por lo menos de manera aparente, pero subsiste, a pesar de la continuidad que ha logrado ahora la ciudad, la validez toponímica que separa la Boca de Barracas, a Palermo de Villa Crespo, a Liniers de Villa Luro, Chacarita de Villa Urquiza, a Coghlan de Belgrano. Son regiones presididas por una historia breve, ya casi sin recuerdo o en manos de eruditos, pero subconsciente, como forma particular del orgullo”.

Agudamente Borges (Abós, 2000) declara que “basta el examen de un álbum de fotografías de Buenos Aires, por bien ejecutado que esté, para llegar a la conclusión, acaso un tanto melancólica, de que las calles y barrios de nuestra bien amada ciudad se diferencian menos por lo que son, que por la imagen que nos han legado los años”. Así sucede, por ejemplo, con el Barrio Norte: “Distraídamente lo reducimos a las nobles y a veces vanidosas mansiones que edificaron algunos caballeros nostálgicos para jugar a estar en París; distraídamente no vemos los departamentos, los comercios, las casas viejas, los conventillos y los paredones del ferrocarril”, o con Montserrat: “¿Qué es Montserrat? ¿Qué es ese barrio viejo de Buenos Aires del que ahora soy vecino? Es, ante todo, una memoria de las cosas que fueron”.

Rododlfo Kusch (1966: 57-63) hace su decisiva objeción a la cartografía: “La ciudad del plano –dice Kusch– no nos convence, porque no es verdadera.

Verdadero es lo que queremos u odiamos (...) la prueba está en que cuando tenemos un plano a mano, enseguida tratamos de localizar nuestro barrio, nuestra casa o la plaza más cercana, mientras decimos, con aire triunfal, 'aquí vivo' (...) volvemos, en suma, al lugar de donde venimos. ¿Y qué lugar es éste? Pues nuestra casa, con su 'viejita', su huerta, el perro, y, más allá, el barrio con las cuatro calles que nos son familiares. Es el lugar donde nos quieren, y donde queremos también nosotros".

El mismo autor formula un imaginario en el que el barrio ocupa la faceta del regreso: "¿Habrá una ciudad para cada momento, una para la ida, y otra ciudad para la vuelta? La primera es la Buenos Aires que nos hace salir de casa, es la ciudad de los otros hecha por éstos, los que mueven los bancos, capitales, los coches, los que corren, suben, bajan por las calles y dan un pisotón sin saludar y sin disculparse. Es en suma la ciudad del plano, el manchón poligonal con estrías coloradas y blancas en donde de nada vale decir aquí vivo y señalar un punto que al fin y al cabo no existe. Todo esto no es pa'mí sino pa'los otros y esa ciudad nadie la controla, ni la atrapa sino que apenas se la dibuja (...) La otra es la ciudad de vuelta, que es así porque es pa'mi, como una ciudad sabia, con sus rincones entrañables y vibrantes, en la que lloramos o reímos. Que ni ciudad es, *sino esas cuatro cuadras que uno siempre recorre*, con algunas verjas y casas típicas y con las cosas que juntamos, esas que son sagradas pa'mí, que mantienen el nexo y el sentido de mi vida, y en las que ponemos el ojo cuando las cosas andan mal afuera. Y todo esto agrupado simbólicamente en torno de la viejita. ¿Por qué? Porque, ¿qué es un barrio al fin de cuentas? Pues algún potrero donde comíamos finucho o pateábamos la pelota y la vieja nos llamaba a comer. Es el lugar de nacimiento donde aún vive la madre y donde se come"(subrayado nuestro).[20]

En un poema de Aníbal Troilo ("Nocturno a mi barrio", cit. Ferrer, 1999), reaparece ese barrio como sitio "de vuelta": "Mi barrio era así, así, así / Es decir, qué sé yo si era así. / Pero yo me lo acuerdo así (...) Alguien dijo una vez / que yo me fui de mi barrio. / ¿Cuándo, pero cuándo? / Si siempre estoy llegando. / Y si una vez me olvidé, / las estrellas de la esquina / de la casa de mi vieja / titilando como si fueran manos amigas / me dijeron: 'Gordo, quedate aquí, / quedate aquí, quedate aquí'." La misma posición del barrio como sitio del regreso se evidencia en algún cancionero de *rock y blues*: "Volvé al barrio / es más

lindo. / Volvé al barrio / en el Cinco" (Memphis la Blusera, "Sopa de Letras", cit. Sabugo, 1989).

Rubén Derlis (2000: 13), poeta y cronista urbano de Boedo, apuesta al mito como fundamento último de la singularidad de los barrios, minimizando algunos lugares comunes: "(...) no se me pregunte por qué el habitante de este barrio se comporta de la manera que señalé oportunamente (...) lo cierto es que potreros, pelota de trapo, cine a la siesta y árbol confidente hubo en todos los barrios, así que nada de esto por sí solo puede ser. Si debiera arriesgar una respuesta por ese algo más, me inclino por el mito". Más adelante vuelve, en modo memorialista, sobre la cuestión de la extensión y el límite: "Cuando éramos chicos muy otra era la noción de barrio: éste tenía apenas la dimensión que le fijaban los límites de nuestras correrías, a lo sumo dos cuadras a la redonda del eje desde el cual irradiábamos nuestro dominio (...) Así, barrio era la calle donde vivíamos, por lo tanto Agrelo era el nuestro y esto no se discutía (...) ubicados en la esquina de Maza y Agrelo, el límite este era Loria (dos cuadras), el oeste Boedo (una), hacia el sur Independencia (también dos) porque en ese trayecto no había barras hostiles, ya que la de la calle México era aliada contra las frecuente invasiones de las de Venezuela, calle con la que fijamos el mojón norte en una cuadra (...)" (ídem: 71).

En esas infantiles "dos cuadras a la redonda" de Derlis, como en las "cuatro cuadras" de Kusch y la "pequeña vecindad" de Scobie, aparece recurrentemente una idea del barrio físicamente mínima, que en el límite se reduce a una esquina, y que culturalmente deriva a lo sentimental y psicológico, antes que a lo institucional.

Barrio y comuna: un debate actual

El destino de la ciudad de Buenos Aires ha sido frecuentemente relacionado con su articulación a escala metropolitana y con la reforma de su estatus institucional. En este plano, luego de la autonomía lograda en la reforma constitucional de 1994, aparece la cuestión de su descentralización interna, a su vez sancionada en la Constitución local de 1996, bajo la forma de las comunas. Es en el marco del actual debate acerca de la configuración territorial e institucional de esas futuras comunas que aparece el concepto del barrio,

generando una divisoria entre quienes lo valoran o descartan como matriz de tales distritos.

La Constitución de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1996), en su Capítulo sexto, artículo 32, "(...) garantiza la preservación, recuperación y difusión del patrimonio cultural, cualquiera sea su régimen jurídico y titularidad, la memoria y la historia de la ciudad y sus barrios". Es el único párrafo constitucional en que aparece la voz "barrio".

El mandato (que debería haberse cumplido en 2001) deriva de la Constitución local en su art. 127: "Las Comunas son unidades de gestión política y administrativa con competencia territorial. Una ley sancionada con mayoría de dos tercios del total de la Legislatura establece su organización y competencia, preservando la unidad política y presupuestaria y el interés general de la Ciudad y su gobierno. Esa ley establece unidades territoriales descentralizadas, cuya delimitación debe garantizar el equilibrio demográfico y considerar aspectos urbanísticos, económicos, sociales y culturales". Para determinar tales unidades, según María Ignacia Graham y Walter Morroni (1998), "(...) la unidad ideal es el barrio (...) por tener un registro más cercano a la comunidad, que propicia y facilita una real participación, habida cuenta de que el ciudadano común no tiene la obligación de manejar tecnicismos diversos".[21]

Poggiese (2000) sostiene que la creación de las comunas requiere tres componentes: identidad cultural de lo local, economía propia del territorio, y práctica cogestiva de las decisiones: "En primer lugar tiene que haber un acuerdo asociativo sociocultural que pudiese influir en la formación de nuevas identidades en torno a cada comuna. Después, y sucesivamente, pasar por la definición de densidades, límite físico, límite electoral y otros procesos técnicos necesarios e ineludibles". En el sentido de los dos impulsos, este autor pone por delante la construcción institucional por sobre la determinación territorial.

En tono semejante Sabugo (1999): "Los barrios, por su parte, si bien carecen de funciones específicas, representan culturalmente las identidades ciudadanas. Los vecinos se reconocen a sí mismos en los barrios; y no sucede lo mismo con las circunscripciones. Si se desea que las comunas sean socialmente consistentes, animadas por un sentimiento de pertenencia comunitaria y territorial, la matriz barrial parece la más aconsejable, y se deberían establecer sus áreas por agrupación de barrios contiguos con simpatía geográfica, histórica y cultural".

Es posible afirmar que la delimitación de los 47 barrios, según enunciaron las ordenanzas ya citadas, es reconocida como válida por la población en mucha mayor medida que los otros distritos urbanos. Conviene no olvidar la frustrada reforma del intendente de facto Del Cioppo, que en diciembre de 1982 emitió una ordenanza fijando 149 nuevos barrios, subdividiendo muchos de los anteriores e introduciendo una nueva nomenclatura. Grandes protestas en barrios y en los medios de comunicación condujeron a la anulación de la reforma.

Posición contraria a los barrios sostiene Marcelo Escolar (1996), que identifica el barrio con la categoría más general de "comunidad local", criticando un "(...) discurso de corte localista que encontraba en las nociones de arraigo, vecindad, comunidad de intereses y relativa homogeneidad social y cultural, el punto de partida para la afirmación de la persistencia contemporánea de esos atributos premodernos en ámbitos geográficos de características urbanas, en los cuales –se afirmaba– podía verificarse la implantación de grupos constituidos en verdaderas comunidades locales". De ahí que crea ver una "fabricación de identidades" como resultado de una mera creencia sociogeográfica –la comunidad local–, una propuesta política –el gobierno y la administración local– y una doctrina –la descentralización.

Objeciones semejantes formula Lacarrieu, al analizar varios proyectos de ley de comunas, recomendando superar "(...) la 'clásica', pero también a esta altura perimida, conceptualización acerca de pensar el 'barrio' como 'la unidad menos conflictiva y más homogénea' (...) convirtiendo a éste en una 'unidad de identidad' en la que no cabría la posibilidad de conflicto y disputa siempre presente.

Algunos de los proyectos presentados plantean comunas definidas a partir de barrios y/o entidades con identidad histórica y cultural (...) Esta concepción de identidad –barrial, local, social– focaliza su atención en cierto esencialismo, que presupone la existencia de diferentes zonas o culturas de donde emergen rasgos o pautas que la definen homogéneamente en cuanto a su personalidad.

Como hemos podido observar en experiencias concretas de los CGP (...) los vecinos y/o representantes de asociaciones vecinales no necesariamente se identifican con el barrio al que se supone pertenecen por 'naturalidad', apropiándose en múltiples casos de pequeñas parcelas geográficas

tendencialmente cambiantes, más constituidas desde lo social y cultural en términos conflictivos que desde lo físico (...)".

Este debate no es del todo comprensible sin advertir que, probablemente, un abandono de la matriz de los barrios llevaría a adoptar la matriz alternativa de las circunscripciones electorales respecto a la cual los adversarios teóricos del barrio no parecen emplear una equivalente agudeza crítica, al punto que apenas la mencionan.

Es posible que el núcleo último del debate se refiera, en el agitado marco de la contemporaneidad metropolitana, a la supervivencia o transfiguración de las instituciones vecinales, esto es, las que están basadas en la proximidad geográfica. Su contrario serían las instituciones culturales, religiosas o políticas que reúnen a sus integrantes ya no por cercanía física sino por influjo de alguna creencia compartida, las que serían, en términos de nuestra hipótesis, instituciones con culto pero sin territorio.

Conclusiones: apenas un territorio

A nuestro juicio, la hipótesis dual de territorio e institución, parece seguir siendo productiva para generar descripciones, valoraciones y operaciones en torno a la cuestión del barrio. El carácter dual del concepto barrio, territorial e institucional, que en autores como Scobie es causa de la dificultad para precisar el concepto, a nuestro juicio es razonablemente manejable en el contexto de la construcción de una teoría del barrio.

Asimismo hemos destacado un esquema teórico adicional, que enuncia dos impulsos en la constitución de los barrios, que actúan por combinación o por confrontación. El impulso autónomo (o comunal) tiende a desarrollar la institucionalidad del barrio, su faceta ciudadana, antes o después de su conformación territorial, adoptando métodos propios de la política. Sus actores naturales son los ciudadanos e instituciones locales. En este caso, el barrio tiende a ser concebido como uno de los miembros o núcleos componentes de la ciudad, que no puede engendrarse sin ellos. La ciudad es así resultado de un proceso de asociación o federación de barrios.

El impulso administrativo (o municipal) tiende a determinar un territorio, cuya población queda implicada en un sentido cuantitativo, diríamos que simplemente

censada, para lo cual se recurre a procedimientos de carácter técnico. En este impulso, cuyo actor natural es el gobierno local, el barrio tiende a ser concebido como una parte o fragmento, esto es, como resultado de una división de la totalidad urbana.

En términos de la historia local de Buenos Aires es perceptible que la primera generación del barrio colonial, aunque requiere más investigación orientada a su desarrollo y continuidades con el barrio moderno, parece derivarse de un doble impulso relativamente equilibrado. En cuanto a la segunda generación, es de amplia coincidencia que predomina la secuencia territorio-instituciones.

Paralelamente, queda por ver cuál sería la continuidad o discontinuidad entre ese segundo barrio moderno y el barrio actual, en otras palabras, si habría o no una distinta tercera generación de barrios de Buenos Aires. Para esto, convendrá comparar éstas y aquellas instituciones y, paralelamente, éstos y aquellos tejidos y estructuras urbanas.[22]

No del todo ajeno a dicho aporte es el conjunto de imaginarios "sentimentales" debidos al ensayo, la poesía y el relato. Aquí, el barrio representa el abrigo de lo privado, lo identitario, la vuelta a lo conocido, al *pa'mi* (Kusch). Inversamente, el Centro (o más precisamente, aquella parte de la ciudad que no es barrio) tendría que ver con la intemperie de lo público, el anonimato, la ida hacia lo desconocido, el *pa' los otros*. En estos singulares imaginarios, el barrio pasa a ser una institución poco más que lírica o psicológica, y su territorio respectivo se reduce a la íntima escala de las "cuatro cuadras" kuschianas.

Si por fin distinguimos la situación y los problemas de la idea del barrio en las distintas gestiones y disciplinas, es posible observar que:

• La historia cultural y las ciencias sociales lo abordan sin demasiado problema en su doble faz territorial e institucional. Los barrios son relevantes y aceptados en los escenarios y programas de acción académica y cultural, educativa, turística, etcétera.

• Los barrios son también tenidos en cuenta en el contexto de las futuras instancias de descentralización y diseño de comunas urbanas, pero es de arriesgado pronóstico el papel que se les reconocerá finalmente, dado su yuxtaposición con otras configuraciones distritales y en vista de que su

valoración está sujeta a un agudo debate, en el cual sus atributos identitarios no siempre se admiten como auténticos ni fructíferos.

• Los barrios tienen un peso llamativamente bajo en los contextos de normativa, gestión y planeamiento urbano, al punto que en sus formulaciones no es fácil comprobar el uso del término. En este contexto, de talante técnico y administrativo, el barrio es apenas un territorio, y si bien se le reconoce algún carácter institucional, no se sacan de ello consecuencias operativas ulteriores.

Notas

[1] Investigamos la cuestión de los barrios porteños en el proyecto Ubacyt AA21 (2000) "Los barrios: configuración histórica, institucional y urbana", con Rafael Iglesia, Rodolfo Giunta, Rita Molinos e Ileana Versace; y en el Ubacyt A009 (2001, dir. Roberto Doberti) "Formas espaciales, lógicas significativas y técnicas de producción". Asimismo, desde 2000, en el Curso Superior de Historia y Crítica de Arquitectura y Urbanismo (CEHCAU), posgrado de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UBA) dictamos el Módulo "Barrios de Buenos Aires: configuración histórica, institucional, urbana y ambiental".

[2] Postulaciones vinculadas con la "Declaración de San Juan y Boedo" (AA.VV., 1983).

[3] Tradicional formulación del tema en Fustel de Coulanges (1864), actualizada en obras recientes de Morse (1975) o Eggers-Lan (1987).

[4] Se emplea este tipo de indicadores en Sabugo (1999).

[5] La voz "comuna" (latín *communis*), lo mismo que "ayuntamiento" (latín *jungere*, juntar), se refiere a lo gregario o comunitario. "Municipio" (latín *municipium*, compuesto de *munere* –oficio, tarea, y *capere*– tomar) se vincula con la recaudación impositiva (Corominas, 1991).

[6] Con el mismo sentido, la milonga de Borges (1965): "(...) un balazo lo tumbó / en Thames y Triunvirato; / se mudó a un barrio vecino: / el de la Quinta del Ñato".

[7] *Regio*, o más precisamente *regio urbis*, se traduce como "barrio de una ciudad", *vicus* como "barrio de una ciudad", pero también como "calle" y como "aldea, lugar, pueblo" (Spes). De aquella *regio* parece provenir el actual *rione* (pl. *rioni*) romano.

[8] El promedio sería de 2138 personas por barrio o cuartel.

[9] Posteriormente, la Curia tiende a adecuar sus dispositivos a la extensión y densificación urbana. De tal manera, en la actualidad las parroquias porteñas son más de 170.

[10] Sobre inmigración y barrio, véanse anteriores trabajos de Rita Molinos (1999, 2000) y su texto en este mismo volumen.

[11] Sobre los clubes de fútbol y el rol de las canchas en la ciudad, véase Sabugo (1984).

[12] Caso típico es la reclamación en San Cristóbal al Sur, posteriormente barrio de Parque Patricios, que obtiene la parroquia en 1907 y la edificación del templo en 1925. Pero su dedicación a San Antonio de Padua evidencia en la nomenclatura la nueva distancia entre barrio y parroquia (Llanes, 1974).

[13] Título original en inglés: *Buenos Aires. Plaza to suburb*, traducido como *Buenos Aires. Del centro a los barrios.*

[14] El matiz singular de la idea de "suburbio" en contexto norteamericano se evidencia en pensadores como Lewis Mumford, que si bien toma nota de la concepción de "barrio" parisino según Chombart de Lauwe, está dominado por la experiencia del suburbio yanqui, relativamente ajeno a lo urbano propiamente dicho, sea por hallarse en extramuros, sea por su desentendimiento institucional. Así lo expresa al reconocer que "(...) el primitivo suburbio romántico (...) [se trataba] también de una evasión de la responsabilidad cívica y de la previsión municipal" (Mumford, 1961: 652).

[15] En el contexto de esta época, en este trabajo véase Anexo II: "Los 'barrios-república' de Soiza Reilly".

[16] Vasto y ordenado relevamiento de los enfoques disciplinarios que convergerían en una "teoría del barrio" en Gravano (1995).

[17] Para esta parte se extrajeron las letras de Romano (1994) y Russo (2000).

[18] Véase en este mismo volumen el texto de Rafael Iglesia, "Dos miradas barriales: Borges, Martínez Estrada".

[19] Borges se refiere aquí exclusivamente a los términos empleados en los títulos. Revisando por nuestra cuenta esos dos textos completos de Carriego, se advierte que en el primero usa 10 veces "barrio" y 5 "suburbio", en el segundo 6 veces "barrio" y ninguna "suburbio".

[20] La idea del barrio como sitio de regreso se relaciona, pasando a otro contexto cultural, con las indicaciones de Pierre Mayol (1999) para quien el barrio es un "dispositivo práctico" que vincula el espacio íntimo de la vivienda con la ciudad y, por extensión, el

mundo.

[21] Los autores citan las proposiciones del grupo Buenos Aires Viva en cuanto a asumir "(...) un punto de partida real, los barrios actuales".

[22] Curioso intríngulis en torno al imaginario de centro y barrio es desatado, a mediados de 1971, por el estreno, en el cine Ópera, de la película "La valija", dirigida por Enrique Carreras y protagonizada por Luis Sandrini. Luego de un semana de exhibición, estalla un escándalo apenas se descubre que no se ha proyectado el mismo final en el centro que en los barrios. "La valija" relata la vida de un matrimonio cuya rutina es interrumpida por el adulterio de la esposa. Ante el engaño, el marido hace la valija y se va de la casa para nunca regresar. Este es el final serio, dramático, para los que van al Ópera; en los cines de barrios, suburbios e interior, cuando Sandrini ya está haciendo la valija, de improviso despierta y descubre aliviado que su mujer es fiel y todo ha sido una mala pesadilla. El productor Atilio Mentasti reconoce que, de los dos finales, "el primero es más auténtico; el dolor no desaparece así nomás; hay que dejar pasar un tiempo. El otro final está adecuado a la gente de barrio, que no tiene servicio doméstico y sale a divertirse". El episodio demuestra que en aquella ciudad de 1971 todavía hay una diversidad cultural que se corresponde geográficamente con la distinción centro-barrios (Sabugo, 2002).

Bibliografía

-AA.VV., *Declaración de San Juan y Boedo*, en Iglesia y Sabugo, 1991.

-Abós, Álvaro (comp.), *El libro de Buenos Aires. Crónicas de cinco siglos*, Buenos Aires, Mondadori, 2000.

-Ander-Egg, Ezequiel, *Diccionario del trabajo social*, Buenos Aires, Lumen, 1995.

-Borges, Jorge Luis, "Evaristo Carriego" (1930), en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

-Borges, Jorge Luis, "El Títere", en *Para las seis cuerdas*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

-Chueca Goitía, Fernando, *Arquitectura hispano islámica*, Madrid, s/ed.

-Chueca Goitía, Fernando, *La destrucción del legado urbanístico español*, Madrid, Espasa

Calpe, 1977.
-Combetto, Roberto, “La ciudad virreinal”, en Difrieri, Horacio, *Atlas de Buenos Aires*, MCBA, 1981.
-Corominas, Joan; Pascual, José, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid,Gredos, 1991.
-Cutolo, Vicente, *Historia de los barrios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Elche, 1996.
-Derlis, Rubén, *Boedo y otras adicciones*, Buenos Aires, Ed. Junta de Estudios Históricos del Barrio de Boedo, 2000.
-Díaz, Tony, “Proteger los barrios porteños”, en *Clarín*, Sección Arquitectura, Buenos Aires, 2 de abril de 2001.
-Diez Rodríguez de Albornoz, Raquel, *Vademécum del castellano usual*, Santa Fe, El Litoral, 1998.
-Difrieri, Horacio, *Atlas de Buenos Aires*, Buenos Aires, MCBA, 1981a.
-Difrieri, Horacio, *Buenos Aires. Geohistoria de una metrópoli*, Buenos Aires, Eudeba, 1981b.
-Dunowicz, Renée; Boselli, Teresa, “La conservación y apropiación del barrio por sus habitantes”, en *AREA-Agenda de reflexión en arquitectura, diseño y urbanismo*, N° 2, Buenos Aires, FADU- UBA, 1995.
-Escolar, Marcelo, “Fabricación de identidades y neocorporativismo territorial”, en Herzer, Hilda M. (comp.), *Ciudad de Buenos Aires. Gobierno y descentralización*, CEA-CBC, UBA, 1996.
-Ferrer, Horacio, “Pichuco en París. Aníbal Troilo, el Tango, el arte y la vida”, en *Cuadernos de Lecturas Académicas*, N° 9, Buenos Aires, Academia Nacional del Tango, 1999.
-Figueira, Ricardo, “La gran aldea”, en Romero, J. L. y Romero, L. A. (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos* (volumen 1), Buenos Aires, Abril, 1983.
-Fustel de Coulanges, Numa Dionisio, *La ciudad antigua*, Madrid, Iberia, 1979.
-Gautier Dalché, Jean, *Historia urbana de León y Castilla*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
-Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Plan Urbano Ambiental 2000, *Modelo Territorial y Políticas Generales de Actuación*, abril de 2000.
-Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos*

Aires, 1887-1936, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

-Graham, María Ignacia; Morroni, Walter, *Alternativa para la delimitación de comunas*, mimeo, Buenos Aires, 1998.

-Gravano, Ariel, "Hacia un marco téorico sobre el barrio: principales contextos de formulación", en Gravano, Ariel (comp.), *Miradas urbanas, visiones barriales*, Montevideo, Ecoteca 15, Nordan comunidad, 1995.

-Guérin, Miguel, "La ciudad federal", en Difrieri, Horacio, *Atlas de Buenos Aires*, Buenos Aires, MCBA, 1981.

-Gutiérrez, Leandro; Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

-Hardoy, Jorge Enrique, *Ciudades precolombinas*, Buenos Aires, Infinito, 1999.

-Iglesia, Rafael, *La ciudad bárbara: el imaginario urbano de Martínez Estrada*, ed. restr., Buenos Aires, 1996.

-Kusch, Rodolfo, *De la mala vida porteña*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1966.

-Lacarrieu, Mónica, *Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Proyecto de creación de comunas, informe final***,** mimeo, 1999.

-*Ley 449. Código de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Buenos Aires*, versión digital, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.

-Llanes, Ricardo M., "El barrio de Parque de los Patricios", *Cuadernos de Buenos Aires*, Nº 42, Buenos Aires, MCBA, 1974.

-Mayol, Pierre, "Habitar", en De Certeau, Michel *et al.*, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar. Cocinar*, México, Universidad Iberoamericana, 1999.

-Molinos, Rita, "Enfoques de Ciudad y Arquitectura en el Evaristo Carriego", **e**n *Texto y Discurso, VII Jornadas del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.

-Molinos, Rita, "Medios de comunicación y prensa étnica: la experiencia urbana de los gallegos en Buenos Aires", en Gutman, Margarita; Reese, Thomas (ed.), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

-Molinos, Rita, *Morar na urbe. Casa individual y colectiva de inmigrantes gallegos en Buenos Aires. (1879-1932)*, Crítica IAA N° 107, FADU- UBA, junio, 2000.

-Morse, Richard M., "Introducción a la historia urbana de Hispanoamérica", en Solano,

Francisco de (coord.), *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975.

-Mumford, Lewis, *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Infinito, 1966.

-Organización del Plan Regulador, *Descripción sintética del Plan Regulador*, Buenos Aires, MCBA, 1968.

-Paoli, Ugo, *Urbs, la vida en la la Roma antigua*, Barcelona, Iberia, 1973.

-Petroni, Carlos A.; Kratz de Kenigsberg, Rosa, *Diccionario de urbanismo*, Buenos Aires, Cesarini, 1966.

-Poggiese, Héctor, *Idea fundacional y contrato socio-cultural en la definición e implementación participativa de las comunas*, mimeo, Buenos Aires, 2000.

-Romano, Eduardo, *Las letras del tango. 1900-1980*, Rosario, Ross, 1994.

-Russo, Juan Ángel, *Letras de tango*, Buenos Aires, Basilico, 2000.

-Rykwert, Joseph, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid, Blume, 1985.

-Sabugo, Mario, "Las canchas, monumentos bohemios", en *Ambiente 40*, La Plata, 1984.

-Sabugo, Mario, "Placeres y fatigas de los barrios", en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"*, N° 27- 28, Buenos Aires, FADU- UBA, 1989.

-Sabugo, Mario, "Las barriosferas: el laberinto", en Iglesia, Rafael; Sabugo, Mario, *La ciudad y sus sitios*, CP67, Buenos Aires, 1991a.

-Sabugo, Mario, "Intimidad de los barrios", en Iglesia, Rafael; Sabugo, Mario, *La ciudad y sus sitios*, CP67, Buenos Aires, 1991b.

-Sabugo, Mario, "Comunas porteñas: territorio y gestión urbana", en *Revista del Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo* (CPAU), 04/99, Buenos Aires, 1999.

-Sabugo, Mario 2000, Voz "barrio" para Depaule, Jean Ch.; Topalov, Christian (dir.), *Un tresor des mots de la ville. Dictionnaire historique plurilingue***.** En preparación.

-Sabugo, Mario, "El barrio, al fin de cuentas: definiciones y problemas en torno al concepto de 'barrio'", *Crítica*, Nº 121, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, Universidad de Buenos Aires, mimeo, 2001.

-Sabugo, Mario, "La valija: del centro a los barrios", en *Summa + 55*, Buenos Aires, 2002.

-Sabugo, Mario, “Un pensamiento triste que se habita: el barrio como concepto y desafío”, en revista *Contextos* (FADU- UBA), en preparación, 2003.

-Sainz de Robles, Federico C., *Ensayo de un Diccionario Español de Sinónimos y Antónimos*, Madrid, Aguilar, 1953.

-Salas, Alberto, *Relación parcial de Buenos Aires*, Buenos Aires, Sur, 1977.

-Sarrailh, Eduardo, “Lámparas y adoquines”, en Romero, J. L. y Romero, L. A. (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, volumen 1, Buenos Aires, Abril, 1983.

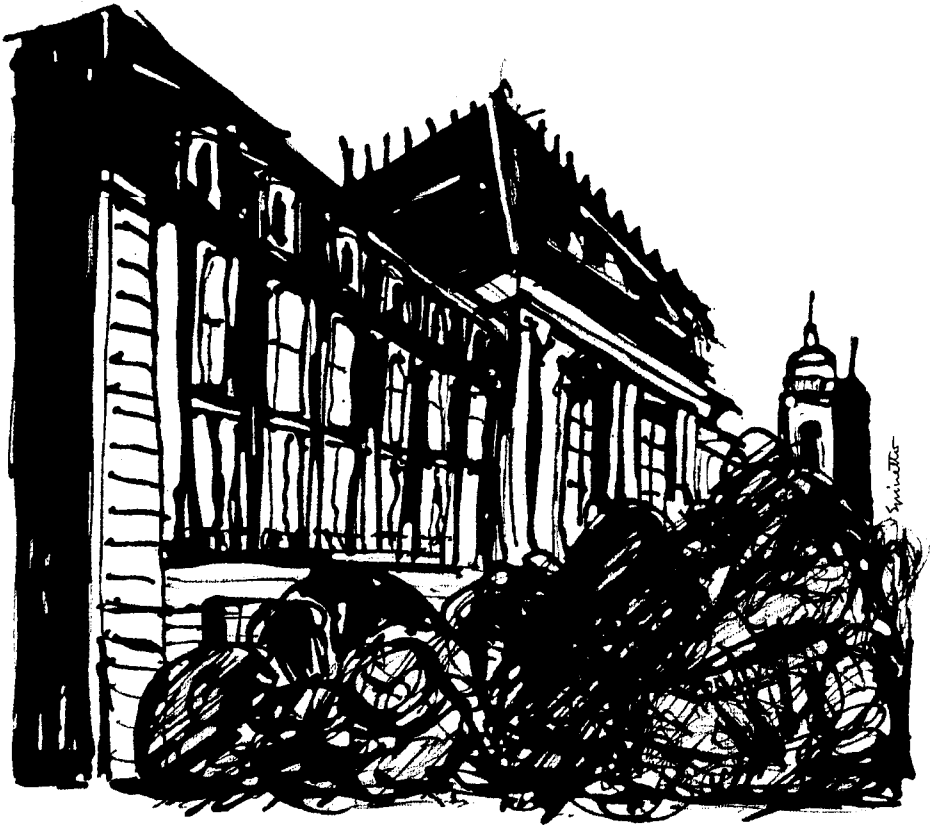
-Scobie, James R.; Ravina de Luzzi, Aurora, “El centro, los barrios y el suburbio”, en Scobie, James, *Buenos Aires, del centro a los barrios. 1870-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977.

-GCBA, Secretaría de Planeamiento Urbano y Medio Ambiente, *Plan Urbano Ambiental, elementos para diagnóstico*, Buenos Aires, 1998.

-Spes, *Diccionario Ilustrado Latino-Español-Español-Latino*, Barcelona, 1962.

-Torres, Horacio (dir.), *Diagnóstico socioterritorial de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires y su contexto metropolitano*, GCBA, SPU, CoPAU, FADU, 1999.

-Zabala, Rómulo; De Gandía, Enrique, *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, MCBA, 1980.



Anexo I

En busca del barrio ático

Aquí damos cuenta de algunas exploraciones en torno a los antecedentes o paralelos de la idea de ***barrio*** en el contexto de la Atenas antigua, tratando de identificar algo que se pueda entender en términos institucionales y territoriales como un barrio ateniense o más precisamente un "barrio ático".[1]

Este tema merece tratarse partiendo de las cruciales transformaciones impulsadas por Clístenes en Atenas alrededor de los años 508-507 a.C., que se basan en el procedimiento de la distribución territorial de los ciudadanos y sus instituciones (Engels, 1884).

Entonces se suprimen las antiguas cuatro tribus jónicas del Ática, creando, en su lugar,

"(...) diez tribus, cada una de las cuales agrupa, como antes, tres trittyes, pero entre las que se distribuyen en adelante todos los demos del Ática (...) reúnen habitantes de un mismo territorio y no a parientes de la misma sangre como los gene y las fratrías (…) cada una de las diez tribus recientemente formadas realiza la amalgama de las tres partes entre las cuales estaba hasta entonces dividida la ciudad. En efecto, de las tres trittyes que comprende una tribu, la primera tiene que pertenecer necesariamente a la región costera, la segunda al interior del país y la tercera a la región urbana y a su territorio circundante. Cada tribu realiza de este modo la mezcla de las poblaciones,

los territorios, de los tipos de actividades, de que se compone la ciudad" (Vernant, 78).

Según Eggers Lan (26): "(...) Clístenes dividió el país en 'treinta partes, según *dêmoi':* diez en torno de la ciudad de Atenas, diez en torno de la costa y diez en el interior. A estas partes las llamó *trittyes*, y por sorteo asignó tres *trittyes* (una por cada región) a cada tribu". En resumen, se habrían establecido diez nuevas tribus, y para cada una de estas, tres demos- tritías. A la vez, en cada una de las tres regiones hay un demo-tritía de cada una de las diez tribus.

Aristóteles toma las medidas de Clístenes como referencia para sus recomendaciones institucionales de que "(...) deben crearse más tribus diferentes, los ritos de los cultos particulares hay que reducirlos a unos cuantos y comunes (...) y todo debe disponerse hábilmente para que se mezclen al máximo todos entre sí, y vayan rompiéndose los vínculos anteriores" (Aristóteles, *La Política*, V. 6).

Luego de las reformas de Clístenes, el ciudadano debe tomar su apellido ya no solamente del nombre del padre, sino además del *demo* en que vive. Así, al ser acusado, se identifica a Sócrates como hijo de Sofronisco, del *demo* de Alopeco (Eggers Lan, 57). "Yo soy Estrepsíades, hijo de Fidón, del *demos* de Cicina", declara un personaje de *Las nubes*, de Aristófanes (cit. Sabugo, 1989). Fustel observa que la formación del ejército griego de Maratón clasifica a los ciudadanos por tribus y por *demos*.

Así parece delinearse una idea de *demo* que, con las debidas reservas, puede aproximarse a un hipotético "barrio ático". Pero el *demo* es anterior a la *polis* clásica. Vernant (23) lo remite a los tiempos micénicos, en los cuales hay dos regímenes de propiedad de la tierra, uno palaciego y cortesano, otro de la aldea o *demo*. El *demo* clásico, urbano o rural, podría resultar una trasposición de ese arcaico *demo* aldeano. También anteriores a Clístenes son las 48 *naucrarias*, circunscripciones territoriales áticas, doce por cada tribu antigua, que debían hacer un tributo militar de nave y dos soldados de caballería por distrito.

Eggers Lan (25) destaca que Isócrates –contemporáneo de Platón– considerara meritoria la división de la *polis* y el país, respectivamente, en "barrios" (*kómai*) y "distritos" (*dêmoi*). Este fragmento origina varias dificultades, porque parece separar territorialmente ambos términos, e incluso por la propia voz *kómai*, que

en algunos contextos se interpreta como “villorrio” o “aldea rural”, y que Eggers traduce sin más como “barrio”.

Siendo la antigua tribu una institución nobiliaria y religiosa, Clístenes se cuida de que las nuevas no se vieran desprovistas de un culto propio. Por ello, como lo refiere Rykwert, se dirige al oráculo de Delfos con una lista tentativa de cien divinidades y héroes populares a fin de que la Pitia elija diez para las nuevas tribus. Son los que Pausanias (26) ve cerca del Buleuterio, a saber Hipotoonte, Antíoco, Ayax, Leos, Erecteo, Egeo, Eneo, Acamante, Cécrope y Pandión, y otros tres más recientes: Atalo de Misia, Ptolomeo de Egipto, y Adriano, el emperador romano.

El *demo* mismo llega a personificarse en figuras de culto. Pausanias, que visita Ática en el siglo II d.C., ve imágenes de *Demo* en El Pireo y en el ágora de Atenas, e incluso menciona el culto de Afrodita, *Pandemo*, de origen teseico.

A propósito de tal mítica federalización del Ática por Teseo, que disuelve los doce gobiernos locales preexistentes, generando por unión de *demos* una nueva *polis* unificada e instituyendo el culto de Afrodita *Pandemo*, observa Robert Graves que tales reformas “(...) son propaganda del siglo V, inventadas probablemente por Clístenes (...)” (436).

El mito de la federalización teseica se asemeja a la hipótesis del *sinoiquismo***,** según la cual la génesis de la *polis* deriva de la “afluencia de diversas aldeas a una ciudad fuerte” (Burckhardt, cit. Eggers Lan). Para Eggers Lan (23) “(...) este sinoiquismo significó que Atenas redujo las comunidades áticas de *póleis* a *dêmoi* (...)”.

Lo mismo dice Fustel (166): “Entonces apareció Teseo, heredero de los Cecrópidas. Todas las tradiciones están acordes en afirmar que reunió los doce grupos en una ciudad. En efecto, logró que todo el Ática adoptase el culto de Atenea Polias (...) Antes, cada burgo tenía su fuego sagrado y su pritaneo. Teseo quiso que el pritaneo de Atenas fuese el centro religioso de todo el Ática”.

La hipótesis del sinoiquismo es relativizada por Eggers Lan (22): “(...) no se trata, por supuesto, de que no haya habido ‘sinoiquismo’ o ‘sinoiquía’ (reunión de *oikíai*, ‘familias’ o ‘clanes’), ni amurallamiento, sino de que ambas son condiciones generalmente necesarias –no forzosas– pero no suficientes”; y por Rykwert (18): “(...) hay dudas acerca de las doce ciudades que unió Teseo, pues la *synoikía* significaba de hecho una destrucción, siquiera nominal, de las

ciudades por separado, y de esa forma la entendían los griegos, de forma que perdían de hecho su identidad".

La cuestión del sinoiquismo prefigura una discusión permanente: si la ciudad se forma por agregación de barrios, o si los barrios derivan de una subdivisión de aquella; como si nos refiriéramos, por ejemplo, al papel de nuestros Flores y Belgrano, municipios anexados y reducidos a barrios luego de 1880. Y se opone a la explicación del sinoiquismo el argumento aristotélico acerca de la parte que no puede preceder al todo orgánico que la contiene.

Evidencias de sectorización urbana asimilables a alguna especie de "barrio ático" aparecen en el relato de Pausanias (15) cuando afirma que El Pireo "era un *demo* desde antiguo", aunque no siempre un puerto. Lavedan (133) grafica El Pireo permitiendo ver algunos sectores como Munichia, Asty y Akté; pero no hay datos para relacionar esos sitios con la idea de barrio o de *demo*.

En la propia Atenas, Pausanias (21) se refiere al Cerámico, zona de alfareros, la que rodea al ágora clásica, organizada en tiempos solonianos. Pero no califica esta zona como un *demo* (Poete, 206; Miravet, 6).

De origen arqueológico (Miravet, 4) es la caracterización de la acrópolis ateniense como un centro primeramente palacial, y posteriormente religioso, mientras que "(...) en los pequeños valles que separan las colinas alrededor de la acrópolis, los hallazgos de tumbas son testimonio de la existencia de pequeñas comunidades que vivían dispersas por el territorio", podríamos aquí vislumbrar un posible antecedente de los *demos* urbanos en tal "ciudad baja".

A nivel regional, Pausanias (98, 101, 103, 113) menciona diversos *demos* del Ática: "Prospalta, Prasias, Céfale, Lampiras, Flía, Pótamos, Mirrinunte, Atmonia, Acarnas y Halinunte. Además Braurón, Ramnunte, Némesis, Laciadas y Maratón".

Fuera del campo ático, Morini y Lavedan han reconocido barrios (*quartieri*) en otras ciudades helénicas como Siracusa, Delos y Turi, aunque tampoco los mencionan como *demos*.

Diversos autores, antiguos y modernos, reconociendo a Hipodamo de Mileto como planificador y estudioso de la política y la sociedad, señalan que sus planteos urbanos no son novedosos por su geometría sino por su división zonal conforme a las distintas clases de habitantes (guerreros, labradores, artesanos) y el tipo de tenencia de la tierra (sagrada, pública o privada). Así lo refiere

Aristóteles (*La Política*, 98). ¿Pero no hay allí una incómoda contradicción con los propósitos de Clístenes y los reformadores populares? Si para ellos se trataba de que las nuevas tribus mezclaran las poblaciones, los territorios y las actividades de la ciudad, ¿no procedía entonces Hipodamo de modo reaccionario, reinstalando heterogeneidades urbanas en una *polis* que no reconocía otras identidades que la paternidad y el domicilio?

Cabe entrever en resumen que un hipotético barrio ático puede acercarse a los que diversas fuentes mencionan como ***demo***, pero se hace necesario entender que tal *demo* ha sido una forma distrital tanto urbana como rural, cuyos antecedentes se remontan a la aldea micénica y las naucrarias. Otro término cercano, que cabe asimismo tener en cuenta, es *kómai* (Eggers Lan), aunque mucho menos frecuente en los textos consultados.

En cuanto a lo territorial, encontramos muy escasas referencias acerca de las delimitaciones geográficas de los *demo*, las que articuladas con sus rasgos institucionales, nos hubieran permitido demostrar en los mismos nuestra hipotética estructura de lo "ciudadano" y lo "urbano" como doble cara de la idea de "barrio".

Y en fin, si por ésta u otras vías de estudio pudiéramos justificar definitivamente la traducción de "demo" como "barrio", entonces podríamos interpretar la "democracia" también como "gobierno de los barrios".

Nota

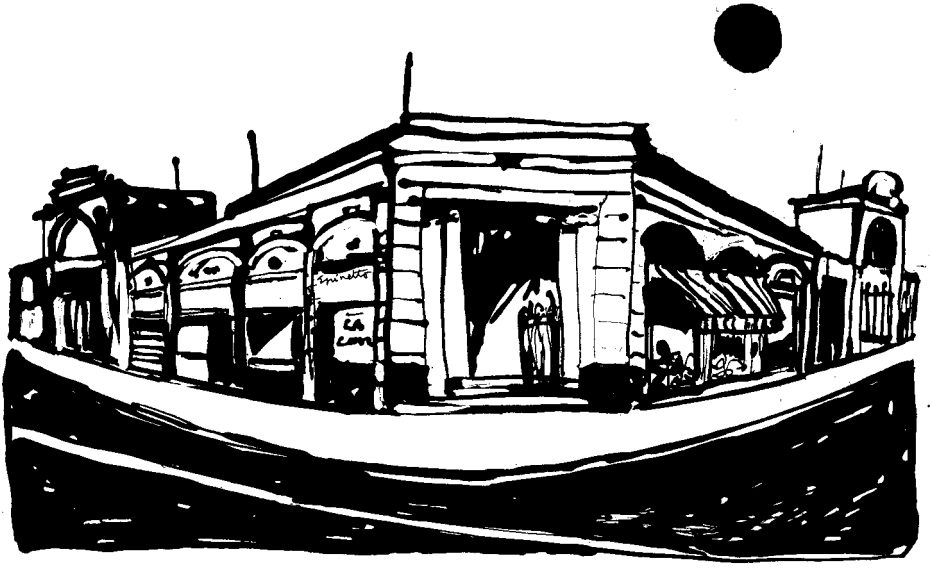
[1] Puesto que lo más preciso es hacer corresponder la institución de la *polis* ateniense no con la estricta geografía de la urbe (*asty*) sino con todo el territorio de la región ática.

Bibliografía

-Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, Madrid, Gredos, 1995 (Introducciones, traducciones y notas de Manuela García Valdés).

-Aristóteles, *La Política*, ed. Carlos García Gual, Aurelio Pérez Jiménez, Editora Nacional,

Madrid, 1981.
-Eggers Lan, Conrado, “El Critón y la pólis ateniense”, ensayo preliminar en Platón, *Critón*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.
-Engels, Federico, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*, México DF, Nuevomar, 1884.
-Fustel de Coulanges, Numa Dionisio (1864), *La ciudad antigua*, Madrid, Iberia, 1979.
-Graves, Robert (1955), *Los mitos griegos*, 1, Buenos Aires, Alianza, 1993.
-Lavedan, Pierre, *Histoire de l’ Urbanisme. Antiquité et Moyen Age*, Hérissey, Evreux, 1925.
-Miravet, Juan Luis (dir.), *Arqueología de las ciudades perdidas*, Vol. 7 “Atenas y Esparta”, Madrid, Salvat, 1992.
-Morini, Mario, *Atlante di storia dell’ urbanistica*, Milan, Hoepli, 1963.
-Pausanias, *Descripción de Grecia (Libro I: Ática y Megáride)*, Buenos Aires, Planeta-De Agostini, 1995.
-Poëte, Marcel, *La cittá antica. Introduzione all’urbanistica*, Torino, Einaudi, 1958.
-Rykwert, Joseph (1976), *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid, Blume, 1985.
-Sabugo, Mario, “Placeres y fatigas de los barrios”, en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo”*, N° 27- 28, FADU - UBA, 1989.
-Vernant, Jean Pierre (1962), *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires, Eudeba, 1984.



Anexo II
Los “barrios-república” de Soiza Reilly

En este artículo se estudia una serie de textos periodísticos redactados por Juan José de Soiza Reilly para la revista *Caras y caretas* entre 1930 y 1931, en los cuales se retratan catorce barrios de la ciudad de Buenos Aires.

Estos textos de Soiza Reilly pueden considerarse un significativo aporte a la construcción de la idea de barrio o, como lo enuncia su autor, la idea de “barrio-república”, en el contexto de la consolidación de la segunda generación de barrios de Buenos Aires. No conocemos que haya habido con antelación otra serie comparable de viñetas periodísticas acerca del barrio, por lo que estos trabajos de Soiza Reilly podrían considerarse una suerte de “cabeza de serie” cuyas continuaciones se extienden hasta la actualidad.[1]

Sobre Juan José de Soiza Reilly (Concordia, 1880-1959), todavía se carece de un trabajo monográfico específico. Fue célebre periodista, novelista y cuentista, si bien la mayor popularidad la obtuvo en los años 30 con un programa nocturno de tipo solidario en Radio Belgrano (Murray, 1988). El material aquí analizado consiste en 14 notas publicadas entre setiembre de 1930 y febrero de 1931, con el título serial de “Viaje a través de los barrios de Buenos Aires”.[2]

Los contenidos de las notas, luego de un relevamiento preliminar, se clasificaron y

ordenaron por medio de algunos grupos de categorías; y se valoraron las ocurrencias de tales grupos categoriales como constante (siempre), frecuente (más de la mitad de los 14 casos) o escasa (mitad de los casos, o menos).
Tales grupos categoriales fueron:
I. *Título*
II. *Descripciones físicas*
III. *Informaciones históricas - Personajes históricos*
IV. *Actividades - Actores típicos - Personajes reales - Instituciones*
V. *Episodios, anécdotas, sucedidos - Dichos*
VI. *Simbolismos, imágenes y personajes imaginarios*
VII. *Citas y referencias bibliográficas*
VIII. *Toponimias y pseudotoponimias*
IX. *Fotos*

I. En el *título* de cada nota de la serie se incluye el nombre del barrio siempre considerado como una "república". No se interpreta de inmediato la asimilación que Soiza establece entre el barrio y esa clásica institución política; sí notamos que, tal como se relata en la nota respectiva, la idea de "barrio-república" surge notoriamente en el marco de los conflictos boquenses de 1882 y teñida de connotaciones étnicas y nacionalistas, ya que la independencia de la Boca es comunicada formalmente a Humberto 1º, rey de Italia, por sus súbditos boquenses.
Salvo en el caso de Boedo y Villa Crespo, cada "república" es caracterizada con un adjetivo. Así, la República de Flores es "romántica", la de la Boca es "genovesa" y la de Versailles es "mágica". En otros casos, el adjetivo es suplantado con atributos equivalentes: Nueva Chicago es república "del músculo", y Palermo, "de los guapos y la tiranía". Este recurso anuncia una constante del autor, orientada a la caracterización del "alma" de cada barrio.

II. En todas las notas se presentan algunas *descripciones físicas*, aunque con diversos enfoques. Hay descripciones ambientales, en un sentido sensorial y paisajístico. En la Boca, "(...) las palabras, los olores, los sabores, las visiones, los roces, todo, en fin, os produce la sensación pictórica, panorámica, superficial, de encontrarnos en Génova (...) El paisaje, con sus transatlánticos, con sus

edificios, con sus avenidas, con sus callejones, con sus puentes, es un paisaje auténtico de Génova"; la descripción contribuye a la tesis del "alma genovesa" del barrio.

Soiza suele introducir referencias urbanísticas específicas, demográficas y geográficas. Menciona los "cien mil habitantes" en "cien manzanas" de Nueva Pompeya, y similares datos en la Boca, Versailles, Boedo, Nueva Chicago y Lugano. Excepcionalmente, se refiere a los límites territoriales (en San Telmo). En Boedo, la descripción se convierte en diagnóstico, ya sea denunciando que es "el único barrio porteño que carece de plazas y de jardines públicos", o bien al inventariar los equipamientos que contabiliza en su centro: "En el espacio de seis cuadras, en ambas aceras, he contado sesenta y ocho cafés, despachos de bebidas, lecherías, bares automáticos, 'pizzerías', confiterías, 'trattorias', Munich... sin incluir nueve cinematógrafos, 'kermesses', variedades y un teatro (...)".[3]

Hay frecuentes descripciones que ahora llamaríamos patrimoniales, identificando diversos tipos de edificios, no tanto por su valor artístico, sino por su vinculación testimonial a la historia local. Así se describen las características grandes casas señoriales de Belgrano, las de personajes como Cuitiño en Boedo o Martina Céspedes en San Telmo, quintas villacrespenses y casas de candombe en Monserrat.

III. Las constantes *informaciones históricas* se refieren a los orígenes o fundaciones de los barrios, que pueden derivar de la instalación de un pueblo (Belgrano), de adquisiciones de tierras y sus posteriores arriendos o subdivisiones (Boedo), de núcleos veraniegos (Pilar, Flores), de una capilla (Monserrat, San Miguel) o de un palacio (el de Rosas en Palermo).

Asuntos de carácter general son relatados en una suerte de contribución a la historia local, como la huida de los ricos hacia el norte por la fiebre amarilla, o la presunta fundación de la ciudad por Pedro de Mendoza en la Boca.

Cierta diferencia de enfoque se nota al tratar los barrios –por entonces– antiguos y recientes, en nuestros términos de primera y segunda generación. Los últimos son frecuentemente caracterizados como productos "milagrosos" de la dinámica urbana y la acción de los rematadores, en vertiginosa trasmutación de paisajes que lleva del campo a la urbe, del bañado al asfalto y de la tapera al chalecito.

Otra faceta del mismo milagro es económica, por las extraordinarias valorizaciones de los terrenos, que habrían pasado en treinta años de diez centavos a treinta (Lugano) o a quinientos pesos la vara cuadrada (Boedo).
Soiza recurre a la comparación disparada por la expresión "hace tantos años...": "Hace cuarenta años, Nueva Pompeya (...) era humo, era campo"; "hace treinta años –me dice un vecino– Boedo no necesitaba plazas para los niños. ¡Todo el campo lleno del humo de los hornos, era la mejor plaza!".[4]
Son frecuentes las referencias a *personajes históricos*. Sean vecinos primitivos (Ramón Flores, Domenico de Palermo), heroicos (Martina Céspedes en San Telmo), benefactores (María Adelia Harilaos de Olmos, mencionada en Pompeya y Lugano, por medio de cuya chequera se erigen templos "en todos los barrios humildes y progresistas de Buenos Aires") o pioneros (Soldati). Párrafo aparte merecen los omnipresentes Manuelita y Juan Manuel de Rosas, aludidos a propósito de Palermo, Boedo, Monserrat y Belgrano.
Gente "patricia" como Torcuato de Alvear, Aristóbulo del Valle, Benito Villanueva, Enrique Santamarina, Emilio Mitre y Manuel Quintana son propios del ambiente humano del Pilar.

IV. No es constante, apenas frecuente, la descripción de las *actividades* del sitio. Se trata de los deportes en Belgrano, o de la propensión al ahorro en la Boca; en cuanto a lo industrial, los mataderos "científicos" de Nueva Chicago o las fábricas químicas de Lugano. En un sentido complementario puede leerse la información sobre los *actores típicos* de cada barrio. Este enfoque surge de los artistas en Boedo ("De todas las repúblicas porteñas, Boedo es la más fecunda en escritores, en artistas, en músicos de ingenio"); los literatos en los bodegones de San Miguel, más precisamente de la cortada Carabelas; los vascos lecheros en Monserrat; incluso los novios en los bosques de Palermo.
Actores típicos por excelencia de estas notas de Soiza Reilly son los rematadores, "(...) sacerdotes del fuego sagrado ciudadano (...) [que] se encaramaban sobre su tribuna en terrenos baldíos, sobre las aguas de las inundaciones, en campos desolados, para exponer al público sus sueños".
Los *personajes reales* se tratan con frecuencia. Corresponde al deportista barrio de Belgrano la figura de Jorge Newbery; son muchos los artistas en la Boca (desde Quinquela hasta Filiberto) y Boedo (Cátulo Castillo, los González Tuñón);

los aviadores, en Lugano; Justo Suárez es emblemático en Nueva Chicago; Monseñor De Andrea en San Miguel.
Termina de componer esta parte del retrato barrial lo referente a las *instituciones*. Se trata de las educativas (Universidades de Boedo y de la Boca), deportivas (San Lorenzo de Almagro, en Boedo), los clubes sociales (Pompeya, Lugano) y de las colectividades (las diversas entidades españolas en Monserrat).

V. Los *episodios, anécdotas o sucedidos, y dichos* son constantes, y tienden a caracterizar la historia o la buscada "alma" del barrio. Hospedado en Belgrano en 1891 el adolescente Duque de York, futuro rey inglés, "su presencia fue para Buenos Aires una fiesta nupcial (...) la fantástica realidad de un cuento de Andersen con música de Mendelsohn". Enfrentados obreros y patrones en la Boca, ante la intervención oficial descubren que son todos genoveses, enarbolan la bandera blanca con cruz roja, y declaran la independencia de la República, que anotician al rey de Italia. Y así sucesivamente, hay episodios de fantasmas en Versailles, fingidas escenografías urbanas para vender lotes villacrespenses, la caída del avión de Parravicini en una peluquería de Villa Lugano, González Castillo hallando con sorpresa en las librerías de Boedo aquellos libros que no encuentra en Europa.
En la misma cuerda pueden interpretarse los *dichos*, interpolados con frecuencia. Para evidenciar el antiguo carácter periférico del Pilar, se transcribe una exclamación de Lucio Mansilla: "No sé qué hace López en el fin del mundo, por la calle Callao" (citando "Retratos y recuerdos"); para destacar el impulso de los pioneros, uno de Soldati en Lugano: "Compren (...) edifiquen (...) no crean en la crisis (...)". "Yo domaré al país como domé a Palermo", es dicho que atribuye al Restaurador.[5]

VI. Los constantes *simbolismos, imágenes y personajes imaginarios* se orientan nuevamente a la configuración del "alma" del barrio.
Villa Lugano, poblada de aviadores y de reiterados accidentes, lo evidencia a través de un singular reciclaje: "(...) recorriendo las casas pobres que rodean el campo de aviación he visto glorietas, gallineros, pesebres y aleros construidos con restos de aeroplanos muertos a porrazos".
Monserrat es "(...) el único barrio metropolitano que, a pesar del rascacielismo,

conserva pura su elegancia de Don Juan burlesco".
Es tal el cariño a Nueva Chicago que "(...) cuando un rico muere, siempre su testamento consigna un donativo para el barrio".
Atravesando el Pilar, y mientras un chofer le dice que están en "el barrio de la gente feliz", Soiza reflexiona para sí y se dice que es "el barrio de la pena, de la angustia, de la melancolía y la desolación".
En Palermo, a la saga ciclópea de Rosas, deben agregarse los seres de Carriego: la costurerita y el rengo del organito.
El estilo Boedo es "criollo, triste, inquieto, arisco, febril, pendenciero, inocente e iconoclasta".

VII. Soiza Reilly suele proveer alguna *cita o referencia bibliográfica*; se reitera en general la mención de Wilde, Manuel Bilbao y Pastor Obligado. Otros solamente se mencionan en algún contexto local: Paul Groussac ("Los que pasaban") y Felipe Yofre ("El congreso de Belgrano"); Del Barco Centenera es citado a cuento de los pecados de Pedro de Mendoza; Enrique de Udaondo como historiador del templo del Pilar; un poema de Vacarezza es reproducido en el texto villacrespense.

VIII. Las indicaciones acerca de las *toponimias* complementan los datos históricos: Lugano rememora la ciudad natal de su pionero Soldati; se discute la exacta genealogía del apellido Palermo; o bien, Villa Crespo es atribuida al apellido de un rematador (lo que refuta Ángel Gallardo en carta al autor).
Son notables las toponimias actualmente desaparecidas o debilitadas, como las de tipo parroquial que sucumbieron ante otras parroquias (San Miguel en San Nicolás) o ante nuevas denominaciones (Pilar por Recoleta); pero esto también sucede con barrios modernos (Mataderos, topónimo más crudo que al fin predomina sobre el pretendidamente más elegante de Nueva Chicago).
Las *pseudotoponimias* o toponimias alternativas expresan otras caracterizaciones urbanas, algunas tradicionales (San Telmo o Barrio del Alto; Pilar o Barrio del Norte; Monserrat o Barrio del Mondongo y del Tambor), u homenajean algún aspecto del barrio por medio de ciertas capitalidades: Boca, capital del movimiento obrero; Belgrano, capital de los deportes; Boedo, capital del arrabal.

IX. Un recurso final de las notas reside en las *fotos* que acompañan al texto, ilustrando las informaciones escritas, con retratos de los abundantes personajes barriales o de ciertos edificios. Se tornan todavía más valiosas cuando documentan vistas panorámicas de los centros barriales y cuando sus epígrafes adicionan información al texto principal.

Se puede concluir que Soiza se propone: (a) establecer el "alma" del barrio, apoyándose en informaciones históricas, simbolismos, imágenes y episodios; (b) evidenciar la diferencia entre las identidades barriales, cuyo emblema es la adjetivación de los títulos; (c) constituir una visión épica o "milagrosa" del desarrollo urbano de Buenos Aires, evidenciada por el valor de la tierra y protagonizada por los rematadores. Son menos consistentes sus referencias a las actividades e instituciones, y las descripciones propiamente urbanas recaen en la cuestión del "alma" por medio de los objetos patrimoniales.

Notas

[1] Sobre el periodismo de la época, véase Saítta (2000). Para una categorización de estos mensajes periodísticos en el marco de las formas culturales vinculadas a las emergentes "sociedades barriales", véase Gutiérrez; Romero (1995).

[2] N° 1670. La República Romántica de Flores; N° 1671. La República de Boedo; N° 1672. La República Genovesa de la Boca; N° 1673. La República de Villa Crespo; N° 1674. La República aristocrática del Pilar; N° 1675. La República española de Monserrat; N° 1676. La República Milagrosa de Nueva Pompeya; N° 1677. La República del Amor: San Telmo; N° 1678. La República del Músculo: Nueva Chicago; N° 1679. La República Mágica: Versailles; N° 1683. La República pintoresca de Belgrano; N° 1684. La República de los aviadores: Villa Lugano; N° 1686. La República trágica y mística de San Miguel; N° 1689. Palermo. República de los guapos y de la tiranía.

[3] Una glosa más amplia del texto sobre Boedo en Sabugo (2002).

[4] Tabulando esos cálculos resultan las siguientes duraciones: Boedo, 90; Flores, 50; Nueva Chicago, 30; Monserrat, 200; Nueva Pompeya, 40; Villa Lugano, 30; Pilar, 50 años.

[5] Ante algunos discursos textuales puede sospecharse que sean “invenciones” al modo de los antiguos historiadores como Tucídides.

Bibliografía

-Gutiérrez, Leandro; Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
-Murray, Luis Alberto, “Juan José de Soiza Reilly. La voz de la solidaridad”, en *Clarín*, Buenos Aires, 11 de setiembre de 1998.
-Sabugo, Mario, “Boedo, según Soiza Reilly”, en *Vida y arte en Boedo*, Año 2, N° 7, Buenos Aires, junio de 2002.
-Saítta, Sylvia, “El periodismo popular en los años veinte”, en Falcón, Ricardo (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva historia argentina, tomo 6, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Si lo comparás con otro barrio, nada que ver, yo, donde vivía... era todo tranquilo, todo familiar.
Fragmento de historia de vida anónima, Antón y Tomarchio, 1995: 52.

Orígenes hispánicos y primeras construcciones del barrio, un organizador central de la vida porteña

Miguel Alberto Guérin

Durante la década de 1920, Buenos Aires dejó de ser el topónimo de un espacio físico objeto de decisiones, de la abstracción de la cartografía y los censos, y de la casi siempre pintoresca iconografía de sus edificios y de algunos tipos urbanos, para empezar a ser un conjunto de construcciones ideales, de creciente complejidad, poéticas primero, poéticas y científicas después, que, con la finalidad de convertirse en el discurso hegemónico de lo urbano, crecieron en la confrontación o se diluyeron en futuras reformulaciones.

El interés de estas construcciones en mostrarse diferentes de las otras es evidente y en ciertos casos resultó explícito, pero sus contenidos muestran coincidencias y sus circunstancias de creación responden a un generalizado interés en la Europa del siglo XIX por leer el texto urbano e investirlo de sentidos (Tanner, 2002: 85-86). Todas parten

Miguel Alberto Guérin

Profesor titular de Historia Americana, director del Instituto de Historia Americana y de la Maestría en Gestión de la Información de la Universidad Nacional de La Pampa. Profesor del posgrado en Historia y Crítica de la Arquitectura y del Urbanismo de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.

del concepto de “la gran ciudad” heterogénea,[1] se enuncian desde una de sus partes, la del orden, coherente y abstracta, y denuncian, por contraste y contraposición, la ciudad simultánea del desorden, es decir, del caos, de lo que aún carece de sentido y quizás continúe así.

Los textos que soportan estas construcciones sólo se hacen narrativos a fines de la década, aunque siguió predominando en ellos la intención expositiva y la reflexión que conduce de la experiencia puntual a lo abstracto atemporal. Todas enfatizan la incuestionable existencia del referente, pero no son pocas las que manifiestan una aguda conciencia de que la realidad, en el universo de las creaciones contemporáneas, ha dejado de ser vista como algo trascendente a la lengua y al lenguaje (Pezzoni, 1986: 99).

Estos textos pueden recurrir a neologismos y a lenguajes no hegemónicos, pero también indagan ciertas palabras –calle, esquina y notoriamente barrio– que forman parte de la cultura, de la memoria no hereditaria de una colectividad, soportada y básicamente organizada en la lengua (Huber; Guérin, 1999: 347-348). Incorporarse a la lengua y formar parte de sus hablantes es adquirir un universo conceptual, que funciona como un conjunto de modelos analíticos pero que, sobre todo, posibilita al hablante su integración a la producción de sentidos; con esos sentidos básicos, de manera muy consciente en algunos casos y predominantemente intuitiva en otros, los textos de las construcciones iniciales del imaginario urbano porteño (Huber; Guérin, 2000: 11-12) elaboran el entramado básico de una construcción autónoma destinada a investir de sentido y, por lo tanto, de densidad temporal, el universo sensible en que consiste su espacio vital.

Los poemas genéticos de Carriego (1908-1913), la primera poética urbana de Borges (1923-1929) y la construcción barrial incluida en la especie lírica del tango canción, a partir de su aceptado origen en 1917, constituyen los ejemplos a los que se aplica este método de interpretación.

El antiguo *vicus*

En la España de fines del siglo XV, las palabras significativas de los conceptos urbanos originarios de Roma y, de manera consecuente, los conceptos mismos que referían, habían sido profundamente transformados, pero no totalmente

abandonados; lo documenta el *Diccionario del latín al español*, de Antonio de Nebrija, publicado en 1492, que traduce el *suburbium* latino por "el arrabal de la ciudad" y *vicus* por "el aldea" y por "el barrio de poblado", pero conserva el término "vecindad", derivado del *vicus* latino, en las acepciones de cercanía y de las específicas relaciones interpersonales de los ciudadanos que viven cerca (1979, s. v.).

El *vicus* es una organización social latina que reconoce como antecedente el segundo de los cuatro círculos de pertenencia social y territorial con que la cultura irania y las más antiguas culturas indoeuropeas organizaban la sociedad: la casa, residencia de la gran familia; el clan, que agrupa a varias familias; la tribu o conjunto de aquellos que tienen similar nacimiento y el país. La gran unidad resultante reconocía así divisiones sociales fundadas sobre la descendencia genealógica

La gran familia, en la que los hijos y aún las hijas con sus maridos continuaban viviendo con los padres y donde incorporaban y transmitían la cultura, se fragmentó –ya en época histórica y debido a los cambios en la organización económica– en familias nucleares, surgidas de la temprana dispersión de los hijos, que se alejaban de los padres para fundar sus propias familias. Por su parte, las migraciones aqueas introdujeron en la *polis*, la ciudad común, agrupaciones sociales vinculadas al hábitat y no a la genealogía (Roberts; Pastor, 1996, *s. v. weik-*; Benveniste, 1983, c. 2: 192-202).

El derecho administrativo romano denominó *vicus* a dos tipos de organizaciones institucionales independientes de menor importancia que las ciudades: los asentamientos producidos durante la expansión itálica y, a partir del crecimiento urbano producido durante la última república, las subdivisiones de las ciudades, especialmente de Roma (Purcell, 1996). Como consecuencia de ello *vicinum*, "vecino", remitió fundamentalmente a lo local y se apartó de lo genealógico (Ernout; Meillet, 1967; Gaffiot, 2000), aunque mucho más tarde, en la construcción de los imaginarios urbanos de Buenos Aires, reaparecieron sentidos no exclusivamente locales.

El barrio en España y en su imperio de las Indias

Trescientos años después de la invasión musulmana, en las zonas recién reconquistadas, de toponimia aún fuertemente arabizada, comenzó a

documentarse *barrio*, del árabe *barr*, “afueras”, con referencia general a las aldeas que quedaron sometidas a las poblaciones, pero permanecieron físicamente separadas (Cor 1954-1957).

Este uso pasó a América y fue particularmente difundido en los orígenes del proceso de fundación y establecimiento de ciudades, que constituía la estrategia de dominación imperial española. A mediados del siglo XVI, en México, se hablaba de “la ciudad de Suchimilco y sus barrios y sujetos”, y también de la integración a un pueblo de barrios antes físicamente discretos: “este pueblo está algo derramado porque está poblado a barrios” (Boyd-Bowman 1971).

Pero ya desde mediados del siglo XIII, “barrio” también se refería a una homogeneidad cultural distinta e identificable, a un gueto, estuviese o no separada físicamente del resto de la población; las casas habitadas por los judíos estaban en sus barrios.[2] Casi a fines del siglo XV, en vísperas de la finalización de la reconquista, las prohibiciones que reforzaban la situación de gueto se extendieron a los moros y se hicieron más precisas; los barrios donde estaban sus moradas tenían límites, dentro de los cuales estaban las plazas de sus mercados, que les eran exclusivos y excluyentes de la relación comercial con los cristianos.[3]

En América, la política de reunir la totalidad de los españoles en las ciudades fundadas para constituir el imperio, con el objeto de mantenerlos alejados de los indígenas que les estaban encomendados, gestó de manera natural la situación de gueto indígena, sometido a la jurisdicción de agrupamientos urbanos o preurbanos, a los que se adecuaba el concepto y la denominación de barrio.

En Nueva Granada, a mediados del siglo XVI se consideraba barrio a las viviendas indígenas (*bohíos*) bajo la jurisdicción de un español;[4] poco después, en México, los barrios, sometidos a las villas o ciudades, agrupaban las viviendas indígenas, cuyos hombres, bajo la dirección de sus principales (*calpules*) y de sus representantes de la autoridad municipal (*tequitlatos*), que les repartían el trabajo, realizaban las tareas necesarias para cumplir con el tributo.[5]

Los guetos judíos o moros, por ser producto de una segregación impuesta desde su exterior, generaron fuertes lazos internos de solidaridad, basados en la necesidad de resistir, y resultaron claramente identificables, pero poco dicen sobre la funcionalidad generalizada del barrio en el mundo urbano. Por el contrario, el *Vocabulario* de Alfonso de Palencia, primer diccionario del español

("romance"), publicado en 1490, evidencia la existencia espontánea de los barrios en la ciudad y aporta elementos insustituibles para su definición.

A lo largo de las explicaciones de las diversas entradas que componen su texto, las acepciones de barrio se centran en su posición física relativa respecto de la ciudad y se agrupan en tres grandes conjuntos: el barrio puede estar dentro de la ciudad, "junto a ella, en el arrabal" o alejado.

El primer conjunto de acepciones se presenta como más propio del pasado que del presente, ya que remite exclusivamente a tres de los doscientos veintisiete barrios de Roma que documentó Plinio (*Patricius*, *Sobrium*, *Tuscus*). En lo físico este barrio se caracteriza por la facilidad de circulación, que es mínima en los barrios "sin salida" (*angiportus*); en lo social refiere el impreciso subuniverso de los *urbani*, o ciudadanos (*cibdadini*), es decir, "los que moran en la ciudad".

El segundo remite al barrio –también llamado "suburbium"– que está en el arrabal, es decir, "fuera de los muros de la ciudad", cuyos hombres, los *suburbani*, "en alguna manera tienen crianza de cibdadino bien acostumbrado"; esta precisión acerca pero no equipara la cultura del suburbano a la del resto de los ciudadanos y, a su vez, la escinde de la cultura de los habitantes de la aldea. La ciudad tiene una cultura propia que se transmite por la frecuencia de interacciones que la cercanía favorece.

El tercero, el más amplio de los conjuntos, es sinónimo de "aldea" (*Canne*), se usa en la explicación de asentamientos de Galilea (*Cananeus*), de Judea (*Arfa*, *Iuliade*) y de Apulia (*Canne*), y se lo diferencia de *oppidum*, la "pequeña" ciudad, es decir, el "pueblo", que en ocasiones es amurallada. En lo físico, este barrio tiene "forma", que puede ser de cangrejo (*cancer*), y la vinculación entre él y los otros es posible pero infrecuente, ya que resulta tan notable andar *vicatim*, es decir, "de barrio en barrio", como *oppidatim*, "de un pueblo en otro". En lo cultural, las aldeas se diferencian entre sí, y el hombre que mora en una aldea es percibido como extraño o extranjero (*extrarius*) en otra.

Los urbanos, que tienen una cultura propia, están reunidos en entidades diferenciables; los suburbanos, semejantes pero diferentes de los urbanos, también se identifican por estar juntos, y lo mismo sucede con los hombres de aldea, cuya cultura es señaladamente diferente a la de los otros dos conjuntos. La principal característica común, después de la de ser hombres, es vivir reunidos,

generando similitudes con sus cercanos y diferencias con los que están reunidos más lejos. La preocupación para develar las motivaciones para estar agrupados resultaba necesaria y constituye una evidencia de la modernidad.

La respuesta a esta pregunta, que incorporó el bachiller castellano Alfonso de la Torre a su *Visión deleitable de la filosofía y artes liberales*, compuesta en 1440,[6] forma parte de concepciones conocidas, de manera directa o indirecta, por Palencia y por Nebrija, y puede contribuir a explicar tanto la precisa organización de uno, como la sintética precisión lingüística del otro.

Este análisis del barrio mantiene la espacialidad pero la analiza desde sujetos distintos; los "hombres" son sustituidos por las "casas", el individuo queda incluido en la entidad familiar. La definición de barrio, *vicus* como "muchas casas juntas", establece un concepto de mayor extensión, aplicable por igual a cada uno de los conjuntos de la tripartición urbanos, suburbanos y hombres de aldea.

No se forma parte de un barrio por casualidad de nacimiento sino en razón de que la "congregación" resultante de la "casa" y el "barrio" es "necesaria" y "natural" a la "vida". La congregación surge del "amor" de los padres hacia los hijos y de que los hijos no se quieren alejar de sus padres ni tampoco del "lugar" donde nacieron, que, para ellos, es también un padre "naturalmente", porque como el biológico, da origen y nutre.

Tanto padres como hijos reciben "influencia" del barrio que, a su vez, adquiere "complexión", constitución, fortaleza, porque el barrio crece con el agregado de casas. Se trata de una expansión de doble calidad, es cuantitativa y también temporal; el barrio se expande en el espacio y perdura en el tiempo más que sus "habitadores", los "vecinos".[7]

Centrarse en las casas, atender a las relaciones de paternidad y filiación, presentar la congregación como una necesidad de la vida biológica y cultural, son evidencias de que en el análisis del *vicus* y los "vecinos", incluido en esta enciclopedia de la modernidad, perduran algunos rasgos esenciales del imaginario de la organización social documentado en las viejas culturas indoeuropeas.

Independientemente de su nombre, el barrio de la ciudad contemporánea constituye la manifestación necesaria de una estructura sociocultural de larga duración, que debe diferenciarse de sus construcciones ideales, poéticas o

racionales, que inevitablemente aparecen en algún momento de la construcción urbana para agregarle precisiones y especificidades, a esa estructura profunda. Si se prescinde de este contexto, el análisis de alguna de las construcciones del barrio corre el riesgo de no resultar funcional ni metodológicamente adecuada.

Los tipos barriales de Carriego

Borges, ausente de Buenos Aires desde 1914, construyó su Carriego con tempranos recuerdos personales, conversaciones familiares y algunas pocas admiraciones a su obra, reunida entre 1908 (*Misas herejes*) y 1917 (*La canción del barrio*, publicado inicialmente en 1913), en que se divulgaron casi todas las composiciones con que Evaristo Carriego (1883-1912) elaboró su poética del barrio, la mayor parte de las cuales habían sido publicadas de manera individual. En 1930, poco después de terminar su poética de Buenos Aires, Borges enunció los cuatro poemas que destacaba en la obra de Carriego: "El alma del suburbio" y "En el barrio" incorporados a *Misas herejes* ("El alma del suburbio") y "El casamiento" y "Has vuelto", que forman parte de *La canción del barrio*, en los que se centra el siguiente análisis (Borges, 1955, C.V, 100).

Carriego construye el barrio como una representación teatral. Su dimensión física es una mínima coreografía atemporal, respecto de la cual los personajes no reconocen afectos ni temporalidades, compuesta por palabras sin atributos ni determinaciones: "calles" con "vereda" –o "acera"–, que se cruzan en la "esquina", a las que dan "alguna puerta" de "casa", que siempre tiene "patio", el "conventillo" que sube hasta su "bohardilla", y la "cantina".

Este conjunto no es una "orilla", no se incorporan los baldíos ni se anuncia el campo con sus yuyos. Se trata de un retazo de ciudad física, de un espacio que se advierte como acotado pero sin límites precisos ni identificación explícita –sólo en un caso se nombra "Palermo"–, y cuyo carácter de periférico surge del recatado uso de sus denominaciones, sobre todo, de los personajes que en él se manifiestan.

En efecto, la identidad del barrio surge de su dimensión sociocultural, que se construye a partir de un colectivo de extensión máxima, "la gente modesta" sinónimo de "la buena gente", analizado en conjuntos homogéneos de menor extensión, cuya variedad no es caótica ni ilimitada ni cambiante, porque la

intención del texto es formular con algunos de estos personajes, colectivos o individuales, personajes que se conviertan en tipos urbanos, y con otros, el contexto de imprescindible inteligibilidad para esos tipos.

Para convertir los conjuntos socioculturales en tipos, Carriego los distingue con denominaciones reiteradas e invariables, y los saca del devenir; el pasado, que justifica su denominación y explica su modo de accionar, no es narrado sino evocado de manera sucinta y deliberadamente imprecisa. Cada tipo actúa para definirse y para definir la función que la construcción "barrio" requiere de él.

La distinción entre los géneros es la de mayor incidencia en la construcción de los tipos. Las mujeres son "las vecinas", un subcolectivo en el que se analizan las "comadres", denominación que sugiere una gama de relaciones no explicitadas, en la que es posible incluir el vínculo establecido por la ceremonia religiosa del bautismo, la amistad adicional a la vecindad y aun la posibilidad de colaborar en el parto que da la experiencia de una larga vida; de manera simétrica aparecen las "chiquilinas", que, por la necesidad de eludir lo biográfico en favor del tipo, el texto nunca presenta como futuras vecinas. En un estado intermedio de estas distinciones que parten de lo cronológico y subrayan la progresiva incorporación a la cultura en general y del barrio en particular, se ubica a "la moza".

El universo de los tipos femeninos enmarca casos excepcionales que en la obra de Carriego se transforman en personajes centrales de escenas destinadas a estimular la emotividad del lector y espectador. El ritual de los acercamientos puede convertir a la moza en "despreciativa" y aun en "novia infiel". La "mujer del obrero" muestra la abnegación de la madre por su "muchacho", y el sumiso padecimiento de la esposa de las penas que le causa el "marido borracho". El natural devenir de esposa y madre se frustra de diferentes maneras para "la tísica", de muerte preanunciada, "la hermanita ciega", "la costurerita que dio aquel mal paso".

Del universo de "los hombres" sólo se manifiesta el colectivo de "los muchachos", lo que enfatiza el carácter femenino del barrio; cuando los hombres y algunas mozas "fabriqueras" parten para el trabajo, sólo los muchachos quedan con las vecinas. Los casos excepcionales remiten al "hijo ausente", que está fuera de donde corresponde, y el "ex presidiario" que sólo se hace notorio por su regreso, por reintegrarse al barrio. Algún "guitarrero" se convierte en "el

cantor del barrio", si contribuye a identificarlo. "El ciego", simétrico en su desgracia de la "hermanita ciega", vive con pobreza en el barrio pero también llega a él desde otro, cuando sale, con su "organillo" y se transforma en "musicante". El resto son presencias deliberadamente fugaces, destinadas a presentar el clima barrial y a insinuar su ubicación respecto de la ciudad. Los "chiquillos" que traen "las noticias", el "heraldo gangoso" que vende sus "hojas", "los payadores", cuya llegada evidencia la fiesta, y dos orilleros que lucen los "cortes", ante la admiración y el estímulo de la "buena gente", al bailar el tango "La Morocha".

Las relaciones entre los tipos son comunicacionales. Predominan los "comentarios", que permiten ponerse "al tanto de lo que pasa", hacer "filosofía sobre el destino" y argumentar para defender posiciones y que, cuando son intencionadas, se convierten en "habladurías". El poeta también mantiene una relación de comunicación con los personajes que conforman tipos; lee su apariencia y sus gestos, pero, debido a su interés por la teatralidad, no reproduce los contenidos de sus conciencias.

El barrio vive en una atemporalidad de la que forman parte inevitables momentos sin fecha precisa, las fiestas –el casamiento–, las ceremonias –el velorio–, y la rígida secuencia cíclica del día y de la noche, que comienza puntualmente a las diez y consiste en que el barrio "duerme como un bendito", "sin pesadillas", mientras sus calles se abren a los "vigilantes de ronda" y a los "paseantes".

Aunque los límites del barrio no son físicos, no por ello son menos precisos; están marcados por específicos ruidos habituales: la gritería diurna de los muchachos y, durante la noche, el taconear de los paseantes y, sobre todo, los perros que "ladran sus serenatas". También lo delimitan músicas, la habanera del organillo y el tango, que se presentan como esencialmente propias y, en consecuencia, identificatorias, pero ellas también forman parte del deliberado proceso de construcción del barrio hecho de diversas apropiaciones. "La Morocha",[8] el tango de Saborido que "El alma del suburbio" presenta como esencialmente barrial, era relativamente reciente cuando fue publicado el poema, y había sido compuesta por el pianista de un bar del centro para el circuito de los sitios tangueros –salones, casas particulares, confiterías, *cabarets*, recreos, cafés y bares– antes de que se difundieran las grabaciones de las primeras orquestas constituidas para ejecutar fundamentalmente música de tango.[9]

Los textos de Carriego que construyen el barrio también son producto, deliberado

o cultural, de una vasta intertextualidad. La construcción de tipos urbanos se documenta ya en 1867, cuando Germán Mac Kay compuso y cantó en Buenos Aires "El negro Schicoba", que expone el tipo de un vendedor callejero; continuó, revitalizada por la influencia de las revistas españolas, hasta la difusión del tango canción, bajo la forma de las letras "yo soy", en que el cantante, caracterizado del tipo que se pretendía establecer, exponía en su canción sus rasgos sobresalientes. Recurriendo a esta forma, a comienzos del siglo XX, Ricardo J. Podestá[10] estableció con éxito una relación jerárquica entre un tipo y su barrio, del que el cantante y personaje afirma ser el "taita",[11] el papá; con esto se traslada a la ciudad de Buenos Aires, una relación rural precedente entre el "taita" y su "pago", que ponía de manifiesto el poder del gaucho guapo sobre su colectivo inmediato, un espacio social de relaciones personalizadas, que creaba y acrecentaba su efímera fama.[12] Podestá construyó con éxito[13] la fama del taita barrial en su particular y cuidada apariencia y en su excepcional condición de bailarín de tango y de visteador; quienes lo siguieron aceptaron estas características y le agregaron su capacidad para enamorar y aún explotar mujeres (Guérin, 2003: 275-276).

Pero Carriego no acepta este barrio jerarquizado y sometido a las famas; la intención generalizada de su construcción es la búsqueda de la homogeneidad. La escenografía es homogénea y también la elaboración de los personajes: todos son igualmente modestos, no devienen sino en función de lo establecido por los tipos, algunos de los cuales, como "la tísica", incorporan la muerte anticipada; y la inmigración masiva, que sólo está presente en el adjetivo "gringo" que califica al musicante, no construye diferenciaciones esenciales.

El sainete contrajo una importante deuda con la construcción barrial de Carriego; aceptó su homogeneidad y la subrayó con la intromisión de gente de afuera, que siempre castigó, y con la escenografía del patio de conventillo que convirtió en el espacio de encuentro, tensión y reconciliación, de una gama de tipos ampliada con la inmigración (Guérin, 2000).

Borges y la eternidad del barrio

En una sintética autobiografía, publicada en 1927, a los 28 años de edad, Jorge Luis Borges (1899-1986) se definía como "porteño" y organizaba su vida según

su nacimiento en la "parroquia de San Nicolás", que para él era la más antigua de todas, su estancia en Ginebra, época "que recordaré siempre con algún odio", su participación en el ultraísmo español, y el regreso "a la patria". Declaraba que los "íntimos quehaceres y quesoñares" de su vida ya estaban publicados en prosa (*Inquisiciones*, 1925; *El tamaño de mi esperanza*, 1926) y en verso (*Fervor de Buenos Aires*, 1923; *Luna de enfrente*, 1925); y que estaba escribiendo otro libro "de versos porteños (digamos palermeros o villa-alvearenses, para que no suene ambicioso)": *Cuaderno San Martín* (Vignale; Tiempo, 1927, 6 -321-).

Pocos meses más tarde publicó su primer cuento, ubicado en mil ochocientos "noventa y seis o noventa y siete" –un tiempo inmediato a su nacimiento que el joven escritor quiso mostrar remoto– en un espacio social construido como un complejo y esencial universo de tapias, milongas con nombres de barrio, y coraje, en el que dos guapos, el Chileno y el Mentao, dirimen, en un "entrevero" de cuchillos, la superioridad de sus "patrias chicas": el Norte y el Sur. "Nadie dijo arrabal en esos antaños. La zona circular de pobreza que no era 'el centro', era 'las orillas'".

Borges hizo morir al Chileno –cuyo apodo sugiere la inmigración– que guapeaba por el Sur, y dejó con vida la "orilla" del Norte (Borges, 1927), que en su poética anterior y siguiendo la construcción de Carriego, ya había convertido en el barrio por excelencia –su barrio–, al que este cuento empezaba a agregarle la prosapia de la ética del gratuito coraje del cuchillo, impropia de los inmigrantes. En el sur, después de esa muerte, no habría barrio sino "gente" que, como la del centro, quedaba excluida de la dignidad barrial.

Como se dijo al comienzo, toda construcción de organizaciones colectivas urbanas compite por una hegemonía en la que lo ideológico puede estar más o menos oculto pero nunca está ausente. Ligar la nueva construcción discursiva a los orígenes o, con mayor precisión, al discurso sobre los orígenes, es una estrategia específica de la modernidad que refuerza la competitividad de esa construcción.

Para 1929, Borges había afianzado su biografía poética en el pasado de la patria, que compuso con el "coraje" en la lucha de su abuelo paterno, el coronel Francisco Borges (1833-1874), y el sueño de guerra que "incorporó a la inmortalidad" a su abuelo materno, Isidoro Acevedo (?-1905). En el inicio de la patria, reconcilió a su antepasado Francisco Narciso de Laprida (1786-1829)

con el destino sudameriano, subrayó el demente coraje de su enemigo, Juan Facundo Quiroga (1779-1834), e incorporó al “olvido de Dios” a Juan Manuel de Rosas.

Pero su presente residía en cosas inmediatas, que “acaso, son el poema”: “el agua del aljibe, el olor del jazmín y la madreselva, el silencio del pájaro dormido, el arco del zaguán”, que al amparo de Carriego, seleccionó entre sus experiencias inmediatas y dignificó en el barrio, construido como un retazo urbano de inmortalidad, opuesto al centro y a los casi guetos de la inmigración, que ubicó en el sur.

En “Barrio recuperado”, Borges (1923) construye el barrio valiéndose de la reiterada experiencia urbana del antes y el después de una tormenta, en la que subraya la virtud de hacer visible y permitir disfrutar aquello que la de la frecuentación cotidiana oculta.

El barrio, palabra que solo aparece en el título del poema, es construido como un conjunto impreciso de calles que caminan algunos seres, entre los que se incluye el poeta,[14] experimentando la indisoluble unión entre lo efímero –olores, reflejos en cristales y en hojas de jardines– y la “inmortalidad” que esos elementos de lo urbano evidencian: la lluvia caída desde el cielo, el sol, y el cíclico verano.

Dos años después, Borges explicitó su poética en el prólogo original, luego sustituido, a *Luna de enfrente*, según la cual, el poeta debe “ensalzar”, “celebrar” lo que se aviene con su “yo”, que en su caso consistía en vincular con el cielo algunos retazos de la ciudad –“las tapias celestes del suburbio y las placitas con su fuentada de cielo”.

Esta deliberada pertenencia urbana se reflejó en la realización de las poesías de ese libro, muchas de las cuales estaban “habladas en criollo”, que Borges define como “heterogénea lengua vernácula de la charla porteña” y diferencia del “gauchesco” –alusión a las canciones camperas que Gardel había interpretado desde sus comienzos como cantor– y del arrabalero –alusión a los celebrados tangos que, desde 1917, también interpretaba Gardel y las grabaciones difundían quebrando la relación personalizada con el intérprete– (Borges, 1925).

Esta voluntad de redefinir Buenos Aires es, en realidad, la voluntad de incorporarla como objeto poético, en un momento en que la mayoría de los

artistas que publicaba en *Martín Fierro*, tenía una mala imagen de Buenos Aires. Para Fernando Fader la ciudad era irrecuperable, ya que el crecimiento físico había sepultado la naturaleza con las "piedras de las casas", cuyos techos ocultaban "las nubes blancas"; afirmación que negaba de manera irreparable la vertical simbólica de la ciudad, la relación de su habitante con lo alto, con lo eterno.

Héctor Castillo, más enfático y festivo, coincide con otros martinfierristas en que la ciudad es "imbécil y triste", "es un destierro", porque en ella "no se puede vivir"; pero introduce un componente nuevo, el devenir degradante, que convirtió "el hogar", "las maravillosas veladas" del pasado, en un paraíso perdido (1924), ya utilizado por Contursi.

La causa de estas afirmaciones es la progresiva diversidad de la ciudad social, provocada por la migración masiva y por ciertos enriquecimientos, que dejaba a los martinfierristas sin un presente firmemente ligado a un pasado reconocido como propio: predominaban los "gallegos, en la calle y los bailes", había una invasión de "rufianes y de rastas", de "viejas prostitutas francesas" y "ladrones" (Castillo, 1924: 6).

Borges eliminó de su poesía todos los aspectos de la ciudad que le resultaban negativos, porque su poética no incorporaba la fealdad o lo efímero,[15] y por no recaer en la nostalgia de lo perdido, que, además de oponerse a su deseo de permanencia, ya había sido apropiada por la construcción urbana de la especie literaria del tango canción.

En 1929, cuando Borges finalizaba su construcción poética de Buenos Aires, resultaba insoslayable la incorporación de los barrios porteños a lo efímero del permanente cambio. Entonces, para no restarle eternidad a su construcción, aceptó que el barrio, que "alguna vez era una amistad", ya no lo era, porque los "balconcitos" ya no enfrentaban a los porteños con el "cielo", y ubicó la evidencia física de la inalterable perduración del orden vertical de Buenos Aires, en "hechos distanciados", en "cosas incomunicadas, perdidas, como lo están siempre las cosas" ("Barrio Norte", Borges, 1995: 87-88).

Para Borges, Buenos Aires no tenía historia, la juzgaba "tan eterna como el agua y el aire", y los barrios, la garantía de esa continuidad en tanto una forma de resistencia frente a los cambios indeseables, que ya no consistían, como al comienzo de su creación, en particulares experiencias y perspectivas de la ciudad

física, adquirían la eternidad mediante “cosas”, que sólo el poeta podía comunicar.

El barrio de tangos

Antes de que Borges hubiese completado su poética del barrio (1929) y de que hubiese publicado su *Evaristo Carriego* (1930), la especie lírica del tango canción había reconocido de manera explícita su deuda con el poeta y lo había hecho con referencia a un aspecto que ya se ha señalado como central en su construcción: la música que le confiere identidad y homogeneidad.

En 1925, Homero Manzi comparó el viejo ciego que toca tangos en su viejo violín, con “un verso del loco Carriego” (“Viejo ciego”, Romano, 1995: 87-88), y poco después, Celedonio Flores imaginó a la musa de los arrabales cuando sale a ver cómo “se torna alegre la cara del cielo” al oír las “canciones viejas” de “el buen organito que mentó Carriego” (“La musa mistonga”, Romano, 1995: 97-98). En ambas composiciones, “tango”, “canciones viejas”, “payadores”, convocan la emoción de las “las almas simples” del “arrabal”.

Este reconocimiento evidencia un cambio central en la temática del tango, que surge de ligar la organización de Contursi a la poesía de Carriego. En “Mi noche triste” (Romano, 1995: 30-32), Contursi indaga los sentimientos de la “enfermedad de amor” –un tópico que se remonta a la literatura griega clásica– desencadenada por el sorpresivo e inexplicable abandono –“amuro”– de la mujer –“la percanta”. El escenario del abandono pertenece al espacio íntimo –el “bulín” de los dos, que deviene en “cotorro” del hombre abandonado–; la solitaria queja que el abandonado dirige a la mujer ausente corresponde a un espacio semipúblico, un almacén o una cantina, donde el hombre se emborracha intentando curarse de su enfermedad de amor, intentando olvidarse.

Esta composición, por indagar una relación interpersonal, no recurre a la construcción barrial, pero instala el devenir y, sobre todo, el devenir descendente; el abandono, el “amuro” de la “percanta”, divide el tiempo en un reciente pasado paradisíaco, presidido por la alegría del amor, el del “bulín”, y un presente negativo, el del “cotorro abandonado”, dominado por el dolor del “alma” y del “corazón”, que se intuye irreversible (Guérin, 2000: 275-277).

“Mi noche triste” arraiga su discurso en una sociedad urbana mayoritariamente

inmigrante y da origen a una serie de letras que expone y analiza la pérdida de lo femenino como metáfora de la soledad y el sentimiento de abandono derivados de la lejanía de la tierra natal, propia o de los antepasados.

La construcción del barrio tiene uno de sus primeros momentos en una exitosa letra narrativa de José González Castillo, tomada de la forma de algunas milongas camperas, que, en 1923, presentó al barrio como una emoción colectiva provocada por la "musiquita" del organillo de un "pobre viejo" ("Organito de la tarde", Romano, 1955: 60-62). La letra acepta el devenir negativo vinculado a la pareja; antes ella era "la gloria del arrabal" y después se fue con el que la sedujo y ahora la buscan inútilmente por el "arrabal". González Castillo también liga al devenir negativo la fama del "taita" construida por Podestá: él, que es hoy un pobre viejo, antes, con un "corte que no tuvo igual", "supo con ella y en las milongas, con aquel tango triunfar". La anécdota no refiere el destino de un grupo sino la circunstanciada desgracia de una pareja, originada en un duelo criollo de final truculento entre el "novio" y un forastero también "bailarín" y, además, "buen mozo y peleador".

En 1925, esta letra, apoyada en las fórmulas prestigiosas, devino en la construcción típica y notablemente perdurable del barrio (Roberto Lino Cayol, "Viejo rincón", Romano, 1995: 81-82). El barrio está en el pasado, pero vive de manera lacerante en la memoria del que se fue, es una organización social, identificable por su música, al que otorgaban sentido la casa –"mi rancho"– y la madre.

Siempre es posible volver al lugar del barrio, pero cuando esto sucede, sólo se reaviva el dolor que provoca la irreparable inexistencia actual de ese universo social en el que se nació, que se expresa recurriendo a formas del prestigioso tópico *¿ubi sunt?*, "¿dónde están?", [16] el lamento ante la evidencia de la muerte: "¿Dónde está mi barrio, mi cuna querida? (Banjamín Tagle Lara, "Puente Alsina" –1926–, Romano, 1955: 100-101). La vuelta física, reminiscencia de la parábola "El hijo pródigo", recibe el seguro perdón de los padres, previsto por el amor divino, según los Evangelios (Lucas 15, 11-15, *Biblia de Jerusalén*, 1997: 1482). Pero, en la vertiente predominante de esta serie de letras del tango, la "congregación" de la "casa" y el "barrio" a que se refiere Alfonso de Torre ha quedado rota, en lo inmediato por los inevitables desplazamientos que impone el constante crecimiento de una ciudad extensa, y en lo profundo porque parte

de la sociedad urbana construyó sus orígenes en culturas lejanas que la inmigración abandonó de manera irreparable. Para muchos, la contención del barrio de aquí quedó en el *vicus* anterior a la inmigración.

Notas

[1] Una de las primeras construcciones de la gran ciudad del mundo contemporáneo se remonta a comienzos del siglo XIX y se alimenta de las experiencias de las grandes ciudades europeas del momento; corresponde al poema autobiográfico *The prelude* (1805) de William Wordsworth (1770-1850): "Cuán a menudo, en las calles ajetreadas, he estado avanzando con la multitud, y a mí mismo me dije: 'El rostro de cada uno que encuentro es un misterio'." (libro VII).

[2] "Otrosí defendemos que, el día del viernes santo, ningund judio no sea osado de salir fuera de su casa ni de su barrio, mas estén y [allí] encerrados fasta el sábato en la mañana, et si contra esto facen, decimos que, del daño que los hombres ficiesen et de la desohnra, no deuen haber ninguna emienda" (Alfonso X, 1491).

[3] "Ningunos nin algunos judíos nin moros, non tengan, en sus barrios o límites o moradas, plaças nin mercados para vender nin comprar cosas algunas de comer o de beber a cristianos o a cristianas" (Díaz de Montalvo 1484: 235 v.).

[4] "Francisco (...) tiene juridición sobre otros ocho bohíos que están poblados de indios casados, en su barrio, y no más" (Boyd-Bowman, 1971).

[5] "La estancia de Texopa, en tres barrios, tiene 64 indios casados, 15 viudos (...) 7 solteros (...)"; "presentaron los calpules e tequitatos de los barrios y estancias sujetas a esta dicha Villa" (Boyd-Bowman, 1971).

[6] Enciclopedia científica de la modernidad española, inspirada en las *Etimologías* de San Isidoro, en cuya parte final, en la que se define el barrio, la Razón muestra al Entendimiento el fin del hombre, sus modos de vivir y su vida social.

[7] "Agora digamos de la generación del barrio, la cual es necesaria et natural a la vida así como la casa. E esto es por tres razones. La primera es por el amorío que tienen los padres a los fijos, que tanto los aman que los quieren tener de cerca. E los fijos no se quieren arredrar de sus padres ni del lugar donde nascieron, el cual lugar también es padre naturalmente, ca del un padre recibe hombre la generación et el nudrimiento. Del

otro la influencia e la complixión. Pues luego, naturalmente, los fijos que nascen farán casas cercanas a sus padres et los fijos de aquellos, otras, fasta que sean muchas casas junctas, o cual es llamado barrio o vicco, et los habitadores se llaman vicinos et aun es necesaria aquesta tal congregación o habitación por la necesidad de la vida" (La Torre 1485, fol. 62 v.).

[8] Tango compuesto en 1905 por Enrique Saborido (1878-1941) en el Bar Ronchetti, de Reconquista y Lavalle, del que el compositor fue pianista desde 1904 (Chá, 1980, Apéndices 1 y 3).

[9] La orquesta de Vicente Grego grabó para el sello Columbia en 1911 (Chá, 1980, Apéndice 2).

[10] "Don Juan, el taita del barrio" (Romano, 1995: 21-22).

[11] *Taita*. Voz infantil "con que el niño llama al padre" (Cov.), resultado del temprano cruce entre la voz latina *tata* (Gaffiot) y la vasca *aita* (Cor.); se documenta en España desde el siglo XV y en América desde mediados del siglo XVI ("tayta, padre de niños" –Domingo de Santo Tomás–).

[12] A comienzos del siglo XX, se consideraba un argentinismo el uso de *taita* con la acepción de "Gaucho guapo, cuyo valor es reconocido por todos en el pago" (Segovia, 1911: 455).

[13] Silverio Manco –o quizás Alfredo Gobbi– compuso, en 1907, "El taita", que comienza: "Soy el taita de Barracas".

[14] Charles Baudelaire (1821-1867), quizás el primer poeta de la ciudad, creó la imagen del poeta *flâneur* (Tanner, 2002: 86), a la que también recurrieron los martifierristas, notoriamente Francisco López Merino (1904-1928), un entrañable amigo de Borges, en "Calle solitaria" (López Merino, 1924).

[15] En 1909, el Manifiesto Futurista incorporó la ciudad como tema preminente de la literatura y la pintura modernas (Tanner, 2002: 86).

[16] "¿Dónde estará mi garçonier de lata?" (R. L. Cayol, "Viejo rincón").

Bibliografía

-ADMYTE: *Archivo digital de manuscritos y textos españoles*, Disk 1, Madrid, Biblioteca Nacional de España - Quinto Centenario - Micronite, 1992.

-Alfonso X, el Sabio (1220-1284), *Siete partidas* (Sevilla, Meinardo Ungut et Estanislao

Polono), ADMYTE, 1491.
-Antón, Cecilia; Tomarchio, Clelia, “Hacer la calle” o la construcción social de un ámbito barrial de prostitución femenina”, Gravano, 1995.
-Aut.: España. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana; en que se explica el verdadero sentido de las voces* (Reproducción facsimilar de Madrid. Francisco del Hierro, 1726-1739), Madrid, Gredos, 1963.
-Benveniste, Émile, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, I. Economía, parentesco, sociedad, II. Poder, derecho, religión. Sumarios, cuadros e índices, Juan Lallot. Tr. M. Armiño. Revisión y notas adicionales J. Siles, Madrid, Taurus, 1983.
-Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, España, Argentina, Colombia, Siglo veintiuno, 1988.
-*Biblia de Jerusalén*, Nueva edición totalmente revisada y aumentada, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1997.[5]
-Borges, Jorge Luis, “Al tal vez lector” (“Prólogo del libro *Luna de Enfrente*, versos de Jorge Luis Borges, viñetas de Norah Borges) *Martín Fierro*, a. II, Nº 25, 14 de dieciembre de 1925, 4 (182).
-Borges, Jorge Luis. 1927. “Leyenda policial”, *Martín Fierro*, a. IV, Nº 38, 26 de febrero de 1926, 4 (306).
-Borges, Jorge Luis, *Evaristo Carriego*, Buenos Aires, Emecé, 1955.
-Borges, Jorge Luis, *Luna de enfrente*. *Cuaderno San Martín*, Buenos Aires, Emecé, 1995.[3]
-Borges, Jorge Luis, *Fervor de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1996.
-Boyd-Bowman, Peter, Léxico hispanoamericano del siglo XVI, London, Tamesis Book, 1971.
-Carriego, Evaristo, *Obra completa*. Prólogo y compaginación de Marcela Ciruzzi, Buenos Aires, Corregidor, 1999.
-Castillo, Héctor, “Epístola a Nalé Roxlo”, *Martín Fierro*, a 1º, Nº 3, 15 de abril de 1924.
-Chá, Ercilia Moreno, coord., *Antología del tango rioplatense*, Volumen 1, Buenos Aires, Instituto Nacional de Musicología Carlos Vega, 1980.
-Cor.: Corominas, Joan, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Berna, Franke. 4 v. 1954-1957.
-Cov.: Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*; según la impresión de 1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en la de

1674, Barcelona, Horta, 1943.
-Díaz de Montalvo, Alfonso (1405-1499), *Ordenanzas reales* (Huete, Álvaro de Castro), ADMYTE, 1484.
-Domingo de Santo Tomás, fray, *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú* (1560), Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951.
-DRAE: España. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*. 21° edición, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
-Ernout, A.; Meillet, A., *Dictionnaire étimologique de la langue latine. Histoire de mots*, Paris, Dlienchsiech, 1967.[4]
-Friederici, Georg., *Amerikanistisches Wörterbuch und Hilfswörterbuch für den Amerikanisten*. Deutsch-Spanisch-Englisch, Hamburg, Cram De Gruyter, 1960.[2]
-Gaffiot, Félix, *Le grand Gaffiot. Dictionnaire latin-français*, Nouvelle édition revue et augmentée sous la direcion de Pierre Flobert, París, Hachette, 2000.
-Gravano, Ariel, comp., *Miradas urbanas, visiones barriales. Diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias*, Montevideo, Nordan comunidad, 1995.
-Guérin, Miguel Alberto, "El teatro urbano de la transgresión sociocultural (¡Qué lindo es estar metido! [1927] de Pascual Contursi)", Osvaldo Pelletieri, ed. 2000. Indagaciones sobre el fin de siglo (Buenos Aires, Galerna - Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Fundación Roberto Arlt), 2000.
-Guérin, Miguel Alberto, "La construcción de arquetipos urbanos en el sainete. *La polka de la silla* (1924) de Contursi y Bellini", Osvaldo Pellettieri, ed. 2003. *Escena y realidad* (Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras –UBA–, Grupo de Estudios de Teatro Argentino e Iberoamericano –GETEA–, Galerna).
-Hornblower, Simon; Spawforth, Antoni, *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford - New York, Oxford University Press, 1996.[3]
-Huber, Elena; Guérin, Miguel Alberto, "Los cambios en las dimensiones semánticas de *habitar*", en Giordano, L.; D'Angeli, *El habitar, una orientación para la investigación proyectual*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires y Universidad Autónoma Metropolinana, 1999.
-Huber, Elena; Guérin, Miguel Alberto, "El imaginario urbano de Norah Borges" en Alburquerque, L.; Iglesia, R. E. J.,coord., *Sobre imaginarios urbanos*, Buenos Aires, Carrera de Especialización en Historia y Crítica de la Arquitectura y del Urbanismo / Secretaría de Posgrado y Relaciones Institucionales de la Facultad de Arquitectura, Diseño

y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, 2000.
-La Torre, Alfonso de, *Visión delectable* (de la filosofía y artes liberales), (Burgos, Friedrich Biel), ADMYTE, 1485 o 1486.
-López Merino, Francisco, "Calle solitaria", *Martín Fierro* a. 1, Nº 4, 15 de mayo de 1924.
-*Martín Fierro*: Fondo Nacional de las Artes, *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, estudio preliminar de Horacio Salas. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995.
-Nebrija, Elio Antonio de, *Diccionario latino-español (Salamanca 1492)*, estudio preliminar de G. Colón y A. J. Soberanas. Barcelona, Puvill, 1979.
-Palencia, Alfonso de (1423-1492), *Universal vocabulario en latín y romance* (Sevilla: Pablo de Colonia, Juan Pegnitzer, Magno Herbst de Fils & Tomás Glickner), ADMYTE, 1490.
-Payne, Michael, comp., *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Buenos Aires, Barcelona, México, Paidós, 2002.
-Pezzoni, Enrique, *El texto y sus voces*, Buenos Aires, 1986.
-Purcell, Nicholas, "Vicus", Hornblower, Spawforth, 1996.
-Roberts, E. A.; Pastor B., *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza, 1996.
-Romano, Eduardo, coord., *Las letras del tango. Antología cronológica 1900-1980*, Rosario, Santa Fe, Fundación Ross, 1995.[5]
-Segovia, Lisandro, *Diccionario de argentinismos, neologismos y barbarismos*, con un apéndice sobre voces extrajeras interesantes, Buenos Aires, Coni, 1911.
-Tanner, Tony, "Ciudad (*city*)", en Payne, Michael, *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales* 2002, Buenos Aires, Barcelona, México, Paidós, 2002.
-Vignale, P. J.; Tiempo, César, "Algunas páginas de la 'Exposición de la actual poesía argentina'", *Martín Fierro*, a. IV, Nº 39, 28 de marzo de 1927.

Spinetto

Revolución industrial y barrio

Rodolfo Giunta

Cuando nos referimos a barrio, nos predisponemos a pensar en un fragmento de la ciudad, esto es, en una de las tantas modalidades de subdivisiones, en este caso administrativa, a las que se ha recurrido históricamente para una mejor organización, como se ha dado en lo eclesiástico con las parroquias[1] o en lo militar con los cuarteles.[2] Actualmente, tal como lo indica la Constitución de la ciudad de Buenos Aires,[3] asistimos a la formulación de la categoría de Comunas, en tanto "unidades de gestión política y administrativa con competencia territorial", como resultado de un proceso de descentralización, lo cual podría implicar una resignificación en el concepto de Barrio.

Si nos remontamos a mediados del siglo XIX, con el impacto de la Revolución Industrial, podremos analizar un proceso diferente. La clave del mismo podría encontrarse en la detección de cambios culturales en las expectativas con relación al tiempo y al espacio que permitieron "prefigurar", como barrios de la ciudad, a ciertos ámbitos circundantes agrupados en un abanico de categorías, tales como suburbio o pueblo.

Rodolfo Giunta

Profesor en Historia (UBA). Regente de la Escuela Nacional de Museología (2003). Investigador del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas (IAA) "Mario J. Buschiazzo" de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UBA). Vicepresidente de la Fundación Taller de Investigación y Acción Urbana (TIAU). Docente de los Institutos Superiores "Obra Cardenal Ferrari" y "Dante Alighieri".

Cambios culturales en las expectativas con relación al tiempo

Así, en el mundo ampliado, el impacto (...) de toda la tecnología aceleradora tuvo al menos dos caras –apuró el tiempo de la existencia corriente y transformó la memoria de los años pasados, el material de la identidad de todos, en algo lento. Los recuerdos tienen la capacidad de convertirse en nostálgicos sólo después que los cambios hayan hecho posibles las comparaciones y que el pasado parezca irremisiblemente perdido!

Kern, 1983.

José María Cantilo[4] en una de las Editoriales del Semanario *El Correo del Domingo* intentó definir qué era Buenos Aires. Mediante una sentencia fuerte sostuvo que era una "ciudad grande" (donde "grande" estaría más ligado a la jerarquía alcanzada que al tamaño) para contraponerse al concepto de "gran pueblo", argumentando irónicamente que su decisión se basaba en el hecho de que se podría pensar que estaba haciendo alusión a las virtudes ("gran") de sus habitantes ("pueblo").

Caracterizó a Buenos Aires por su "vida moderna", que fue definida en dos aspectos: uno sensitivo "me refiero a ese vértigo que suele subir a la cabeza y produce emociones que no dejan pensar en mañana" y otro abstracto "eso solo pasa en las ciudades grandes, especialmente allí donde se vive según el modelo francés o más bien parisiense" [*CD*, t. I, Nº 24, 12/Jun/1864, 370 (Bruno, "La Semana")].[5]

Este modelo "parisiense", en tanto imagen utilizada como si fuera un figurín de la moda indumentaria, seguramente provino de diferentes fuentes, desde la literatura francesa que empezaba a rendir cuenta de los profundos cambios físicos y sociales que se estaban operando desde hacía unas décadas en París,[6] hasta relatos, orales y escritos, de "viajeros" en ambos sentidos (los que venían de Europa y aquellos que viajaban sobre todo a París). Resulta evidente que algunos sectores sociales de Buenos Aires disponían de nuevos parámetros para poder "mirar" la profunda aceleración –"ese vértigo"– que parecía caracterizar a los fenómenos urbanos de la época, dónde lo "nuevo" estaba esencialmente ligado a la velocidad. Stephen Kern (1983, 128) en el capítulo "Speed", analizó toda una gama de repercusiones, favorables o detractoras, que tuvieron aquellas

innovaciones que provocaron una profunda aceleración tanto en los procesos tecnificados como en la vivencia de los mismos, donde "muchos escritores, sin embargo, dieron la bienvenida al colapso de viejas empalizadas y consideraron a la nueva velocidad de modo favorable como un símbolo de vitalidad, una magnificación de las posibilidades de la experiencia, o como un antídoto al provincialismo". Kern destaca que más allá de la posición asumida o "a pesar de la mezcla de sentimientos, sin embargo, se puede decir sin connotaciones que la nueva velocidad tuvo un profundo impacto en la civilización" (ídem: 129).

La "velocidad" en el discurso de Cantilo apareció como el soporte de acciones sociales que cambiaron sus ritmos provocando un cambio cultural en cuanto a las expectativas respecto del tiempo y se densificaron socialmente por el número de personas implicadas. En tanto aceleración de prácticas, la velocidad estaría funcionando como una frontera entre tradición y progreso; en tanto densificación social, como desviación de sentido de una inmigración pensada para el ámbito rural que estaba asentándose, más allá de lo previsto, en la ciudad.

La presentación que hizo Cantilo de Buenos Aires como una "babilonia" e "infierno",[7] además de ofrecer un paisaje urbano muy diferente al de *La gran aldea* de Lucio V. López (1884),[8] reviste el interés de un desafío percepcional y vivencial de la "vida moderna" mediante el cual intentaba plantear a los lectores una disyuntiva: aceptación del desafío o resguardo en un ámbito más "tradicional".

La "velocidad" de crecimiento en la dimensión física de la ciudad, implicaba una fragmentación espacial, diferenciándose, por un lado, un centro y, por otro, suburbios resignificados.[9] Esto también remitía al figurín parisino: "Buenos Aires se va agrandando mucho. Ya la población del norte ignora lo que pasa en la del sud y a esta sucede lo mismo con aquella (...) Nos vamos pareciendo mucho a París" [*CD*, t. I, Nº 42, 16/Oct/1864, 658-9 (Bruno, "La Semana")]. Este asombro por el crecimiento también quedó reflejado en aquellos viajeros que visitaron la ciudad en más de una oportunidad. Tomaré como ejemplo el caso de William Hadfield (1869), quien al comparar sus viajes de 1853 y 1868 se vio impactado, porque tanto su población como su tamaño se habían duplicado,[10] así como también por la jerarquía alcanzada: "Cuanto más miro a esta gran ciudad, más me llama la atención su crecimiento como también el

lujo con el cual ha sido atendida, evidente en el estilo de construcción y en los grandes establecimientos privados, algunos de los cuales entran realmente en una escala principesca" (ídem: 131).[11] Para Cantilo, los ingredientes de la percepción empírica (velocidad de cambio, crecimiento físico y demográfico) funcionaron como el sustento de la resignificación simbólica mediante la cual se expresaba como deseo en el imaginario, comparándose con París en modo desiderativo: "Una prueba de que progresamos, de que vamos siendo un pequeño París, la tenemos en la diferencia que se nota entre este y los pasados tiempos" [*CD*, t. II, Nº 60, 19/Feb/1865, 113-115 (Bruno, "La Semana")].
El deseo de llegar a parecerse cada vez más a París sin duda formaba parte de la euforia de un sector dirigente que se sentía consolidando una organización nacional, asociada con una inserción económica al mercado mundial que propiciaba un despegue económico inusitado. Este contexto de optimismo hacia el futuro tuvo sus improntas más fuertes con los primeros impactos de la expansión de la Revolución Industrial, sobre todo en los medios de transporte (ferrocarriles y barcos a vapor) y de comunicación (telégrafo).[12]

Cambios culturales en las expectativas con relación al espacio

Escucho el silbato de la locomotora en los bosques.
Donde sea que aparezca esa música, tiene su consecuencia.
Es la voz de la civilización del siglo diecinueve diciendo: Aquí estoy.
Ralph Waldo Emerson, en Marx, 1964.

Uno de los factores que produjo mayor cantidad de transformaciones en el período fue la revolución que se operó en el sistema de comunicación. Fenómeno que se vinculó muy estrechamente a la expansión tecnológica de la Revolución Industrial y que tuvo como finalidad lograr un medio más eficaz para poner en contacto los ámbitos productores de materias primas con los centros productores de manufacturas. Ferrocarriles y barcos a vapor conformaron el binomio adecuado para el transporte de cargas del nuevo sistema global que empezaba a consolidarse. Dicho binomio se complementó con el telégrafo, cuyo tendido terrestre acompañaba la extensión de los rieles del ferrocarril, en tanto los "mensajes" debían anticipar, incluso, la mayor velocidad lograda para las cargas.

La trilogía resultante adecuó el sistema de comunicación de la época a la actividad comercial entre los diferentes países del nuevo sistema global, que estaba sustentado por una nueva red de intercambios, que modificó sustancialmente la relación "espacio-tiempo" entre regiones. Las distancias ya no se considerarían tanto en su dimensión "geográfica" como en la "comunicacional".

A su vez, dichos medios de transporte y comunicación, produjeron importantes cambios en la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de Buenos Aires al propiciar una de las percepciones más nítidas del fenómeno moderno en varias dimensiones. Sobre todo con el ferrocarril, desde aquellos originales diez kilómetros inaugurados en 1857, que implicó el primer contacto con empresas capitalistas en gran escala: tanto por el nivel de capitales implicados, infraestructura física y ocupación de mano de obra, como por el poder de transformación del espacio.

Hans Ulrich Gumbrecht (1997) sostuvo que "las estructuras y leyes internas de los ferrocarriles no pueden ser negociadas por individuos –y por esa razón son vistas como un emblema de una casualidad existencial impuesta–. Pero también se han transformado en sistemas que, siendo coextensivos con el mundo, excluyen la posibilidad de ser observados desde el exterior. Ésta es la razón por la cual los ferrocarriles emergen como la metáfora preferida en discursos que intentan explicar a los lectores no especializados los aspectos más revolucionarios de la ciencia y la filosofía modernas. En tales textos, los trenes representan ciertas condiciones estructurales de la existencia humana que son tan generales que tienden a ser soslayadas".

Con la llegada del ferrocarril se modificó el ámbito rural, en tanto naturaleza, y en este sentido Dolf Sternberger (1974) señaló que "el paisaje del siglo XIX, que ha sufrido una transformación tan brutal y tan profunda, ha permanecido visible, al menos parcialmente, hasta nuestros días. Está estructurado por el ferrocarril. Éste no solamente 'hizo época', como dice Sombart, sino que también 'hizo naturaleza', de estar permitido expresarse en estos términos. Por todos lados donde las montañas y los túneles, las quebradas y los viaductos, los torrentes y los teleféricos, los ríos y los puentes de hierro, aparecen asociados de una manera curiosa pero muy estrecha, uno encuentra los puntos de concentración de ese paisaje histórico, sus vistas sublimes que, en su obscuridad

a lo Ruysdael, atraen hacia ellas toda la atención de sus contemporáneos, éstas que han sido mil veces miradas, pintadas y mostradas por los visionarios. De una forma muy extraña esos lugares prueban que, bajo el triunfo de la civilización técnica, la naturaleza no zozobró en lo innominado ni en la ausencia de imágenes, que la mera construcción del puente o del túnel, no constituían en sí mismo un objeto de contemplación, de admiración, de orgullo, previo a todas las características del paisaje, sino que el río o la montaña se asociaban enseguida a este aspecto técnico, por otra parte no como un vencido sometiéndose a su vencedor, sino por el contrario como una potencia amiga que reivindica plenamente el prestigio que adquiere en este nuevo entorno".

Resulta interesante la resignificación del paisaje que propuso José María Cantilo para cuando el ferrocarril permitiese alcanzar ámbitos como "Las Conchas", que era definido "como otra cosa" respecto a los pueblos ya asimilados espacialmente a la ciudad de Buenos Aires, en tanto "allí sí que se vive con esa holgura que hace agradable los paseos campestres". Un lugar todavía signado "por el misterio" y "por la naturaleza majestuosa" que, con respecto a la relación analizada por Dolf Sternberger entre lo natural y lo artificial, se redefiniría gracias al ferrocarril: "Las Conchas por consiguiente van llevándose pobladores de la ciudad. A vuelta de poco tiempo aquella naturaleza primitiva habrá cambiado: el ferrocarril tocará esos parajes y los hará el jardín de Buenos Aires" [*CD*, t. I , Nº 48, 27/Nov/1864, 754-755 (Bruno, "La Semana")]. Lo natural interceptado por lo artificial implicaría una marca cultural en "aquella naturaleza primitiva" convirtiéndola en un "jardín".

El ferrocarril era visto, pues, como un instrumento determinante en su poder de transformación y modernización de los distintos ámbitos que iba alcanzado.[13] Además, en el seno mismo de la ciudad, era el promotor de una gran cantidad de construcciones de un nuevo tipo de equipamiento urbano, que llegó a valorizarse como "nuevas obras de arte" (tal fue el caso del "Puente de fierro en Barracas" del Ferro-carril del Sud) además de la profunda cirugía urbana[14] que implicaba el tendido de rieles hasta prácticamente el centro neurálgico de la ciudad, actuales Plaza de Mayo (ramales Norte y Sur) y Lavalle (ramal Oeste).[15]

Prefiguración de barrios

Las familias se van al campo (...) Irse al campo, quiere decir en suma irse a Flores, a San Fernando, a Belgrano. Esto es como no salir de Buenos Aires. En esos pueblitos etiqueteros se vive como aquí, con las mismísimas exigencias que tanto incomodan en verano. Eso pues no es irse al campo. A lo mas es mudar de barrio.

[*CD*, t. I, Nº 48, 27/Nov/1864, 754-755 (Bruno, "La Semana")]

El espacio físico interceptado por el comunicacional fue desdibujando los límites entre el "adentro" y el "afuera" de la ciudad, modificando sustancialmente el borde entre el núcleo urbano y el área rural. De allí que para José María Cantilo aquello que tradicionalmente se entendía como "irse al campo" cambió de sentido y cada vez más se tenía la impresión de que el traslado sólo implicaba "mudar de barrio".

Las casas de campo o quintas, desde el diseño fundacional de Juan de Garay, se hallaban precisamente en ese borde de la ciudad. En el verano era habitual alquilar casasquintas: "(...) ya Belgrano y Flores empiezan a animarse, y al oeste y al norte se buscan casas para pasar el verano lejos de la ciudad" [*CD*, t. I, Nº 42, 16/Oct/1864, 658-9 (Bruno, "La Semana")]. Thomas Woodbine Hinchliff reseñó, a principios de la década de los sesenta del siglo XIX, que residía en la "Quinta" de su primo que se hallaba "en el suburbio más encantador de la ciudad", cercano a la Recoleta. Pese a la cercanía del núcleo urbano, sobre todo desde la perspectiva actual de la distancia, la vivencia era contrastante: "Estábamos a casi dos millas del centro de la ciudad, completamente fuera de todo bullicio y movimiento" (Hinchliff, 1863: 57).

Víctor Martín de Moussy (1864) sostuvo que el hecho de tener que importar los materiales de construcción no le impidió a Buenos Aires "crecer de una forma extraordinaria desde hace diez años". El proceso implicaba desde grandes obras como la Aduana Taylor y el Teatro Colón hasta "la restauración de todas las iglesias y la creación de muchas nuevas en los barrios alejados, sin contar los millares de casas particulares que se han levantando, tanto en la ciudad como en los suburbios y alrededores" (ídem: 38). Definió como suburbios "la Recoleta, el Barrio 11 de Septiembre, Barracas al Norte, y la Boca", preconizando su

futura incorporación: “Estos centros secundarios se población no están separados de la ciudad más que por algunos campos y casas de campaña, que pronto se encontrarán confundidos con ella, en tanto Buenos Aires, no teniendo ninguna muralla, se extiende incesantemente en todas direcciones” (ídem: 44).

Cual improntas inmersas en el área de quintas había pueblos, como el caso de Belgrano hacia el Norte que, como tantos otros, tuvo una profunda transformación “al toque de los rieles” como se decía en la época.[16] Cuando se lo “prefigura” como Barrio comienza a cumplir ciertas funciones para sus habitantes: desde el ocio y la recreación, por ejemplo con las carreras de caballos,[17] hasta el hecho de ser el lugar elegido para pasar la luna de miel.[18]

Incluso eran los ámbitos elegidos para experimentar algunas medidas, por ejemplo la prohibición de que se galope en sus calles y aplicar una multa a los infractores. “Belgrano no tiene tanta población como Buenos Aires, las calles suelen estar desocupadas todo el día y desiertas en la noche, pero aquella policía se está entrenando para cuando haya allí tanta población como aquí” [*CD*, t. I, Nº 45, 6/Nov/1864, 706-7 (Bruno, “La Semana”)].

En el *Manual del Río de la Plata* de 1868 de los Hermanos Mulhall se indicó el proyecto de establecer líneas de tranvía que circularían por la ciudad y la unirían con los suburbios.[19]

El mismo fenómeno se registró hacia el oeste de la ciudad, una vez que se contó con el ferrocarril “con itinerario de la ciudad a Flores y Morón”; estos pueblos se convirtieron en “lugares de recreo muy visitados por los porteños” (Burmeister, 1943: 95). La “prefiguración”, por ejemplo de Flores como barrio de la ciudad, se evidencia cuando en estos tradicionales ámbitos de quintas de recreación comenzó a radicarse una población estable, para la cual fueron surgiendo instituciones: en febrero de 1865 se inauguró en Flores un “hermoso edificio construido recientemente para escuela pública (...) Después de un breve y sentido discurso del Dr. Rawson, se declaró instalada la escuela de primeras letras de ambos sexos del pueblo de San José de Flores” [*CD*, t. II, Nº 58, 5/Feb/1865, 87-88 (M.R.G., “Inauguración y baile en Flores”)].

Hacia el sur de la ciudad se encontraban la Boca[20] y Barracas[21], que desde antaño se hallaban integrados a la ciudad por ser el área “portuaria” que tenía Buenos Aires en las márgenes del Riachuelo. Allí se desarrollaba una profusa actividad “industrial” para la exportación con “los principales saladeros, establecimientos

para la matanza de animales, salazón de sus cueros y derretimiento de sus sebos" (Latham, 1867: 8), predominando en su población italianos y vascos respectivamente.[22]

Para algunos viajeros como Thomas José Hutchinson (1865), su paisaje podía evocar ámbitos ficcionales como los de la ilustración del Muelle de Quilp en el cuento de Dickens "Old Curiosity Shop"; a Benjamín Vicuña Mackenna (1936) le hacía recordar puertos en el Misisipí, por su animación mercantil. En los *Random Sketches* (1868) se indicó que la primera impresión que se tenía era la de un pueblo "norteamericano", lo cual se desvanecía rápidamente por "los letreros españoles y los nombres de santos y de héroes italianos en los barcos".

Los procesos implicados en el Riachuelo por la presencia de los saladeros podían llegar a afectar a los habitantes de la ciudad: "El día de hoy ha venido a poner fin a los sofocantes calores que se sentían, pero ha llovido demasiado, y el Riachuelo, esa reunión de aguas perfumadas que tenemos hace tantos años, ha inundado la ciudad con sus agradables perfumes" [*CD*, t. III, Nº 124, 13/May/1866, 305-6 (s/f, "La Semana")].

La especulación comercial y la falta de controles adecuados recién empezaban a ser vistos como un problema sanitario preocupante. En 1867, con motivo de la epídemia de cólera de Río de Janeiro, la Municipalidad ordenó visitas domiciliarias de higiene. José María Cantilo se preguntaba acerca del Riachuelo "pues a fé que jamas ha estado tan terrible como ahora" [*CD*, t. IV, Nº 167, 10/Mar/1867, 180-1 (s/f., "Crónica")], lo cual solo implicaba un eslabón más en la larga cadena de reclamos a la Municipalidad.[23]

La "prefiguración" de barrios es una imagen que nos permite pensar en un proceso diferente: el de expansión de la ciudad. El ferrocarril al principio y luego el tranvía, fueron anexando a la ciudad suburbios y pueblos, esto es, ámbitos tradicionalmente de extramuro al núcleo urbano, lo cual implicó un fenómeno inverso al de fragmentación de dicho núcleo que prevalece en nuestro imaginario.

Notas

[1] Por pedido del Obispo Manuel Antonio de la Torre se logró (real cédula del 8 de julio de 1769) la creación de seis parroquias: San Nicolás, Socorro, Concepción, Monserrat,

La Piedad y La Catedral.

[2] En tiempos del Virrey Vértiz, y a los fines de llevar a cabo un empadronamiento ordenado por el Rey, se realizó una división en 6 cuarteles (1778). En 1790 la Real Audiencia, presidida por el Virrey Arredondo acordó dividir la ciudad en cuatro cuarteles nombrando alcaldes. Rápidamente se notó la insuficiencia de dicha división, por lo cual el Capitán Martin Boneo –Intendente de Policía– solicitó al Cabildo la subdivisión de la ciudad en 20 barrios, designándose un alcalde para cada uno de ellos.

[3] En el Libro Segundo "Gobierno de la Ciudad"; Título Sexto "Comunas"; artículos 127 al 131.

[4] José María Cantilo (1816-1872). Fue químico y boticario, y estando exiliado en Montevideo se vinculó al periodismo. De regreso a Buenos Aires fundó varios periódicos como *El Siglo*, *El Correo del Domingo* y *La Verdad*. Desempeñó diversos cargos públicos (diputado en varias ocasiones y Secretario de Gobierno en otras) destacándose, a los fines del trabajo, el haber sido el primer Secretario de la Municipalidad de Buenos Aires (1856-1859).

[5] Cita abreviada de: *Correo del Domingo*, tomo I, número 24, de fecha 12 de Junio de 1864, página 370, en el editorial "La Semana" firmado por Bruno (seudónimo de José María Cantilo).

[6] El doctor Juan María Gutiérrez en su artículo "Estadística bibliográfica de Buenos Aires correspondiente al año de 1863" (*La Revista de Buenos Aires*, Tomo I) señaló: "Hemos deseado obtener noticias sobre el número de libros extranjeros que se consumen entre nosotros; pero no hemos obtenido resultados satisfactorios (...) Como hasta ahora los libros no pagaban derechos al pasar por la Aduana, no han quedado consignados en los registros sino muy pocos hechos relativos a nuestro propósito" (p. 279).

[7] "Si no nos vamos a vivir a otra parte, en esta ciudad corremos riesgo de morir impensadamente. Los jinetes andan a escape, los carruajes disparan, los cargadores llenan las veredas con bultos encima, los albañiles no dejan paso por ellas ni á los enfermos; en la Bolsa hay una caballada, en las galerías del Cabildo grupos densos de gente afanada por ganar pleitos; por el muelle *no se puede pasar*, porque los changadores asaltan a la gente a fuerza de quererlas servir, los trenes de los caminos de fierro se obstruyen de pasajeros, en los hospitales no caben los enfermos! (...) Tanto estrépito, tanto atropello, tanto gentío en las calles, tanto organillo, tanta casa que se hace ó que se rehace, tanto aguador con campanilla, tantos gritos, tanto mendigo, tanto vestido de cola, tanta máquina, es para desear huir mil leguas de aquí. Prefiero el Paraguay con su solemne silencio, sus patriarcales costumbres, sus trajes que no siguen los figurines, sus sombreros y la linterna

en la mano, que esta babilonia, este infierno en que se ha convertido Buenos Aires. Probablemente me embarco en el primer vapor para la Asuncion" [*CD*, t. I, Nº 45, 6/Nov/64, 706-7 (Bruno, "La Semana")]. Argumentando posteriormente que "el aumento de la población condensada en la ciudad, ha producido la ventaja de que ya no haya donde vivir con el espacio que la hijiene requiere, y que los mendigos superabunden, y que centenares de muchachos entonen desde que Dios amanece los cánticos de lotería, y que otro centenar de arpistas, organistas con y sin monos ocupen las calles de sol á sol, dueños de la ciudad toda la noche si el negocio se presenta; y que haya barrios centrales que darian un capítulo á los Misterios de Paris y la yapa, barrios donde estan en escena constante hombres y mujeres de todos los paises del mundo, porque la inmigración que llega no es solamente de industriales sino que trae tambien su parte de industriosos en ramos de que no se ocupan los tratados de economía política, aunque suelen figurar en los cuadros estadísticos para señalar el grado de progreso de un pueblo, en sus hospitales y cárceles" [*CD*, t. II, Nº 60, 19/Feb/1865, 113-115 (Bruno, "La Semana")].

[8] "En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, sémi-tendero, sémicurial y sémi-aldea (...)".

[9] "El otro día no he podido ménos de detenerme un momento a gozar de la vista que ofrece una hermosa casa de la calle Cangallo [actual Presidente Juan Domingo Perón], entre Esmeralda y Suipacha, con su jardín y los frondosos arbustos del fondo. Estas bellezas no se encuentran sino en casas muy contadas del centro. El negocio hace estrecho todo; pronto se alquilará á tanto la pulgada de casa. Hay propietarios que piden un ojo de la cara por una vara de habitación. Está visto que dentro de muy poco tiempo las casas habitables, cómodas, modernas, elegantes, y con espacio para jardin, estarán en la parte que antes se llamaba suburbios y que se va convirtiendo en *villas*" [*CD*, t. I, Nº 11, 13/Mar/1864, 162 (Bruno, "La Semana")].

[10] Según el Censo Nacional de 1869 la ciudad de Buenos Aires contaba con 171.404 habitantes. Con una extensión de 2504 cuadras, presentaba un total de 19.309 viviendas clasificadas en: 86,38% de Azotea; 1,19% de Teja; 7,83% de Madera y 4,53% de Paja. El 88,7% de las viviendas era de una planta; el 10,3% de 2 plantas y el 0,9% de tres plantas.

[11]Estas apreciaciones son muy similares a las vertidas por Wilfredo Latham (1867): "Buenos Aires es una ciudad hermosa y grande (...) Es sorprendente el aumento de la extensión de la ciudad en estos últimos años; y el número de magníficas casas en ellos edificadas, de las cuales muchas merecen el nombre de palacios".

[12] “Hay pocas ciudades que han progresado tanto como Buenos Aires en los últimos diez años. En 1859 teníamos seis millas de ferrocarril; hoy en día tenemos 200 millas, en las líneas del Norte, del Sur, del Oeste y de la Ensenada. En 1859 había sólo una línea de barcos a vapor oceánicos; ahora hay siete líneas desde Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia y los Estados Unidos. En 1859 había sólo dos bancos, hoy hay cuatro. En 1859 la circulación de periódicos era de 3.000 por día; ésta ahora llega a 20.000. En 1859 la población era de 100.000, sólo la mitad de estimación actual. En 1859 no había una sola compañía de acciones ni una oficina de seguros inglesas en el país; hoy sería difícil numerarlas. En 1859 el número de inmigrantes era 4.700; ahora los [returns] muestran 30.000 per annum. En 1859 el negocio de la Oficina de Correos comprendía 400.000 cartas y papeles; hoy en día es casi 4.000.000. En 1859 los [revenues] de la Aduana eran alrededor de £200.000; ahora exceden los £2.000.000 esterlinas. El mismo crecimiento se observa en todas las ramas de la industria o de empresas” [Mulhall M.G. (y) E.T., 1869].

[13] “Morón que ha resucitado al toque de los rieles del camino de fierro, y que es un pueblo puesto a la moderna...” [*CD*, t. I, Nº 43, 23/Oct/1864, 674-5 (Bruno, “La Semana”)].

[14] “La huella de la red ferroviaria en la traza urbana de Buenos Aires constituyó un elemento de singular impacto, tanto por las formas de acceso como por las improntas edilicias, playas de maniobras, galpones, etc. La primera estación del ferrocarril estuvo ubicada frente al Parque de Artillería (en el actual emplazamiento del Teatro Colón), pero la más importante fue la Estación Central que servía de terminal a los trenes del norte y el sur y que estaba en el bajo sobre la calle Cangallo [actual Presidente Juan Domingo Perón], próxima a la Plaza de Mayo” (Gutiérrez, 1990).

[15] “Hace muy poco tiempo que ciertas mujeres nerviosas daban una prueba de mucho valor al pasar el puente del primer camino de fierro, en medio de exclamaciones que mostraban sus impresiones nuevas. Pero hoy muy pocas personas ha de haber que no hayan viajado en el *ferro*” [*CD*, t. III, Nº 108, 21/Ene/1866, 50-53 (Bruno “La Semana”)].

[16] “Oyese el silbato; el tren se pone en camino. Pasa el bosque de sauces de la ribera, pasa la Recoleta del opuesto lado, pasa Palermo en ruinas, y el tren sigue, sigue imperturbable, describiendo curvas suaves, llevando consigo trescientas ó cuatrocientas personas entregadas á la dirección del maquinista; y sigue, sigue hasta detenerse en Belgrano, el pueblo improvisado que surgió al impulso progresista de la época, y es hoy un Eden, un punto de reunión donde la belleza, la elegancia y la moda tienen sus

atractivos" [*CD*, t. I, Nº 10, 6/Mar/1864, 147 (Bruno, "La Semana")].

[17] "El domingo tuvieron lugar en Belgrano las anunciadas carreras de caballos. Fué un dia como para la diversion: mucho viento, muchísimo polvo. Siempre veo volver de las carreras a los aficionados calculo todo lo pierden en ropa; la que traen encima queda inútil. Asi mismo la fiesta mueve a mucha jente. Desde temprano no habia un carruaje ni un caballo de alquiler" [*CD*, t. I, Nº 45, 6/Nov/1864, 706-7 (Bruno, "La Semana")].

[18] "El pueblo de Belgrano se está convirtiendo en la mansion de los desposados; es el pueblo elejido para pasar las lunas de miel. En estos días se han trasladado allá los matrimonios de última data, y poco antes habían sido precedidos por una pareja que aun está bajo la influencia de la misma luna dulce. Debe ser encantador el pasar ese periodo de los gratos recuerdos en la agradable soledad del campo, en medio del canto de las aves, en una atmósfera perfumada, mudos testigos de juramentos renovados, lejos de la curiosidad de los indiferentes. Por ahí se asegura que dentro de poco Belgrano recibirá nuevos huéspedes bienaventurados, y que una de las joyerías de la calle de la Florida ha dado su continjente brillante, galante preparativo de un impaciente novio. Belgrano será pues desde esta primavera la mansion de los novios que llegan á puerto despues de la navegacion llena de incidentes que hay que hacer para poner el pié en esas riberas que tantas esperanzas realizan, pero donde tambien no escasean decepciones. Niñas, no dejeis de pensar en el pueblo de Belgrano" [*CD*, t. I, Nº 44, 30/Oct/1864, 690-1 (Bruno, "La Semana")].

[19] "1. Desde la Aduana, por la Calle Rivadavia, a la Plaza Once de Septiembre; 2. Desde Plaza Parque a Plaza Monserrat; 3. Desde la terminal de la Plaza Constitución a la Plaza 25 de Mayo; 4. Desde Plaza Libertad a Plaza Victoria; 5. Desde las Cinco Esquinas al pueblo de Belgrano".

[20] "Aparece adelante un bosque de mástiles (...). Entonces vemos las casas blancas de la Boca (del Riachuelo), la boca del mencionado riachuelo. Éste es un Estigio que necesita ser dragado, de 160 pies de ancho, un lento sumidero de barro negro, que muchas veces se pone rojo por el producto de una docena de Saladeros. El aire entonces huele a carne, podrida como también fresca; se pone pálido, se siente en el mar, pide un 'trago' y todos alrededor suyo declaran que la atmósfera es excepcionalmente saludable (...) La Boca es un suburbio donde trabajan muchos italianos, que se ocupan, como vemos, con negocios y astilleros (...) Alrededor de la Boca hay un llano pantanoso donde los aserraderos deben encaramarse en muelles y pilares; algunas de las construcciones de ayer son de ladrillo, pero las paredes se comban y agrietan. La Boca se conecta con Buenos Aires

con una rama del ferrocarril en el viejo buen estilo (...)" (Burton, 1870: 146).

[21] "Tierra adentro de la Boca están Las Barracas, los 'negocios' (para mercaderías para las casas), al norte y al sur; un poblado de alrededor del doble de tamaño de su vecino; y un conjunto de graneros y patios, presididos por una iglesia de dos torres (...) El una vez encantador arroyo está sucio con barro y menudencias y hay un terrible perfume a sebo y carne líquida, mezclado con la esencia de huesos calcinados. La población es evidentemente vasca y se requieren alambrados de hierro, como en Egipto, para repeler a las moscas, que rondan por las calles en miríadas. Hay comercio en Las Barracas, vemos una posada con una inscripción rusa y los mendigos no se limitan, como en la ciudad, a los sábados (...)" (Burton, 1870: 147).

[22] La viviendas eran precarias: "Una gran parte de las casas de madera de la Boca han desaparecido consumidas por las llamas de un incendio. El gobierno de la provincia movido de un sentimiento recomendable, ha acudido á aliviar las necesidades de algunas familias que mas han sufrido" [*CD*, t. III, Nº 151, 18/Nov/1866, 302-303 (s/f., "Crónica")].

[23] "Al fin alcanzamos los dias mas deliciosos del año, los de otoño. En estos dias es cuando mas notable se hace el clima de este pais. Si hubiera quien nos librase de la tierra que nos envuelve el menor soplo de viento, y quien nos exonerase del ambiente del Riachuelo y de los escapes de gas y de las exhalaciones de los mercados, seria esta ciudad un paraiso, aun cuando siga sin paseos públicos y sin otras ventajas de la civilizacion, de que tanto carecemos, aguas corrientes inclusive" [*CD*, t. IV, Nº 167, 10/Mar/1867, 180-1 (s/f., "Crónica")].

Bibliografía

-Burmeister, Dr. Hermann, *Viaje por los Estados del Plata con especial referencia a la constitución física y al estado de la cultura de la República Argentina realizado en los años 1857, 1858, 1859 y 1860*, Buenos Aires, Unión Germánica en la Argentina, 1943.

-Burton, Richard F., *Letters from the battle-fields of Paraguay*, London, Tinsley brothers, 1870.

-*CD*: *Correo del Domingo*. Periódico Literario Ilustrado (1864-1868), Buenos Aires, Imprenta del Siglo.

-Crawford, Robert, *Across the Pampas and the Andes*, London, Longmans, Green & Co., 1884.

-Cunninghame Graham, Robert B., *El Río de la Plata*, Londres, Wertheimer, 1914.

-Cunningham, Robert O., *Notes on the Natural History of the Strait of Magellan and West Coast of Patagonia made during the voyage of H. M. S. 'Nassau´ in the years 1866, 67, 68, & 69*, Edinburgh, Edmonston and Douglas, 1871.
-Gumbrecht, Hans Ulrich, *In 1926*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1997.
-Hadfield, William, *Brasil and the River Plate in 1868, showing the progress of those countries since the former visit in 1853*, London, Bates, Hendy and Co., 1869.
-Hinchliff, Thomas Woodbine, *South American Sketches; or a Visit to Rio de Janeiro, the Organ Mountains, La Plata and the Parana*, London, Longman, Roberts & Green, 1863.
-Hutchinson, Thomas José, *Buenos Aires and Argentine Gleanings: With extracts from a diary of Salado Exploration in 1862 and 1863*, London, Edward Stanford, 1865.
-Kern, Stephen, *The Culture of Time and Space 1880-1918*, Harvard University Press: Cambridge, Massachussetts, 1983.
-Latham, Wilfredo, *Los Estados del Río de la Plata, su industria y su comercio*, traducción de Luis V. Varela, Buenos Aires, Imprenta de La Tribuna, 1867.
-López, Lucio V., *La Gran Aldea*, Costumbres Bonaerenses, Buenos Aires, Imprenta Martín Biedma, 1884.
-Marx, Leo, *The Machine in the Garden*, New York, Oxford University Press, 1964.
-Moussy, Víctor Martín de, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, París, Firmin Didot frères, fils & Cie., 1864.
-Mulhall, Michel G. & Eduard T, *Manual de las Repúblicas del Plata*, Buenos Aires, The Standard, 1863 y 1869.
-Mulhall, Marion, *Between the Amazon and Andes or Ten Years of a Lady's Travels in the Pampas, Gran Chaco, Paraguay, and Matto Grosso*, London, Edward Stanford, 1881.
-Page, Thomas Jefferson, *La Plata, the Argentine Confederation, and Paraguay*, "Being a narrative of the exploration of the tributaries of the River La Plata and adjacent countries during the years 1853, '54, '55, and '56, under the orders of the United States Government", New York, Harpers & Brothers, 1859.
-Rickard, (Mayor) Francisco Ignacio, *Amining journey across the great Andes*; with explorations in the silver mining districts of the provinces of San Juan and Mendoza, and a journey across the Pampas to Buenos Ayres, London, Smith, Elder & Co., 1863.
-Ross Johnson, H. C., *A long vacation in the Argentine Alps*, London, Richard Bentley, 1868.

-Seymour, Richard Arthur, *Pioneering in the Pampas, or the First Four Years of a settler's Experience in the La Plata Camps*, London, Longman, Green and Co., 1869.
-Shaw, Arthur E., *Forty Years in the Argentine Republic*, London, Elkin Mathews, 1907.
-Sternberger, Dolf, *Panoramas du XIXe siècle*, París, Le Promeneur, 1974.
-Vicuña Mackenna, Benjamín, *La Argentina en el año 1855*, Buenos Aires, edición de la Revista Americana de Buenos Aires, 1936.

Spinetti

Dos miradas barriales: Borges, Martínez Estrada

Rafael E. J. Iglesia

Borges urbanista[1]

A la búsqueda de la ciudad vivida

Este trabajo, lectura de Buenos Aires a través de dos escritores (ambos poetas), es casi una pre-poética de Buenos Aires. Hay lecturas directas de la ciudad, a las que alude Henri Lefebvre (1976) cuando dice: "la ciudad se lee como un texto". Hay lecturas indirectas, leyendo lecturas de otros.

La Antropología practicó la primera: recordemos *El lenguaje silencioso* de Edward Hall. De la segunda manera hay un ejemplo notable: *La poética del espacio* de Gastón Bachelard. Mi estrategia es leer a los que leyeron.

Edward Hall se preguntaba: "¿Cuál sería el resultado si, en lugar de contemplar las imágenes del autor en cuanto convencionalismos literarios, las examináramos en cuanto sistemas muy elaborados de recordatorio, destinados a desatar los recuerdos del lector?".

Sin conocer la pregunta, Lorenzo Varela aconsejó: "Escucha a tus poetas, ciudad, habla tu pecho".

Rafael E. J. Iglesia

Profesor Consulto de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Director de la Carrera de Especialización en Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo (Escuela de Posgrado, FADU, UBA). Autor de numerosos trabajos y publicaciones en revistas especializadas. Miembro de la Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires.

Es casi imposible describir con palabras y totalmente la experiencia de un hecho urbano (Rossi, 1971). Sólo renunciando a la totalidad de la descripción se puede alcanzar la totalidad de una imagen. Digamos con Wilhelm Dilthey: “La base de toda verdadera poesía es, por consiguiente, la vivencia, la experiencia vivida, elementos anímicos de toda especie que entran en relación con ella. En tal relación pueden ser material directo para la creación del poeta todas las imágenes del mundo exterior” (Dilthey, 1961: 53).

Así busco imágenes de nuestro hábitat urbano.

Dice Christian Norgerg-Schulz (1984): “La poesía de hecho es capaz de concretar esas totalidades que elude la ciencia (...) La ciencia parte de lo dado, la poesía nos trae de regreso a las cosas concretas, descubriendo los significados inherentes a la vida en el mundo”.

Imaginar es un pensar intuitivo (Sartre, 1982). Es un pensar alimentado por la experiencia polidimensional. Cada sitio es experimentado como una realidad concreta y continua, de difícil recorte. Esta “unicidad” de la experiencia es el objeto de la comunicación de los artistas. Cada vez que mostramos fotografías y relatamos cosas sobre nuestra ciudad, o nuestra casa, o nuestra familia, estamos tratando de trasmitir una imagen a nuestro interlocutor. Dada su entramada complejidad, la integridad de esta imagen es intrasmisible. Hay riesgo de quedarse en la superficie o de caer en la caricatura. Aquí los poetas, los artistas en general (verbales o icónicos), llevan la ventaja. Instauran la ciudad y la urbe frente a nosotros, las recrean, las imaginan. Llegan, como diría Gadamer, del lenguaje poético al “lenguaje de las cosas”.

Los poetas son usuarios privilegiados de la ciudad: son sus habitantes y al mismo tiempo la gozan o padecen como la obra de arte que Lewis Mumford quería que fuese. Diferente del lenguaje digital de las estadísticas, la poesía es casi lenguaje analógico. Cuando el lector “revive” la experiencia, la poesía le concierne. El lector es ahora parte interesada y al participar en el júbilo de la creación, comparte la imagen con el poeta.

Los poetas ofrecen una “ontología directa”, una imagen súbita, “llamarada del ser en la imaginación” (Bachelard, 1975).

Como lo quería Sartre: un solo golpe imaginativo.

"El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido no en su positividad, sino en todas las parcialidades de la imaginación" (Bachelard, 1975: 128).
Esta vivencia no se basa en datos fijados con exactitud en el recuerdo, sino en aquellos que, prefijados inconscientemente, fluyen repentinamente en la memoria, y se expresan en una imagen.

"Ciudad, como extranjero te canto todavía
sin saber muchos nombres de tu fisonomía.
Vivo en ti, y si te canto es por convencimiento
(mas sin certificado de buen comportamiento)".
(Rafael Alberti)[2]

"Palabras, Buenos Aires, te recorro en palabras".
(Rafael Alberto Vázquez)[3]

"Me unía a la ciudad no una razón de azar
sino un destino mutuo de amantes en el tiempo.
La ciudad era aquello que yo había forjado.
Inútil evadirme de mi propia experiencia,
inútil pretender un ámbito más alto,
la ciudad era el eco de todos mis silencios,
la ciudad era el soplo material de mis actos".
(Osvaldo Rossler)[4]

Por esto Dilthey hablaba de la "animación enérgica de las imágenes" y de una "intención impregnada de sentimientos" (Dilthey, *op. cit.*: 62). Detrás de estas vivencias está el supuesto, compartido por muchos (entre ellos Lewis Mumford y Aldo Rossi), de que la ciudad (hábitat urbano) es una obra de arte, reconocida intuitivamente por los artistas y, según Rossi, "(...) siempre ligada a un lugar preciso, un lugar, un acontecimiento y una forma de la ciudad" (Rossi, *op. cit.*: 74).
El discurso poético instaura una imagen que luego genera acciones y

conductas ciudadanas. Por ejemplo: “Carriego descubrió los conventillos, Bartolomé Galíndez El Rosedal, yo las esquinas de Palermo (...)” (Jorge Luis Borges en “Para el Advenimiento de Ramón”, *Martín Fierro* N° 19).
El mismo Borges, quien escribió que la poesía piensa por medio de imágenes (y que el poeta debe ser leal a su imaginación), lo apercibe: “¡Qué lindo es ser habitadores de una ciudad que haya sido comentada por un gran verso! (...) La ciudad sigue a la espera de una poetización” (*El tamaño de mi esperanza*, 1925, “Invectiva contra el arrabalero”).

En otra parte (“Vanielocuencia”):
“La ciudad está en mí como un poema
que aún no he logrado detener en palabras”.
Confiesa en el prólogo (1969) de *Fervor de Buenos Aires*: “Yo (...) me propuse (...) cantar un Buenos Aires de casas bajas (...)”.
Más tarde dirá (“La fama”, *La cifra*, 1981) que su fama se debe (quizá) a:
“Haber visto crecer a Buenos Aires, crecer y declinar.
Recordar el patio de tierra y la parra, el zaguán y el aljibe”.
Sigo adelante. Además de su “Fundación mítica de Buenos Aires”, otras cinco veces Borges dio el nombre de Buenos Aires a alguno de sus poemas. Dos de ellos, en “El otro, el mismo” (1964) se llaman “Buenos Aires”, el tercero está en *Elogio de la sombra* (1969). El cuarto “Buenos Aires” figura en “Historia de la noche” (1977) y el quinto es de *La cifra* (1981).
Una psicoanalista porteña sostuvo que “El espacio en que vivimos, ese espacio Otro, esa tópica de lo imaginario que contiene todo el tesoro simbólico –el interior del cuerpo materno, escenario de infinitos amores, creaciones, luchas y muertes–, ese utópico lugar, que como vemos resulta ser heredero del interior de aquel otro, el primer amor prehistórico, según Freud, el inolvidable, familiar y siniestro, es ese espacio-escenario que en construcción permanente como producto de nuestra realidad física proyectada, llamamos ciudad” (Zak de Goldstein, 1994: 42).
Borges corrobora:
“No en vano fui engendrado en 1899. Mis hábitos regresan a aquel siglo y al anterior y he procurado no olvidar mis remotas y ya desdibujadas humanidades.
Antes, yo te buscaba en tus confines

Que lindan con la tarde y la llanura (...)
En la memoria de Palermo estabas (...)
Ahora estás en mí. Eres mi vaga
Suerte, esas cosas que la muerte apaga.
Y la ciudad, ahora, es como un plano
De mis humillaciones y fracasos (...).”

Lo que Dilthey y Bachelard aclararon para todos los poetas se cumple en Borges. Sin duda, como lo confirma la *Fundación mítica...*, el lugar de Borges es Buenos Aires y su evocación de “mi lugar” indica una exterioridad y una interioridad. Hacia allí apunta mi indagación. Encuentro:

“Te sentía
En los patios del Sur y en la creciente
Sombra que desdibuja lentamente
Su larga recta, al declinar el día”.

Claro ejemplo de “espacio vivido”. En él se encierra una “axiología espacial” (Sommers) rebelde a la razón cuantitativa de los métodos de indagación urbana habituales que no dan cuenta del “arte de habitar”.

Desde el espacio vivido el habitar es un acaecer conjunto del habitante, con su pasado, dimensión de la experiencia; su presente, dimensión de la acción y su futuro, dimensión de las expectativas, y el sitio habitado (con su pasado, lugar del recuerdo; su presente, lugar de las conductas y su futuro). El espacio del habitar no puede ser el “lugar de nada” o el “lugar de nadie”. Es una extensión donde “algo tiene lugar” o “algo puede tener lugar”.

Borges nos los dice:

“Desde esta puerta he visto los ocasos
y ante este mármol he aguardado en vano”.

¿Qué mármol? ¿A quién esperaba? ¿Con qué angustia?

Lo de mármol sugiere un banco o una estatua; por abducción, creo que esto delata una espera amorosa.

En su tercer “Buenos Aires” Borges se hace claramente la pregunta: “¿Qué será Buenos Aires?”.

Y nos da una larga respuesta conjetural. Menciona lugares: la Plaza de Mayo “a la que volvieron, después de haber guerreado en el continente, hombres cansados y felices”; la Recoleta (su paredón) “donde murió, ejecutado, uno de mis

mayores"; Dársena Sur, lugar de llegadas y partidas; la vereda de Quintana donde su padre, al ver las estrellas luego de un período de ceguera, lloró; una esquina de la calle Perú, donde un amigo –Julio C. Davobe– acusó a los hombres de engendrar hijos para el espanto; cierta esquina del Once, lugar del finado Macedonio.

Luego contesta recurriendo a sitios: la azotea, la vereda, el último patio; una "larga calle de casas bajas"; la habitación de la Biblioteca; la pieza adyacente; una "alta casa del sur", lugar de la traducción de Walt Whitman; la calle no pisada; el centro secreto de las manzanas; lo que ocultan las fachadas, una modesta librería; el barrio.

Y las cosas: un árbol que en la calle Junín da sombra y frescura; una puerta, donde esperó algo, inmóvil y en la oscuridad, diez días y diez noches; una estatua ecuestre; una espada; una divisa; un espejo paterno; una destrozada cara de Cristo. No sólo de lugares está hecho el habitar; también de habitantes. Borges sigue respondiendo con personajes: Elvira de Alvear; Norah Borges; una mujer que lo abandona; una mujer abandonada; Ricardo Lugones en su último viaje; Macedonio Fernández; un hipotético enemigo. Sin olvidar las sensaciones, cuyo recuento es magro: la ya mentada frescura vegetal; la larga espera; el abandono (ida y vuelta); el descubrimiento de la lengua sajona; una milonga silbada.

No quiere proseguir, "(...) esas cosas son demasiado individuales, son demasiado lo que son, para ser también Buenos Aires".

Y entonces piensa en otra Buenos Aires (la misma), que él no vivenció: "es la otra calle, la que no pisé nunca".

Buenos Aires es todo: "(...) lo que se ha perdido y lo que será, es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral, el barrio que no es tuyo ni mío, lo que ignoramos y queremos".

En *La cifra*, Buenos Aires "es otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires". La ve, al igual que en las descripciones anteriores, llena de recuerdos, de hierros de puerta cancel, de jazmines, aljibes, resolanas y siestas, un tercer patio de esclavos (no alcanzado), faroles y faroleros, el Almacén de la Figura, una divisa punzó, dos espadas, un bastón y Macedonio Fernández. Concluye: "En aquel Buenos Aires, yo sería un extraño".

No niega la calidad misma del espacio vivido urbano, su relación con nuestra vivencia:

“Aquí el incierto ayer y el hoy distinto
Me han deparado los comunes casos
De toda suerte humana; aquí mis pasos
Urden su incalculable laberinto”.

La ciudad borgeana es deambulatoria, hodológica. El poeta pasea por ella y la contempla apasionadamente sin arrebatos. Tan íntimo es su espacio, que no ve en él lo que vería un guía turístico: plazas, monumentos, mercados y avenidas. No están aquí los barrios de casitas y calles entremezcladas con la pampa de *Fervor de Buenos Aires*, que en 1964 son ya cosa del pasado. Vuelve, al fin, a la ciudad de su infancia, aquella que rememora en 1977, titulándola “Buenos Aires, 1899”, la fecha de su nacimiento.

“El aljibe (...)
Sobre el patio la vaga astronomía
Del niño.
El húmedo zaguán. La vieja casa”.

Otras cosas ve el poeta (y nos las hace ver a nosotros). Detrás de los colectivos y los autos, de los carteles publicitarios, de la prisa y la soledad de los que pasan,

“Aquí la tarde cenicienta espera
El fruto que le debe la mañana (...)”.

Volviendo a la visión psicoanalítica, el poeta redescubre su destino en este espacio.

“Aquí mi sombra en la no menos vana
Sombra final se perderá, ligera”.

Elías Canetti plantea una duda: ¿estas estetizaciones no ocultan o suplantan el encuentro directo con la muerte? Y, por lo tanto, no pueden revelar nada cierto. En tal caso, Borges estetiza una ciudad en la que no quiere ver (ni padecer) la barbarie de la modernización.

Vuelta al origen, satisfacción del deseo inalcanzable. La ciudad es así totalmente maternal. De allí ese extraño afecto:

“No nos une el amor sino el espanto;
Será por eso que la quiero tanto”.

A Buenos Aires, con fervor

Aldo Rossi ha dicho: “Todos los especialistas del estudio de la ciudad se han detenido ante la estructura de los hechos urbanos, declarando, sin embargo, que, además de los elementos catalogados, había *l’âme de la cité*; en otras palabras, había la calidad de los hechos urbanos” (Rossi, 1971).

Borges dijo: “Y sentí Buenos Aires...”.

Buscar el “alma de la ciudad” es tarea que se enmarca en la búsqueda de los imaginarios urbanos. Mi hipótesis es que en la poesía puede detectarse el habitar urbano. Sigo, como ya dije, a Dilthey y a Bachelard.

Se trata de unir ambos campos: el del espacio físico, conformado, natural y artificial; el de la “urbe” en fin, dura y única; con la “ciudad”, lugar las vivencias de sus ciudadanos poetas.

El urbanismo “clásico” carece aún de instrumentos suficientes para reconocer y explicar estos fenómenos culturales. Gregory Bateson ha demostrado que la lógica no modeliza ni las relaciones perceptivas ni las afectivas. Éstas se basan en algo que, contrariamente a la materia/energía, sí puede perderse: la información.

Así se generan varios problemas semiológicos: ¿Qué elementos sémicos constituyen la imagen? ¿A qué refieren? ¿Qué emociones, conductas o esquemas mentales connotan, denotan o inducen?

Por un lado tenemos al habitante (en nuestro caso, un poeta) y a los fenómenos. Tal es la sensación, la percepción, la explicación, la comprensión, la valoración (afectiva y otras), el mapeo o clasificación, la formación de imágenes, y la interacción de todos ellos. Por el otro, el espacio material con su extensión, su forma, su sustancialidad. Estos son los integrantes del concepto de “espacio vivido”, que se dan en la experiencia de manera indisociable. Marc Augé habla de “lugar antropológico”: “Por supuesto, el estatuto intelectual del lugar antropológico es ambiguo. No es sino la idea, parcialmente materializada, que se hacen aquellos que lo habitan de su relación con el territorio, con sus semejantes y con los otros. Esta idea puede ser parcial o mitificada. Varía según el lugar que cada uno ocupa y según su punto de vista. Sin embargo, propone e impone una serie de puntos de referencia que no son sin duda los de la armonía salvaje o del paraíso perdido, pero cuya ausencia, cuando desaparecen, no se colma fácilmente”.

Aplicando este rasero a *Fervor de Buenos Aires* (1923), hago una primera constatación: faltan referencias a territorios y sitios por entonces muy frecuentados en la literatura (desde la periodística a la tanguera), como el centro de la ciudad (para bien o para mal), las grandes avenidas –Callao, Santa Fe, de Mayo– y la Plaza de Mayo. Tampoco aparecen los elementos de la modernización urbana: automóviles, tranvías, subterráneos. Ni los grandes monumentos: el teatro Colón, el Congreso Nacional. En 1969, en el prólogo *ad hoc*, reconocerá: "En aquel tiempo buscaba los atardeceres, los arrabales y la desdicha; ahora, las mañanas, el centro y la serenidad".

En 1923, la de Borges es una urbe íntima, de recorridos peatonales. El momento preferido es la tarde. En 108 frases, la palabra aparece 21 veces, superada sólo por "calles" (23 veces), aventajando a "noche" (15 veces). Esta cercanía ya indica los horarios de Borges. Su ciudad y los patios se viven de la tardecita en adelante. Hay atardeceres y ponientes (seis veces mencionados) sobre y al final de las calles. Las tardes pueden ser serenas, sazonadas, bienhechoras, sutiles, claras y graves. Nichos de una imagen querida. De plata o mutiladas. La luz menguante, que cansa los colores, es compañera de la sombra creciente. El poniente exalta a las calles, tiraniza el camino, le duele a la tarde al mutilarla. Son

"Silenciosas batallas del ocaso
en arrabales últimos,
siempre antiguas derrotas de una guerra del cielo (...)".

Después de la tarde, la noche, furtiva y felina. Que puede ser universal, grandiosa y viva. La noche y los árboles nos llevan a la sombra (nueve veces citada); que puede ser benigna, cóncava o apacible. La ciudad borgeana es notablemente vespertina y nocturna. Estas tardes y noches son vividas en territorios barriales, casi familiares sino fuera por la soledad (cinco veces citada y que puede ser "poblada") que acompaña los pasos del poeta. No llegaremos, en la poesía de Borges, a la noche del centro, la noche cantada por el tango y admirada por los visitantes extranjeros. El amanecer es horrible, amenazante.

Armando Silva (1992) dijo, hablando de los imaginarios urbanos: "Territorio fue y sigue siendo un espacio donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que aquel nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos. Nombrar

el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo de una forma u otra, es darle entidad física que se conjuga, por supuesto, con el acto denominativo. Estos dos ejercicios, denominar y recorrer, han de evolucionar hacia la región llamada territorio, como entidad fundamental del microcosmos y la macrovisión".

Los territorios son espacios "para vivir allí", que se valoran según un delicado proceso de simbolización. Espacio habitado, el territorio es siempre identificado, utilizado, imaginado.

Los territorios y sitios de Borges son pocos y presentan una característica peculiar: muchos son ilimitados. La misma ciudad (o la urbe) se entrelaza con la llanura sin mostrar bordes definidos. Esta ciudad está hecha de manzanas (cuadriculadas, diferentes e iguales, monótonos recuerdos repetidos). Una sola vez dice ciudad (honda ciega). Repara esa parquedad con una declaración rotunda:

"Esta ciudad que yo creí mi pasado
es mi porvenir, mi presente (...)".

Tres veces (y le dedica un poema) nombra "arrabal" (de silencio, últimos, desmantelados). A veces son el lugar del tedio, pero son el lugar donde sintió a Buenos Aires. No hay registro de la experiencia de un centro, más bien los sitios que Borges menciona se infieren, por la adjetivación, lejanos o externos a un tácito centro.

Las calles son citadas 23 veces. Son calles abiertas como un ancho sueño, ignoradas, ajenas, ávidas, incómodas, de más afuera, ajenas de árboles, distantes, perdidas en la honda visión de cielo y llanura, de penumbra y ocaso, desplegadas como banderas, mediocres, taciturnas, abrumadas por la distancia, de turba, ajetreadas, desganadas, barriales, invisibles, habituales, enternecidas.

La dimensión emotiva salta al instante, en el primer verso:

"Las calles de Buenos Aires
ya son mi entraña".

Y la valorativa también:

"No las ávidas calles,
incómodas de turba y ajetreo,
sino las calles desganadas del barrio,
casi invisibles de habituales (...)".

Aquí la ecuación es simple, cercanas a la llanura y al cielo primigenios, menos urbe que naturaleza, las calles son también la patria.
Otra vez, luego de un temporal, son recuperada heredad. Él, que las lleva adentro, las crea diariamente a su manera:
"Yo soy el único espectador de esta calle;
si dejara de verla se moriría".
Piensa también, con temor, que
"(...) si esta numerosa Buenos Aires
no es más que un sueño (...)
necesita ser soñada sin descanso para existir".
Quizá por eso las apura buscando la tarde.
Nueve veces menciona a "la casa" (de mi infancia, austera).
Ocho veces nombra "patios" (frescos, cimentados en la tierra y en el cielo). Ellos son, en un poema memorable: "cielo encauzado (...) el declive por el cual se derrama el cielo en la casa".
El patio, mirador de las estrellas, es inseparable del aljibe, de la parra, del jazmín, de la madreselva y del zaguán, en cuya "amistad oscura es grato vivir".
Tres veces escribe "plazas" (hondas igualadoras de almas). Nombra a una: la plaza San Martín. Allí encuentra la tarde que buscaba callejeando. También encuentra la quietud y el sosiego. Conjetura la igualdad de la muerte y del sueño.
Nombra otros sitios habitables: una sala vacía (muebles de caoba y daguerrotipos, intentan vanamente mantener vivos los recuerdos refugiados en la infancia), alcobas (profundas), un dormitorio, lecho. Recuerda que en los sitios domésticos "se derrama la ternura". Sigue con cárcel, carnicería, lupanar (vil).
Las cosas urbanas, aparte de las ya citadas calles, manzanas, plazas y casas, son muy pocas para un poemario intencionadamente dedicado a la ciudad: zanjones, Recoleta, estatua, sepulcros (bellos), panteones, sitios, sala (severa), dormitorio, ventanas, puerto.
Según Amos Rapoport, la imagen se construye con una constelación conceptual que comprende tres áreas: la cognitiva (conocer algo); la afectiva (sentir y valorar algo); la conativa (hacer o proponer hacer algo).
En los poemas de Borges lo cognitivo es sutil y flaco: ocho citas son para las almas (solitarias, únicas ante Dios, preciosas); el cielo, una vez pavoroso, siempre

omnipresente. Siete veces dice “colores” (trémulos, blandos, pobres). Hay seis menciones a “árboles”, a cosas (heridas) y a espacio (pródigo). Cinco veces evoca al campo, y muy cerca a la tierra (viva, mojada), las paredes y paredones, al mármol (eterno), y a los pájaros (dormidos, últimos). Cuatro veces nombra a la espada, a los espejos, las estrellas (vacilantes, desparramadas), a las velas, a las hojas y a la luna (nueva y frágil), la muerte, el mundo y los zaguanes. Tres veces reconoce caminos, al mar (más que al ancho río que abraza a Buenos Aires, al que no nombra). Dos veces escribe aljibe (secreto), arena, mate curado, caoba, desierto, reja río, sol (último), temporal (unánime, aborrecible), farol (amarillo), hombres, luces (dispersas), mano, muchedumbre y espectador (único). Luego siguen, con modestas citas unitarias, referencias al reino vegetal: acacias, álamos, enredadera, parra, flor, bosque, pastito (precario), palmera, hiedra, rama, jacarandás, jazmín, madreselva (olorosos), sauzal, selva; todo una constelación que se demora más en lo natural que lo artificial. El segundo reino, el animal, no tiene tanto protagonismo: sangre, pie, carne (charra), cabeza de vaca, nido, paloma (ya mencioné a los pájaros). Lo natural se extiende hasta el tercer reino y los fenómenos meteorológicos: universo, horizonte, agua, primavera, cerros, piedras, brisa, remolinos, llanura, lluvia, médanos, sierras (ásperas), costa, médanos, leña. Restan las cosas hechas por el hombre: asfalto, piano, candelabro, hogueras, balaustradas, balcones (cerrados), bancos, candelabros, cencerros, relojes, lámpara, libro, cornisas, dintel, naipes, trofeo, encrucijadas, esfinge, oro, bandera, llaves. Quedan los elementos simbólicos: Dios, un Arcángel. Y los hombres: ocho veces habló de almas. Habló de hombres, y (dos veces) de muchedumbre. Dijo: yo, Tú, niñas, árabes, godos, hebreos sajones (no hay gringos o tanos, criollos o españoles), ciegos (dos veces), y una vez mencionó a pobres, mendigo, Walt Withman, Berkeley, Schopenhauer.

La ciudad bárbara: Ezequiel Martínez Estrada[5] y Buenos Aires

El análisis

Este trabajo, basado en *Radiografía de la pampa* y *La cabeza de Goliat*[6], es una interpretación entre muchas posibles, entre la “pluralidad de interpretaciones” de las que habla Raymond Aron y cuyos límites ha estudiado Umberto Eco.

No iré mucho más allá del discurso. Incursiono muy poco en un análisis de

enunciado, entendiéndolo como un discurso encuadrado en una "constelación" discursiva mayor, integrante de un sistema de discursos cada uno con su emisor, su destinatario y sus circunstancias de producción (Maingueneau, 1989). No enfatizo el análisis del texto, con intenciones lingüísticas o literarias, en un modo de "decir la ciudad". Menos aún historizo la producción del texto. Este ensayo se coloca, no sin incomodidad, entre los polos de lo real y lo pensado y lo vivido por Martínez Estrada; aunque aquí interesa más lo pensado que lo vivido, de todos modos origen de su pensamiento.

Ha habido, dijo Jacques Le Goff en 1977, un descuido de la historia de las representaciones culturales, de las "mentalidades" y de las ideologías. Recomendó una historia de lo imaginario, que trate "(...) al documento literario y el artístico como documentos históricos a título pleno, con la condición de respetar su especificidad (...)" (Le Goff, 1991: 13).

Allí puede inscribirse este trabajo, en una historia de las mentalidades o mejor aún, en la historia, también de larga duración, de los imaginarios colectivos urbanos. Es una indagación sobre la "imagen" de un fenómeno concreto: Buenos Aires (ciudad y urbe).

La de Martínez Estrada, es una imagen personal, en el nivel de los "acontecimientos" braudelianos, en un momento dado, de una ciudad dada. Los psicólogos indican que la imagen personal no sólo no es igual para todos, sino que cambia en cada persona según la situación problemática a la que se enfrenta.

Lo mío no es, en rigor, un ejercicio de hermenéutica, entendido como encontrar o develar la univocidad en un discurso multívoco (Ricoeur, 1990), o develar un sentido oculto por el propio texto. Así, como diría Paul Ricoeur, Martínez Estrada "llena de sentido un sensible".

Aquí uso su texto para construir un nuevo sentido, latente en el discurso original (y también en los signos urbanos y ciudadanos leídos por Martínez Estrada). Intento agregar sentido al irreductible texto original, colocándolo en un nuevo encuadre teórico del que nacen nuevos sentidos. "(…) No existe una interpretación única, mejor que todas las demás: única es sólo la obra, no la interpretación, que siempre es múltiple" (Givone, 1994).

Dos parámetros principales conforman este encuadre: la noción de "habitar"

(Doberti, 1992; Iglesia, 1993; Bollnow, 1969) y el concepto de “imaginario urbano”.

100 barrios porteños

En *La cabeza de Goliat* los barrios son citados genéricamente 32 veces y en total 126 veces.

El centro, Palermo y Recoleta aparecen como los barrios más referenciados, es decir, con mayor valor como espacios urbanos vividos.

El más nominado es Palermo, seguido por el puerto. El centro es citado 11 veces, 6 de ellas como *city*. Le siguen Barracas y Recoleta. Se nombran 21 barrios, de los cuales 3 son barrios de casas colectivas o económicas. Los suburbios, que para Martínez Estrada son los barrios porteños alejados, pero no fuera del ejido municipal, no parecen interesarle mucho.

Dentro de la gran isotopía planteada para la ciudad como un todo, a la que se vuelve una y otra vez, hay heterotopías parciales. Los barrios son, aunque homogéneos entre sí, distinguibles del centro y de los suburbios.

Martínez Estrada vive la ciudad en distintos territorios. Curiosamente, el centro, como tal, es poco mencionado. Habla más de la *city*, la que, dentro del ejido porteño, representa a la ciudad. Aunque el tango hizo del centro un topos (Gobello, 1991a, 1991b; Salas, 1986), Martínez Estrada no se preocupa por definirlo como un territorio[7] urbano. Sí se preocupa por las avenidas y las calles céntricas.

En el barrio residen las fuerzas telúricas. Como lo aseguran Carriego, Borges y las letras de tango[8] del momento, para él también el barrio es pampa, lo criollo.

Si comparamos textos tangueros (según la recopilación de Eduardo Romano), desde 1929 hasta 1941, aparecen coincidencias: el barrio es visto como algo del pasado, ya sea del pasado personal,[9] como del pasado urbano[10] (una ciudad anterior mejor). Pertenece a un “mundo bueno y puro del ayer”, del tango, bandoneón, suburbio, criollo. El barrio es “pobre” y sus elementos principales son: calles y callejones, asociados con el trabajo, risas, sol, niñez, amor primero, primera confesión, pebeta linda como una flor o luminosa como un sol, farol, gorrión, malevo, empedrao, tauras, cantores, broncas, entreveros, milonguitas, toldo de estrellas, madreselvas, blanca

casita, lucecita, calle en que nací, estrellas, ladrillo, esquina, buzón, fondín, luna, malevos, malvón, balcón, paredón, calesita. A los que sigue el patio, fiestas en los patios, guitarra, versos, cantar, proletario, perfume de diosma, orégano y clavel, parra fulera, viola dominguera, compadre, encargado, moza de veinte años, flor. Taita compadrón mata a otro "lunfardo" por la mina, tango, bailongo, churrascas.

De allí un enfrentamiento: "(...) el barrio contra la city, el barrio contra la ciudad, campo contra ciudad (...)" (Martínez Estrada, 1933: 246).

El barrio aparece como el centro territorial del orden cercano: lo cotidiano, familiar, vivible y controlable. Opuesto al "centro" de la ciudad, centro a su vez, del orden lejano, abstracto, dominante, inhabitable.

Cada barrio tiene su olor y su luz vespertina."Dentro de los barrios hay diferentes climas mucho más reducidos, por grupos de casas y por casas individuales (...)" (Martínez Estrada, 1940: 195).

Hay barrios ricos y barrios pobres (como ya señalé, el centro no es indicado como barrio).

Una primera observación nace de la solidaridad ciudadana. En los barrios ricos, tan mencionados por los visitantes extranjeros, no le interesan sus edificios, sino el comportamiento de los habitantes: "Los habitantes de las otras casas que tienen a la calle la comodidad y la pared, no levantan siquiera los visillos para ver qué ocurre (...) Penetramos por las calles de la Boca y estamos en otro país" (ídem: 70).

El norte es nuevo y el sur antiguo. El barrio norte es la Polis alta de los templos.

"El ocio señorial es la característica del norte, donde las magníficas mansiones que prosiguen su dominio latifundario salen hospitalariamente con sus alamedas al encuentro del transeúnte, según la vieja y noble costumbre española" (ídem: 86).

No hay antagonismo entre norte y sur, más bien convivencia de pobres con ricos. Sí hay antagonismo entre este y oeste. El oeste es llano y pampa, el este es de agua y de inmigrantes.

Al igual que Carriego, Arlt y Borges, su atención enfoca los barrios más modestos.

"Los barrios pobres están en comunicación con la gente que transita: nada

humano les es extraño. Los ruidos, el pregón de los vendedores ambulantes, los altercados y las canciones, entran y salen. Hay recíprocamente una especie de cuidado permanente de los que pasan por la calle, como el oído de las madres cuando los chicos han salido a jugar (...) Cualquier accidente o perturbación del tránsito agolpa a los inquilinos en las ventanas y las puertas" (ídem: 70).

Esto da cuenta de una estrecha relación entre la vivienda (espacio privado) y la calle (espacio público), muy bien cantada por el tango.

En los barrios más "acomodados", los del oeste, "(...) las casas de familia satisfecha dan a las calles cierta hospitalidad de patio. Los pequeños jardines que se exhiben como un primor de mujeres hacendosas, perfuman en la primavera (...) De modo que las calles entran a formar parte de la vida local como una propiedad colectiva que cada cual considera de su deber hermosear" (ídem: 72).

Detiene su mirada en los barrios especialmente hechos para los pobres de la baja clase media, tanto los de la Comisión Nacional de Casas Baratas, como los realizados para la Municipalidad por la Compañía Moderna de Construcciones. Las llama "casas colectivas".

"Es muy agradable transitar por las callejuelas de esos barrios (posiblemente se refiere a las 'casas baratas' construidas por la Municipalidad, que tienen calles nuevas abiertas a través de la antigua manzana) donde millares de familias conviven bajo un destino y ordenanzas idénticos (...) ligadas entre sí por leyes que escapan a toda comprensión humana. Los seres que habitan estas casitas ideales, con su jardincito al frente, pertenecen todos a una clase social, a un sueldo mínimo y a muy semejantes moiras (...). Así como las casas son semejantes, cuando no idénticas, las familias se parecen también entre sí por rasgos esenciales y hasta fisionómicos. A determinadas horas salen los esposos a sus ocupaciones; después las mujeres a sus menesteres; luego los chicos a sus colegios" (...). "No son familias colectivas, sino casas colectivas; la convivencia crea la contigüidad, no la amistad" (...) "Es my caro lo que se paga por sentir en la carne la forma dura y fría del destino, de la igualdad y de la comunidad" (ídem: 245-247).

En esta cita se mezcla una curiosa valoración de paz barrial y un dura

condena a una actitud o "disposición" habitacional burguesa que le molesta: la indiferencia de los ciudadanos por el vecino. Sólo en los barrios pobres encuentra urbanidad vecinal. A la noche los barrios se sumergen en el sosiego.

Hay otros territorios, más difusos (quizá los que Borges llamaba "las orillas").

"Del movimiento de la ciudad, la periferia rotativa es la más centrífuga y corre el riesgo de ser desprendida y arrojada al espacio" (ídem: 82).

Y así llega a los suburbios, de flaca mención. Como si Martínez Estrada respetara escrupulosamente el ejido municipal (aunque sale de él para visitar el Tigre).

En *Radiografía*... reseñó, como "ciudad flotante", el suburbio autoconstruido, hecho de "maderas y latas con charcas verdosas y basuras (...) desechos de la metrópoli" (Martínez Estrada, 1933: 270).

No pueden ser ciudad y no quieren ser soledad, son la ciudad y el campo a la vez. En esto hay plena coincidencia con Borges.

Rápida conclusión

Martínez Estrada no le reconoce a Buenos Aires la más elemental de las funciones urbanas: la de cobijo. Describe, sin rigurosidad antropológica, "prácticas espaciales urbanas porteñas". Es en el nivel de las actividades cotidianas donde aparece, sesgada, la función instrumental de la urbe, en tanto espacio para desarrollar actividades. Fragmentos que remiten a una relación muy especial, entre el ciudadano y su urbe. La gran función de la ciudad es la de mercado, las actividades predominantes son las del mercadeo: comprar y vender. Una función subsidiaria, subordinada a la primera es la de gobernar al país, subordinándolo a los intereses mercantiles de Buenos Aires.

En medio de una fuerte orientación ética, no queda claro si todo lo ciudadano y lo urbano es efecto de la organización social (la ciudad) o de la conformación espacial (la urbe). Aunque si observamos su nostalgia por la ciudad del siglo XIX, nuevamente aparece la modernización capitalista (tanto de la ciudad como de la urbe) como el factor desencadenante de

todos los males ocultos en una lejana génesis. Buenos Aires es una máquina de lucro, como puerto expoliador del interior del país, como mercado inmobiliario. No es una máquina de asociación organizada para mejorar los destinos de sus habitantes.

Notas

[1] Entre 1983 y 1985 escribí una serie de artículos ("La ciudad y sus sitios") en la Sección Arquitectura del diario *Clarín*, de Buenos Aires. Así inicié mis indagaciones sobre la Buenos Aires de Borges. Unos años después, por indicación madrileña de Antonio Fernández Alba, supe del que creo es, hasta hoy, el único trabajo publicado sobre el tema: *Borges y la arquitectura* (1989). Es una inteligente tesis doctoral de la argentina Cristina Grau. Tiene muchas similitudes con el mío, pero se diferencia que trata sobre todo el espacio imaginado por Borges y sólo dedica un capítulo a la Buenos Aires vivida por el escritor.

[2] "Centro" (1950), en Alberti (1979: 75).

[3] "Canto confidencial a Buenos Aires" (1964), en Salas (1968).

[4] Rossler (1944).

[5] Ezequiel Martínez Estrada (1895-1864) Nació en San José de la Esquina, provincia de Santa Fe. Publicó su primer libro de poemas en 1918. Desde 1933, a partir de *Radiografía de la pampa*, escribió numerosos ensayos. También escribió para teatro y publicó obras de ficción.

[6] *Radiografía de la pampa* se publicó en 1933 y *La cabeza de Goliat* en 1940. Aquí uso la ediciónes de Losada, 1953 y de la Editorial Nova, Buenos Aires, 1957, respectivamente.

[7] Territorio es el espacio vivido identificado en función de su situación cultural, (en el caso de los animales, en un sistema ecológico). Ejemplos: casa, calle, barrio, ciudad. El habitar territoriza al espacio, el "ser en" lo califica y podemos considerarlo como un conjunto coherente de sitios (Iglesia).

[8] "Criollita de mi pueblo, pebeta de mi barrio...", dice Alfredo Le Pera en "Golondrinas" (1934).

[9] Francisco García Jiménez: "Barrio pobre"; Luis César Amadori: "Madreselva"; Alfredo Le Pera: "Arrabal amargo", "El carrillón de la Merced", "Melodía del arrabal", "Mi

Buenos Aires querido", "Volver"; Cátulo Castillo: "Tinta Roja"; Enrique Cadícamo: "Vieja recova", "La casita de mis viejos", "Niebla del Riachuelo"; Enrique Santos Gaudino: "Barrio de Flores".

[10] Francisco García Jiménez: "Barrio pobre"; Luis César Amadori: "Madreselva"; Alfredo Le Pera: "Arrabal amargo"; Cátulo Castillo: "Tinta Roja"; "Música de calesita"; Homero Manzi: "Triste paica".

Referencias bibliográficas de "Borges urbanista"

-Alberti, Rafael, *Poemas de Punta del Este, Buenos Aires en tinta china*, Barcelona, Seix Barral, 1979.

-Augé, Marc, *Los no lugares*, Barcelona, Gedisa, 1993.

-Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

-Bateson, Gregory, *Espíritu y Naturaleza*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

-Canetti, Elías, *La provincia del hombre*, Barcelona, Taurus, 1982.

-Casullo, Nicolás, "Investigaciones culturales y pensamiento crítico", en *Sociedad*, N° 5, octubre 1994.

-Dilthey, Wilhelm (ed. orig. al. 1887), "La imaginación del poeta", en Dilthey, W., *Poética*, Buenos Aires, Losada, 1961.

-Grau, Cristina, *Borges y la arquitectura*, Madrid, Cátedra, 1989.

-Hall, Edward, *El lenguaje silencioso*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.

-Lefebvre, Henri, *El Derecho a la Ciudad*, Barcelona, Península, 1969.

-Norberg-Schulz, Christian, *Genius Loci. Towards a Phenomenology of Architecture*, New York, Rizzoli, 1984.

-Rapoport, Amos, *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, Gili, 1978.

-Rossi, Aldo, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gili, 1971.

-Rossler, Osvaldo, *Buenos Aires*, Buenos Aires, Taladriz, 1944.

-Salas, Horacio, *La poesía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Pleamar, 1968.

-Sartre, Jean-Paul, *Lo imaginario*, Buenos Aires, Losada, 1982.

-Silva, Armando, *Imaginarios Urbanos*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.

-Sommers, Robert, *Personal Space*, New York, Prentice-Hall, 1969.

-Zak De Goldstein, Raquel, en AA.VV., *Psicoanálisis en la Cultura*, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1994.

Referencias bibliográficas de "La ciudad bárbara: Ezequiel Martínez Estrada y Buenos Aires"

-Aron, Raymond, *Introducción a la filosofía de la historia*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1981.
-Bollnow, Otto Friedrich, *Hombre y Espacio*, Barcelona, Labor, 1969.
-Doberti, Roberto, "Fundamentos de una Teoría del Habitar", en *Imagen, texto y ciudad*, Buenos Aires, *Cuadernos del Posgrado 1*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo; Escuela de Posgrado, 1992.
-Eco, Umberto, *Los Límites de la Interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992.
-Givone, Sergio, "Interpretación y libertad", en Vattimo, G.; Ferraris, M., *Hermenéutica y racionalidad*, Bogotá, Norma, 1994.
-Gobello, José; Bossio, Jorge A., *Tangos y letristas 1*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1991.
— *Tangos y letristas 2*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1991.
-Iglesia, Rafael E. J., *Vivir e imaginar la ciudad*. Ed. Restringida, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, cátedra de Teoría del Habitar, 1993.
-Le Goff, Jacques, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1991.
-Maingueneau, Dominique, *Introducción a los métodos de análisis de discurso*, Buenos Aires, Hachette, 1989.
-Ricoeur, Paul, *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI, 1990.
-Romano, Eduardo, *Las letras del tango*, Rosario, Editorial Fundación Ross, 1991.
-Salas, Horacio, *El tango*, Buenos Aires, Planeta, 1986.

Repútase inmigrante, a todo extranjero jornalero, artesano, industrial, agricultor o profesor, que siendo menor de sesenta años, y acreditando su moralidad y sus aptitudes llegase como pasajero de segunda o tercera clase en una nave de inmigrantes con la intención de establecerse en la República Argentina.[1]

Inmigrantes aldeanos, moradores urbanos

Rita Molinos

Presentación

En la discusión de la idea de "barrio" como campo conceptual y problemático, el estudio de la radicación de inmigrantes en Buenos Aires propone una serie de cuestiones de tan indiscutible pertinencia como de difícil tratamiento. Presentamos aquí una serie de notas sobre la fase de la inmigración masiva, es decir, aquella comprendida desde finales de la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX.

Desde el punto de vista del habitar tanto el espacio urbano como el doméstico, el fenómeno migratorio puede ser profundizado según categorías cualitativas con el delineado de nuevas caracterizaciones. La peculiaridad central del fenómeno es la incorporación masiva a una gran urbe en construcción de grupos llegados con experiencias culturales inscriptas en un marco social rural, aldeano y de solidaridades "cara a cara". Es decir, una población sin tradiciones urbanas

Rita Molinos

Arquitecta. Profesora Adjunta de Historia de la Arquitectura I a III, FADU, UBA. Profesora Invitada de la New School University, Graduate Studies, NY. Investigadora del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario Buschiazzo", FADU, UBA. Autora de diversas publicaciones, entre ellas: Victorio Meano. La vida, la obra, la fama (en col. con Mario Sabugo, 2004).

insertándose activamente en una urbanización vertiginosa.

¿Cómo ven la ciudad los recién llegados? ¿Qué barrios conocen los inmigrantes? ¿Quiénes viven en los barrios? Son algunas de las preguntas de rigor.

Los trabajos de historia de la arquitectura popular tradicionalmente contemplaron la temática de la inmigración como referencia contextual sobre la base de datos demográficos globales o mediante alusiones a patrones de asentamiento delineados con extrema simplificación: el puerto, el Hotel de Inmigrantes, la llegada.[2] Los sucesivos conventillos y pensiones son los tópicos de las historias signadas por logros progresivos hasta la casa propia y sólida.[3]

El enfoque del barrio como campo permite observaciones a escalas diversas y cruces entre historias de grupos sociales, de familias, de generaciones; una historia de la cultura con referencia al espacio urbano.

En medio de la movilidad social potencialmente creciente y del vértigo urbanizador, el barrio es escenario de lo que se construye como una saga de larga cronología y no sin tropiezos, sin idas y vueltas, sin cambio de tácticas, sin esperas. Cada "casa propia" implica los tiempos de decisión del arraigo, de la conformación familiar, del pago financiado del lote, la vivienda precaria, la autoconstrucción, los cambios y crecimientos.

Nos acercamos, en caso de las sagas familiares, a materiales de tan complejo tratamiento como los archivos orales y las memorias biográficas. Como explica Cavallaro, "lo que es preciso tener en presente es que los datos biográficos, por sí solos, no hablan. Ellos, en otros términos, exigen una explicación que no es otra cosa que una interpretación; el investigador, por lo tanto, debe realizar un esfuerzo hermenéutico capaz de vincular la secuencia de las acciones humanas narradas con los acontecimientos histórico-sociales que las determinado".[4]

"Llegando al Carmen, alguna se reencontraba con el marido; otra con una hermana; otra con un grupo de primos: todas tenían un pariente o un conocido que no veían desde hacía años. Establecerse en el barrio quería decir, por lo tanto, restablecer una apretada trama de afectos y de vínculos interpersonales que el tiempo había congelado (...)".[5]

En las "historias de viviendas" de familias de inmigrantes se pueden registrar

los desplazamientos de los miembros de la familia extendida hasta esquematizar un mapa de sitios familiares y de paisanos.

Aspectos globales: crecimiento poblacional

El momento de máximo flujo migratorio europeo coincide con el período de mayor cambio en las ciudades americanas. De la cantidad de inmigrantes que llega a nuestro país, superior al de los casos de Brasil y Cuba, la mayor parte procede de los países del Mediterráneo y de Europa oriental. La ciudad de Buenos Aires es el puerto de desembarco, y de su actividad portuaria deriva también el crecimiento económico.[6]

"Entre 1881 y 1914, algo más de 4.200.000 personas arribaron a Buenos Aires. De entre ellos, los italianos eran alrededor de 2.000.000; los españoles, 1.400.000; los franceses, 170.000; los rusos 160.000". [7]

En este período, en un contexto de crecimiento económico, se ensanchan las áreas agrícolas nacionales, se extienden la red ferroviaria y se amplían las actividades secundarias y de servicios, con fuertes aportes de inversiones extranjeras.

La tercera parte de los inmigrantes que llegan al país arraigan en Buenos Aires, sitio de llegada y principal centro comercial y laboral. El crecimiento poblacional de Buenos Aires en ese momento es significativamente más acelerado que el de las ciudades portuarias europeas como, Marsella o Liverpool, y se asemeja al de Nueva York.[8]

La población de la ciudad crece de 187.126 habitantes[9] en 1869 a 2.415.142 en 1936, un 1191% en 67 años, con tasas anuales muy superiores a las del crecimiento de la población nacional.[10]

"En un contexto internacional comparativo, la Argentina atrajo mayor porcentaje de grupos familiares que viajaron en forma conjunta o la mayoría de las veces de manera separada, reuniéndose aquí, cuando las mujeres y niños alcanzaban a los hombres emigrados precedentemente (...) y tuvo índices de retorno más bajos que otros países americanos".[11]

En el modelo demográfico incide el cambio de comportamiento natalista: los inmigrantes que fundan familia detienen la tendencia de retroceso, característica del modo urbano. Crece la tasa de natalidad, entonces, por oleadas, pero el fenómeno no se sostiene en el tiempo como tendencia.

Censo	Población ciudad de Buenos Aires	Aumento desde 1869 (%)	Natalidad (‰)	Crecimiento absoluto período censal	Saldo migratorio en el crecimiento absoluto (%)
1869*	187.126	—	39.3	—	—
1887	433.375	131	36.7	34.176	86.7
1895	663.854	255	40.3	71.017	69.2
1904	950.891	408	34.4	146.347	49.1
1909	1.231.698	558	34.6	98.039	65.1
1914	1.575.814	742	32.1	126.192	63.4
1936	2.415.142	1191	16.9	405.331	51.8

*con la población de Flores y Belgrano sumadas (elaboración propia s/fuentes censales)

El aporte migratorio en el crecimiento es abrumador pero, además, cabe pensar en quiénes son los argentinos. La cantidad de extranjeros naturalizados no es relevante, pero los argentinos hijos de inmigrantes son un número muy importante y en los censos permanece englobado junto a los argentinos “criollos”. Amerita aún interpretaciones y lecturas.

Para 1936, uno de cada tres habitantes porteños es extranjero, proporción que venía siendo del 50% en casi todos los períodos anteriores.

Asentamiento de grupos migratorios

“Una calle de Buenos Aires en 1900: un puesto de zapatero catalán, una mercería francesa, en una obra, albañiles italianos, en la vereda vendedores ambulantes

sirios, al fondo, una iglesia rusa. Europa se dio cita a orillas del Río de la Plata. Todos los inmigrantes venidos a la Argentina a buscar fortuna, o más simplemente para no morirse de hambre, desembarcaron en Buenos Aires y allí permanecieron varias semanas o meses antes de llegar al interior. Muchos se quedaron en Buenos Aires definitivamente (...)".[12]

En esta cita de Bourdé encontramos una "instantánea imaginaria", un *collage* en el que reconocemos fragmentos ubicados en barrios distintos: la iglesia rusa de la calle Brasil o los vendedores ambulantes sirios del Bajo no son fácilmente trasladables al resto de los barrios reales.

Bourdé se pregunta: "¿Conservan los inmigrantes, al instalarse en Buenos Aires, las actitudes sociales de sus países de origen o las abandonan desde la primera generación?". En busca de respuesta, comenta de inmediato la dificultad de su estudio. Sobre la distribución en el espacio urbano, se interroga también sobre si habría un homogéneo grado de cohesión de los grupos nacionales, y de ser así, en qué medida elegirían una comunidad, un barrio u otro para instalarse y si aparecían *ghettos* nacionales. Su respuesta, de modo general se dirige sobre datos de fuentes censales, en donde no han contemplado unidades de origen menores, ni siquiera de escala regional dentro de los "grupos nacionales". El grupo nacional de los italianos, engloba a contingentes con poca cultura en común previa a la experiencia de emigrados transatlánticos. En *Sull´Oceano* (1889) Edmundo De Amicis ilustra sobre la experiencia vital entre la identidad de italianos percibida por primera vez a bordo y rumbo a América y la multiplicidad de las pequeñas patrias de origen. Así, en el trayecto mismo del barco, sucede el aprendizaje de la lengua común, el italiano, idioma de cuyo olvido dependerá en buena medida el éxito futuro.

Los propietarios de bienes inmuebles en los censos de 1887, 1895, 1909, registrados por circunscripción, están graficados[13] como proporción de propietarios por grupo nacional sobre el total de la población. Los gráficos sirven como índices de concentración.

Para 1895 el censo de las propiedades parece indicar la concentración de propietarios argentinos en Flores y para 1909 en Flores y Palermo, ya no el centro de la ciudad. Desde los 90 y hasta el Centenario, los criollos argentinos dejan de entender el centro como zona residencial. Las que fueron sus casas tradicionales ahora albergan otros destinos y se reconvierten los barrios centrales de la ciudad.

Los argentinos hijos de inmigrantes se reparten por toda la ciudad porque viven con sus padres extranjeros. En cambio, la concentración en localizaciones al norte parece indicar preferencias por parte de ingleses y alemanes, al sur y sudoeste los españoles, etc.

"A comienzos del siglo XX, el espacio urbano se reorganiza y especializa, se descompone en un mosaico de barrios nacionales".[14] La idea de Bourdé del espacio urbano como mosaico sería una interpretación de una realidad de compleja descripción... pero continúa: "Los criollos se **aíslan** en Flores y Palermo, los italianos en la Boca y en las 'Villas' de la periferia, los ingleses y los alemanes en Belgrano y en el centro, los españoles cerca de la estación Constitución, los franceses alrededor de Plaza San Martín, los sirio-libaneses cerca del puerto y los judíos rusos cerca de la estación Once". El aislamiento a modo de *ghetto* no es verificable para otros autores.[15]

Aislamiento y mosaico son términos contradictorios. Por la vía de la tendencia a la aislación, agrega Bourdé: "Cada comunidad tiende a concentrarse en un barrio para preservar su modo de vida, su lengua y sus tradiciones. Cada comunidad se distingue por su estructura, por edades, por la importancia variable de los hombres o las mujeres, de los jóvenes o los ancianos. Cada comunidad mantiene sus costumbres matrimoniales y practica, en distintos grados, el control de la natalidad. La sociedad urbana se organiza en micro-sociedades nacionales".[16]

Sin embargo, deja pendiente una línea de desarrollo posible a partir del planteo de pérdida de la continuidad de cierre microsocial para la segunda generación. Su desarrollo indicaría una sucesión y tal vez una periodización.

Movilidad e itinerario, dónde y cuándo

Tres etapas menciona Bourdé para los italianos. Una, boquense, a partir de una fundación como pueblo de pescadores inmigrantes en el siglo XIX, luego, otra, caracterizada por Balvanera (1870-1880, por fuera de los límites de la ciudad) y la más tardía, por el 1900, la de los barrios de construcción más reciente, más alejados del centro: Almagro, Caballito, Chacarita, Villa Devoto, Villa Mazzini, Villa Lugano. Si, como dice, "la introducción italiana, la más densa, sigue los ritmos de urbanización", no se trata entonces de migraciones urbanas, sino de

nuevas presencias en también nuevos territorios disponibles.

Con escaso desfasaje cronológico con respecto al de los italianos, el ciclo de la inmigración española no es ajeno a esa experiencia de extensión en barrios nuevos.

Bourdé menciona: “Al comienzo, los españoles se instalaron en la periferia sur, en Barracas y San Cristóbal. A fines del siglo XIX, se instalan en el centro (...). Un barrio con mayoría de españoles se organiza alrededor de la estación Constitución con prolongaciones hacia San Telmo, en dirección al puerto y hacia Barracas, en dirección del Riachuelo”.

Scobie describe con pocas variantes el mismo fenómeno; los italianos deslizándose hacia los barrios del noroeste con mayor decisión que los españoles,[17] asegurando que “el factor étnico constituía un rasgo de los barrios”.[18]

La definición de barrio y vecindario; el comportamiento y etapas de la vida de los inmigrantes –vivienda, trabajo, religión y sociabilidad– confluyen sin embargo en su hipótesis acerca de un corte hacia 1910. Arriesga que “nuevas fuerzas, una educación más amplia, la creciente variedad de ocupaciones, mejores transportes, las grandes tiendas céntricas y las diversiones populares, alejaron a la gente del barrio” y que “todo sugería que el barrio estaba perdiendo algo de su gravitación en la vida de los porteños”.[19] Pareciera anunciar la posibilidad de que en el futuro próximo (el período de mayor inmigración para el sector hispano) los dispositivos metropolitanos y barriales podrían hacer desaparecer esos rasgos de fuerte factor étnico.[20]

Estudios sobre cadenas migratorias, laborales y asentamientos sugieren dentro de las estrategias de lazos sociales, una distribución de cercanías con una escala urbana concentrada en extensiones de pocas cuadras. “Los italianos residentes en los distritos alejados como la Boca, Barracas, Villa Devoto, Belgrano o Caballito se resistían a viajar diez o más kilómetros para participar en las actividades de la sociedad de ayuda mutua. Es así que crearon nuevas sociedades de barrio en la zona en que vivían”.[21]

“A nivel de ciudad , la distribución de los italianos en Buenos Aires era bastante uniforme, mientras que sus compatriotas de New York se concentraron en unas pocas áreas (...) se agruparon de acuerdo a los vínculos basados en el pueblo y, en menor grado, la provincia o región de origen”.[22]

Relacionando grupos, cadenas migratorias y de asentamiento advierte

Gandolfo que “(...) si nos detenemos en la composición de cada manzana, el barrio nos aparece más bien como la **piel de un jaguar**; hay manzanas donde se concentran los ricos argentinos; otras donde más numerosos son los jornaleros y los vendedores ambulantes recién llegados; otras, en fin, donde hay una mayoría de familias enteramente argentinas. Dentro del barrio del Carmen se vislumbra otro barrio, un archipiélago de manzanas en las que los agnoneses (y en general los abruzzos) son particularmente numerosos. Como el censo no pedía a los extranjeros que declararan su lugar de nacimiento, es difícil detectar el origen étnico de cada familia inmigrante (...)”.[23]

Para el reconocimiento de la presencia de grupos por territorio, los registros industriales y comerciales continúan siendo fuentes para nuevos estudios.

Hogares en la urbe cosmopolita

En busca de las percepciones sobre territorio en el discurso de los inmigrantes encontramos varios pares de ideas. Cada idea –según se observa en diversos testimonios– puede contaminarse con la valencia de la opuesta. La perspectiva sentimental afecta a la percepción: origen y destino, concentración y dispersión, centro y límites.

También, como ha propuesto Silva, para el imaginario urbano “el territorio no es mapa sino croquis (...) una lista de sentidos contrapuestos, como ejes metafóricos (...) dentro de ellos, la ciudad no sólo significa sino que se ritualiza estableciendo distintas mediaciones”.[24]

La mayor parte de las sociedades étnicas se convocan a partir del reconocimiento del origen común, de base comarcal de rango variable: refieren a un “centro” del que se ha partido.[25] Para los gallegos en Buenos Aires hemos registrado centenares de sociedades. La cantidad guarda relación con el altísimo número de entidades de población de Galicia, la ubicación física relativa y los procesos de comunicación y formación de las cadenas migratorias.

“Reúnense cinco, diez, veinte, cuarenta individuos; alquilan una o dos habitaciones; consiguen socios; hacen un reglamento; constituyen una junta; comunícanla a los periódicos y ya se halla establecida una congregación

que no tiene por fin sino el dar mensualmente, o cuando es posible, y en un local también alquilado, representaciones dramáticas por aficionados, entre las cuales se 'comete' a veces la ejecución de 'números de música' y cuyas fiestas concluyen indispensablemente con un baile. Así son sin excepciones, las sociedades conocidas por recreativas" (Castro López, Manuel, en *El Eco de Galicia*, N° 337, 1901).

"(...) **casa propia** y en la Capital Federal, hecho auspicioso y largamente acariciado que marca un galón en el progreso siempre creciente de nuestra institución (...) en su propio **hogar** a todos los miñoranos **diseminados** por esta gran **ciudad**" (en "Hogar Miñorano", *Miñor*, año VI, Nº 16, setiembre de 1941).

El párrafo de la segunda cita da cuenta de al menos dos cuestiones centrales que aparecen con relación a los inmigrantes en la ciudad: la de la "diseminación" o dispersión percibida como problema y la del "hogar" como concreción reparadora.

Los objetos, los documentos, los edificios y sus historias dan testimonio tanto de las estrategias sociales de grupos de pequeña base territorial de origen (parroquia, aldea o conjuntos de ellas), como de la percepción de su ubicación relativa dentro de contextos propios, barriales y urbanos. Actas de sociedades, memorias y publicaciones institucionales con valor como patrimonio cultural en leyes europeas recientes.[26]

Buena parte de los archivos documentales de las asociaciones étnicas ha corrido una suerte adherida al destino de sus protagonistas iniciales. Otra parte no ha podido emerger de la disolución o reagrupamiento en sociedades más generales. En la actualidad, sin embargo, perduran instituciones que se han tornado sedes de encuentro, por un lado, más abierto en lo "étnico" (clubes de barrio) y, por otro, con mayor permeabilidad en sus programas de actividades aun con vecinos no socios.

Centro, círculo, hogar o casal son formas de organización social que se asientan en el territorio de Buenos Aires, según estrategias de distintas escalas. Con participación activa de los socios en grado diverso y también distinta repercusión y reconocimiento de la sociedad receptora. Desde la aldea a la región se suceden programas de celebraciones con la recreación del ritmo parroquial de paisanos hasta otras fiestas más formales,

convocantes. Y desde pequeñas habitaciones prestadas o alquiladas hasta edificios de notable arquitectura.

Espacios y mapas

La referencia geográfica e interpretación simbólica de las sucesivas ubicaciones y desplazamientos de las sedes previas a la "casa propia" –el hogar recreado– y de los sitios en los que periódicamente celebran fiestas nos permiten hablar de itinerario en tanto registro del desplazamiento del grupo en el espacio urbano.

Hemos presentado –para el caso de los gallegos– la idea de que la sumatoria del itinerario de asociaciones y las relaciones inter-sociedades construirían sino demarcaciones de territorio barrial, al menos zonas de galleguidad. Esto lleva a particularizar los sitios gallegos, "despegados" de la habitual generalización referida a los migrantes de origen hispano.[27]

Hablamos de itinerario y de territorio, seleccionando dos términos que señalan aspectos diferentes pero que resultan complementarios: moverse y asentarse, acciones que se orientarían según el actor desde lo individual a lo institucional.[28]

"El Centro Gallego es una gran familia cuyos individuos, **dispersos** por toda la ciudad de Buenos Aires y pueblos circunvecinos, se han congregado en un solo haz espiritual con fines patrióticos y mutualistas (...)" (en *Boletín Oficial del Centro Gallego*, Año 1, Nº 1, 1913).

"(...) para el caso de una población tan tradicionalmente **diseminada** como la gallega, la **concentración** de hasta 200.000 coterráneos en una misma ciudad ofrecía unas posibilidades hasta entonces inimaginadas en Galicia (...)".[29]

Los mapas según datos de fuentes censales ubican pobladores o propietarios. Tienden a dar cuenta de patrones de asentamiento. El registro de lo que llamamos itinerario iluminaría acerca de la movilidad.

Un caso: el Hogar Miñorano en Floresta

"El proceso migratorio puede ser mejor estudiado en pequeña escala, a nivel de individuos, familias, redes de parentesco y aldeas o conglomerados

de aldeas (...) la inmigración se conoce mejor en su totalidad, incluyendo el marco de referencia del viejo mundo así como la evolución de la situación en la nueva sociedad".[30]

Los vallemiñoranos son nacidos en las tierras que atraviesa el río Miñor en territorio vigués de la provincia de Pontevedra. Los ayuntamientos de Bayona, Nigrán y Gondomar agrupan 22 parroquias en su conjunto.[31] Los grupos Vallemiñoranos (asociados en la ciudad de Buenos Aires desde 1909) presentan una situación especial con respecto al uso y destino actual de sus fuentes documentales, ya que no se han remitido al ayuntamiento o parroquia de origen de sus fundadores: los documentos que mencionan los sucesivos escenarios y problemas permanecen en la sede de Rafaela 4836/ 40, Floresta. El edificio es una ex casaquinta devenida en edificio con rasgos de creciente carácter hispánico y que alberga un escudo-mural en piedra de los tres ayuntamientos originarios del grupo fundador.

"Para muchos emigrantes que hasta su llegada a Buenos Aires, Montevideo o La Habana apenas conocerían otro espacio que el de su aldea y concejo, la manera más inmediata de reproducir su identidad colectiva era juntarse con los de su parroquia, en su mayoría antiguos convecinos o parientes más o menos allegados, que vinculaban el existente, aunque diluido, sentimiento de patria (española, la mayor parte de las veces) con los más concretos de región o comunidad étnica, y finalmente el más definidor, el de patria chica".[32]

Entre los puertos de origen y de destino, una red social de ayuda no formal, de comunicación (y de doble difusión para el interior de sendos territorios) se arma y tiene protagonistas de alto perfil de acción en los dos escenarios.[33]

En 1909 fundan en A Ramallosa la Escuela Hispanoamericana Pro Valle, en casa alquilada que algunos años más tarde se trasladará a un edificio construido para tal fin de acuerdo "con los adelantos de la ciencia pedagógica". En 1912, el principal promotor viaja, recién concretada la compra del terreno, de Buenos Aires a Galicia para inspeccionar las obras del edificio.[34]

En 1928, veintitrés miembros de la UHAVM (Unión Hispanoamericana Valle Miñor), en su mayoría bayoneses, se desprenden y fundan el Centro Ayuntamiento de Bayona, en el comercio de los señores Antonio González

e hijos (*Joya*, “La Casa de los Hilos”, en Lima 126-130). El 1º de enero de 1934 cambian el nombre por Círculo Social del Municipio de Bayona, Gondomar y Nigrán (Valle Miñor) “para reunir a todos los hijos de las tierras de Miñor, en un mismo hogar” [35] y la Secretaría se muda de Alsina 1713 a “un local más cómodo” y poco después a Belgrano 1922. En este período comienza a manifestarse la necesidad de tener una casa propia, un hogar miñorano donde tuvieran cabida el deporte y la mutualidad.

La mayor parte de las asociaciones gallegas en Buenos Aires surge en un territorio que va desde las manzanas vecinas a la parroquia de la Concepción, al Noroeste de San Telmo (con eje, por cantidad de sedes, en la calle Chacabuco) hasta la de Monserrat (con más sedes sobre arterias E-O: Belgrano, Venezuela, México y Moreno). Coinciden en el mismo ámbito otros edificios y comercios de connacionales e instituciones de carácter español.[36]

Ninguna nace con residencia en edificio propio. Cuando alcanzan la etapa más estable en lo que a sede se refiere, se concentran en otro sector, más al oeste, encontrando un centro geométrico en Entre Ríos y Belgrano, y siendo esta última avenida definitivamente de fuerte axialidad como decumano simbólico.[37]

Ese desplazamiento hacia al oeste se acompaña con la presencia de una gran cantidad de comercios gastronómicos y hoteleros de la colectividad en Balvanera. En la década del 40 se suman otras agrupaciones y el mítico hogar del exilio de Castelao, quien vive en Belgrano 2605 de esta Galicia Ideal (según su propia definición), sobre ese decumano gallego porteño trabaja intensamente en el Centro Orensano de Belgrano 2186, y muere en 1950 para toda Galicia en el Centro Gallego de Belgrano 2199. El cortejo de homenaje fúnebre parte de ese sitio rumbo al Panteón del Centro Gallego de Buenos Aires en el Cementerio de la Chacarita con pomposo desfile por la misma avenida.

En junio de 1934 (Acta 159), entre una y otra mudanza, los de Valle Miñor registran dos discusiones vinculadas: una es si deben buscar una casa grande, en donde se puedan dar bailes, o si deben procurar una casa chica, como secretaría exclusivamente. Otro problema es si deben buscar un alquiler en Flores o en el centro. (Algo con comodidades en Flores, o algo cercano

para las reuniones de la comisión, en el centro).[38]

En otra discusión de comisión directiva se revisan los límites de la zona preferible: una moción propone Avda. Belgrano-Once-Avda. Corrientes-Florida. El primer número de la revista *Miñor* aparece, en sincronía con este salto en las decisiones de la Asociación, en marzo de 1934. En el espacio de sus páginas muestra logros "americanos" en el suelo natal. Ya no producto del esfuerzo colectivo, sino de individuos cercanos a la dirigencia de la sociedad. También ilustra sus joyas patrimoniales: ancestrales edificios o recientes orgullos arquitectónicos (Templo del arquitecto Antonio Palacios, de éxito en Madrid) y cuenta con la reproducción fotográfica de los eventos porteños: cuatro o cinco grandes fiestas que ocupan buena parte de la energía y los fondos institucionales año a año.

La Secretaría se muda nuevamente a Jujuy 442 en 1937 y en 1939, a Ramón L. Falcón 2943. Recién en 1941 se adquiere la finca de Rafaela 4836/40, con pronta inauguración. En Buenos Aires de los años 40 habitan más gallegos que en La Coruña o Vigo. Entre la sucesión de acomodamientos por barrios y suburbios se acumulan experiencias, algunas efímeras, que suponemos resignificadas en la constitución de una tradición propia.

Hasta fines de la década del 30, los movimientos son similares a los de otras sociedades gallegas. Las sedes sucesivas hasta la casa propia tienen alguna relación domiciliaria con un miembro de la conducción. El Hogar Miñorano pertenece luego a un subgrupo menor: el de las asociaciones que se alejan del centro cuando concretan la casa propia.[39]

En los registros de incorporación de socios, y teniendo en cuenta las renuncias y los fallecimientos que se registran en los libros de actas de la comisión directiva de Círculo Social del Municipio de Bayona, Gondomar y Nigrán (Valle Miñor), se observa que el número de asociados no pasa de la centena, que buena parte de ellos tiene domicilio en esquina, que en buena medida son titulares o socios de un comercio y que en las campañas pro asociación, los nuevos miembros suelen ser empleados o socios comerciales de los directivos de la sociedad.[40]

"(...) punto de recreo y descanso frente al tráfago diario y la cumbre de nuestros sentimientos y cariño para todo lo que sea argentino, miñorano,

sus descendientes o amistades" (Miguel Barcia, "¡Hogar Miñorano!", en *Miñor*, año VI, Nº 16, setiembre de 1941).

Se percibe un notable aumento societario cuando se concreta la compra de la casa, con la incorporación de los conjuntos familiares y de paisanos. Entre la sociedad inicial y esta otra han cambiado varias cosas. Las mujeres han aparecido con contribución activa en los eventos y aparecen también más socios nacidos en Buenos Aires, hijos de emigrantes y otros con apellido de otro origen, como J. Minazzoli por lazos conyugales exogámicos. Los niños en las fotos de la revista no son los aldeanos del Val como en 1910, sino argentinos.

En las *Actas* se mencionan contactos bastante frecuentes en distintos sitios de la ciudad con "sociedades hermanas" (Unión Hispano Americana de Valle Miñor, también "sociedad madre" o la de Vincios, parroquia en Gondomar) y con una frecuencia menor la solidaridad benéfica o festiva los acerca a otras agrupaciones hispánicas.

Cada fiesta toma su lugar, conformando una serie de escenarios acostumbrados año tras año pero con la continua evaluación de las conveniencias económicas. No dudan en "salir" del ámbito comarcal y hasta de lo regional cuando les resulta conveniente festejar en salones como Lago di Como, o Unione e Benevolenza.

Durante la década del 30 celebran cuatro o cinco fiestas anuales: dos campestres y dos o tres urbanas, de veladas artísticas y danzantes, una a continuación de la Asamblea anual. Las campestres, preferiblemente costeras. Los saldos económicos frecuentemente negativos de las veladas urbanas hacen reconocer la urgencia del Hogar propio, en donde además los festejos se puedan dar de modo "más económico y más miñorano".

Una serie de documentos gráficos reproducen las dudas, deseos y costumbres de estos miñoranos: viñetas que a modo de letra capital el secretario inserta al comienzo de cada acta de comisión directiva a lo largo de 1941. Aparece ilustrado el dilema acerca de cómo habrá de ser la futura sede; si una casa en la ciudad o si un campo con sitio para bolos y romerías. Registra también una colección de costumbres (bailes tradicionales gallegos en escena de fiesta campestre, un difícilmente explicable gaucho mateando y la excursión al Delta en vapor). El secretario iluminador incluye una

imagen del frente del Hogar Miñorano soñado, y esa viñeta prefigura los rasgos de la fachada –reformas mediante– de la actual casa en Floresta.

Notas

[1] Ley del 19 de octubre de 1876.

[2] Jorge Ochoa de Eguileor y Eduardo Valdés (1991: 153-202), reúne una descripción de hoteles de inmigrantes.

[3] Francis Korn (1999: 103-104).

[4] Renato Cavallaro (1985).

[5] Romolo Gandolfo (1999).

[6] Guy Bourdé (1977: 45-59).

[7] "La curva de la emigración muestra dos prolongadas fases de expansión cortadas por la crisis del 90 y sus secuelas temporales. En la segunda de las fases, la Argentina recibió en este período, como indicamos precedentemente, un aluvión inmigratorio inferior al de los Estados Unidos pero superior al de Canadá y Brasil" (Devoto, 2003: 247).

[8] El paralelo con NY en el modelo de crecimiento poblacional no es extensivo, sin embargo, a las estrategias de grupos migratorios (Baily, 1998: 57-65). También en Devoto (2003: 249), "la conclusión a que se puede llegar es el destino argentino entre los migrantes del Mediterráneo parece haber sido preferido por grupos con un horizonte de migración de más largo plazo, que podían priorizar el tener mejores empleos y vivir en una sociedad que para ellos era menos discriminatoria y/o con menor distancia lingüística, mientras que Estados Unidos (o Cuba) eran escogidos en mayor número por personas que desarrollaban muchas veces tareas adventicias, esperaban retornar pronto (...)".

[9] 177.787 sin anexar Flores y Belgrano, fuera del término municipal. Bourdé calcula entonces sobre esa base en un 1358% el crecimiento en esos 67 años.

[10] Una vez y media mayor que la nacional entre 1869 y 1914, luego en el nivel medio de la región litoral en su conjunto (Bourdé, 1977: 143).

[11] Fernando Devoto (2003: 248).

[12] Guy Bourdé (*op. cit.*: 121).

[13] Guy Bourdé (ídem: 172, Gráfico XVIII, Distribución por barrio de los grupos nacionales).

[14] Guy Bourdé (ídem: 174).

[15] Francis Korn (1974).

[16] Guy Bourdé (*op. cit.*: 175).

[17] James Scobie (1977: 257), "Los extranjeros parecen haberse concentrado principalmente en las zonas céntricas, con notable porcentaje de españoles en los distritos 12,13 y 14, franceses en los distritos 14 y 20, judíos rusos en los distritos 9 y 11, e italianos en los distritos 4 y 10".

[18] James Scobie (ídem: 257).

[19] James Scobie (ídem: 265-266).

[20] Emigración gallega a Buenos Aires para este período (en Molinos, 2000: 5-8).

[21] Samuel Baily (1982: 493).

[22] Samuel Baily, Samuel (1985, 43).

[23] Romolo Gandolfo (*op. cit.*: 73).

[24] Armando Silva. Para este autor, la ciudad "(...) es un escenario del lenguaje, de evocaciones y sueños, de imágenes, de variadas escrituras (...) un objeto opaco y polimorfo y los escenarios urbanos (...) [son] lugares de constitución de lo simbólico". El territorio "fue y sigue siendo un espacio donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro (...) límites geográficos y simbólicos. Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma, es darle entidad física que se conjuga (...) entidad fundamental del microcosmos y la macrovisión (...) desde mi interior psicológico o los interiores sociales de mi territorio, hacia el mundo como resto (...)".

[25] Referencias al ámbito territorial de la actuación de las sociedades de instrucción gallegas según 1 parroquia, aldea o lugar, partido judicial, provincia, 2 ó más feligresías y 2 ó más concejos y la distribución territorial de las sociedades microterritoriales en América,

en *Asociacionismo e política de alén mar* (Nuñez Seixas, 1996).

[26] Por ejemplo, la Lei de Patrimonio, 1995, Xunta de Galicia.

[27] Sociedades de distinto rango, fiestas y sedes, así como también relaciones entre directivos y domicilios particulares fueron mencionadas en Molinos R.; Versace, I., (2000).

[28] Individuos, parientes y paisanos intervienen en lo que denominamos "cadena de estrategias". Desde aquellas "de llamada" a las de la construcción de la casa propia quedan comprendidas en esa denominación (Molinos, 2000: 18-20).

[29] Nuñez Seixas, Xosé Manoel, "Emigración y Nacionalismo Gallego en Argentina, 1879-1936", II Jornadas de Inmigración Española a la Argentina, Buenos Aires, 1989, citado con referencia a discurso y "ubicación", en Molinos, R., 1999.

[30] Samuel Baily (2000: 47).

[31] Zona costera comprendida dentro de los sitios de más temprana emigración transoceánica masiva hacia el Plata. Pontevedra y La Coruña, las dos provincias atlánticas gallegas, analizadas recientemente en función del proceso de difusión en la constitución y cambio del flujo migratorio gallego, dentro de una primera etapa de ese proceso por ubicación territorial y características migratorias. Moya, José C., "La 'fiebre' de la emigración: el proceso de difusión en el éxodo español", en Fernández, Alejandro y Moya, José (ed.), *La Inmigración española a la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

[32] Traducción y subrayado propios de Nuñez Seixas (1998: 83).

[33] M. Lemos, socio fundador de las sucesivas asociaciones de miñoranos, principal donante para las escuelas en Galicia primero, para la casa propia en Buenos Aires más tarde, con importante desempeño en el ámbito productivo en Mendoza (Argentina), y generador del balneario *Playa América*, sobre la bahía de Bayona. J.Rogríguez de Vicente, alcalde de Bayona, periodista en Montevideo, Madrid y Buenos Aires fundador del Centro Ayuntamiento de Bayona (Buenos Aires) y de la Casa de Galicia (Montevideo), actor, guionista y documentalista cinematográfico (Vilanova Rodriguez, 1965).

[34] Escuela actualmente abandonada. Los arhivos de la UHVM no están disponibles en este momento en Buenos Aires. Según Nuñez Seixas (1998) habría llegado la UHVM a casi 600 socios entre argentinos y uruguayos.

[35] *Miñor*, Año 1, Nº 1, marzo 1934.

[36] Molinos, R.; Versace, I. (2000), Gráfico 2. Asociaciones gallegas, sedes fundacionales.

[37] Ídem, Gráfico 3: Asociaciones gallegas, sedes en los 40; Gráfico 4: Asociaciones gallegas con fundación anterior a 1930, sedes fundacionales; Gráfico 5: Asociaciones gallegas con fundación anterior a 1930, sedes actuales.

[38] Se discute también sobre los montos disponibles para los alquileres y resulta evidente que no hay holgura en caja a pesar del aporte de la reciente revista, los 50$ que ha pagado el Sr. Lemos por un artículo acerca de *su* Playa América. Equivale este monto a casi la mitad de un alquiler de una casa chica de tres o cuatro habitaciones en el centro.

[39] Ver Gráfico 6: Círculo Social Valle Miñor, sedes y locales festivos. Gráfico 7: Sedes, cuadro resumen.

[40] En 1934, el 53,5% de los socios nuevos tiene domicilio en esquinas (sobre 31 casos). En el 35, el 42% (25), en el 38, 48% (32) en el 41, el 45,6% (110). La distribución es dispersa en la totalidad de la ciudad.

Bibliografía

-Baily, Samuel L., “La cadena migratoria de los italianos a la Argentina. Los casos de los agnoneses y siroleses” en Devoto, Fernando y Rosoli, Gianfausto (ed.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

-Baily, Samuel L., “Hacer la América: los italianos ganan dinero en Buenos Aires y New York, 1880-1914” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 13, N° 38, 1998.

-Baily, Samuel L., “Patrones de residencia de los italianos en Buenos Aires y Nueva York: 1880-1914” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 1, Nº 1, diciembre de 1985.

-Baily, Samuel L., “Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858-1918” en *Desarrollo Económico*, Nº 84, enero-marzo de 1982.

-Bernasconi, Alicia, “Marchigianos en Buenos Aires: trabajo y vida asociativa” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 12, Nº 37, 1997.

-Bourdé, Guy, *Buenos Aires. Urbanización e inmigración*, Buenos Aires, Huemul, 1977.

-Cavallaro, Renato, “La memoria biográfica. Significado y técnicas en la dinámica de los procesos migratorios” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 1, Nº 1, diciembre de 1985.

-De Amicis, Edmundo, *En el océano*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2001.

-Devoto, Fernando, *Historia de la Inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

-Gandolfo, Romolo, “Un barrio de italianos meridionales en el Buenos Aires de fines de siglo XIX” en Devoto, Fernando y Madero, Marta (dir.), *Historia de la Vida Privada. La Argentina Plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

-Korn, Francis, “La población y la vivienda” en Gutman, Margarita (ed.), *Buenos Aires 1910: Memoria del Porvenir*, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Consejo del Plan Urbano Ambiental y Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA, Buenos Aires, 1999.

-Korn, Francis, *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

Molinos, Rita, “Medios locales y prensa étnica: la experiencia gallega de urbanización” en *Seminario Buenos Aires 1910: El Imaginario Para Una Gran Capital*, Getty Center for the History of Arts and Humanities, Eudeba, 1999.

-Molinos, Rita; Versace, Ileana, “Itinerario y territorio: Notas sobre ubicaciones y acciones urbanas según fuentes documentales de sociedades de gallegos en Buenos Aires” en *Seminario La inmigración y su impacto en el territorio, el urbanismo y la arquitectura argentina. 1860-1930*, Instituto de Arte Americano, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA, 2000.

-Moya, José C., “La ‘fiebre’ de la emigración: el proceso de difusión en el éxodo español”, en Fernández, Alejandro y Moya, José (ed.), *La Inmigración española a la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

-Nuñez Seixas, Xosé Manoel, *Emigrantes, caciques e indianos. O influxo sociopolítico*

da emigración transoceánica en Galicia, Xerais, Vigo, 1996.

-Ochoa de Eguileor, Jorge y Valdés, Eduardo, *¿Dónde durmieron nuestros abuelos? Los hoteles de inmigrantes en la Capital Federal*, Buenos Aires, Fundación Urbe, 1991.

-Scobie, James, *Buenos Aires. Del centro a los barrios. 1870-1910*, Buenos Aires, Solar/ Hachette, 1977.

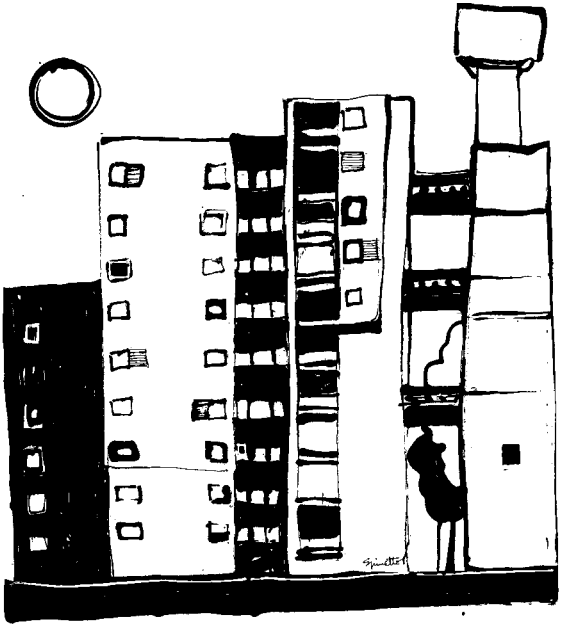
-Silva, Armando, *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina***,** Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.

-Vilanova Rodriguez, Alberto, *Los gallegos en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galicia, 1965.

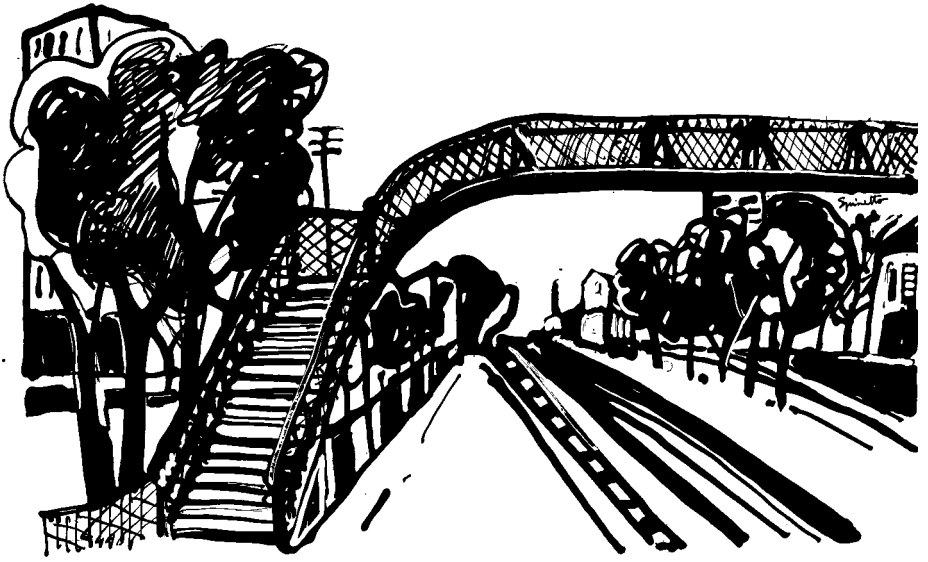
Spinetto

Ilustraciones

Horacio J. Spinetto



Horacio J. Spinetto
Arquitecto U.B.A. Técnico Nacional Superior en Museología Histórica, Escuela Nacional de Museología. Artista Plástico. Colaborador permanente de la revista *Todo es Historia* y de *Summa +*.



Índice

Prólogo: Venimos de los barrios
Liliana Barela y Mario Sabugo 7

El barrio en el recuerdo
Liliana Barela 11

El barrio, al fin de cuentas
Mario Sabugo 37

• Anexo I **En busca del barrio ático** 67

• Anexo II **Los "barrios-república" de Soiza Reilly** 75

Orígenes hispánicos y primeras construcciones del barrio, un organizador central de la vida porteña
Miguel Alberto Guérin 85

Revolución industrial y barrio
Rodolfo Giunta 107

Dos miradas barriales: Borges, Martínez Estrada
Rafael E. J. Iglesia 125

Inmigrantes aldeanos, moradores urbanos
Rita Molinos 147

Ilustraciones
Horacio J. Spinetto 169

Spinetto

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de junio de 2004 en Cilincop S.A.

I.S.B.N. Nº 987-21092-1-4

¿Qué cosa es un barrio?, ¿cuáles son los instrumentos para su estudio?, y finalmente, ¿para qué sirve conocerlos? Los textos que forman esta obra enfocan la historia urbana, la historia oral, los imaginarios literarios, los cambios tecnológicos y de infraestructura, la inmigración y los movimientos sociales urbanos, como diferentes lentes que convergen para configurar una hipótesis sobre lo que es el barrio.

Buenos Aires. El libro del Barrio nos acerca a teorías y definiciones que pueden ser utilizadas como herramientas de futuros abordajes para la historia de los barrios o de la ciudad. Y como todo trabajo histórico, mientras trata de responder a algunas preguntas, dejará planteados nuevos interrogantes.

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires
SUBSECRETARÍA
DE PATRIMONIO CULTURAL
SECRETARÍA DE CULTURA
gobBsAs